

# REVOLUCIÓN SOCIAL EN UCRANIA (1918-1921)

Vsevolod Volin

## FORMACIÓN DEL EJÉRCITO INSURRECCIONAL MAJNOVISTA

Las diversas fuerzas en lucha en Ucrania:

Bien pronto Majno se convirtió en cabeza de enlace para la unión de todos los insurgentes. En cada aldea los campesinos crearon grupos locales clandestinos, que se coligaban a Majno, lo sostenían en todas sus empresas, seguían sus consejos y sus disposiciones.

Los numerosos destacamentos de guerrilleros – los existentes y los que se iban formando-se coligaban a los grupos de Majno en procura de unidad de acción. La necesidad de esta unidad y de una acción generalizada era reconocida por todos los guerrilleros revolucionarios. Y todos coincidían en que ella sería satisfecha mejor bajo la dirección de Majno. Esa era también la opinión de varios destacamentos de insurrectos, hasta entonces independientes entre sí, entre ellos el gran cuerpo dirigido por Kurilenko, que operaba en la región de Berdiansk, el de Schus, en la región de Debrivka, el de Petrenko-Platonov, en la de Grishino, y otros, que se unieron espontáneamente al destacamento de Majno. Así, la unificación de las unidades desligadas de guerrilleros en la Ucrania meridional en un solo ejército insurrecto bajo el mando supremo de Majno, se hizo de modo natural, por fuerza de las cosas y voluntad de las masas.

La extendida e indomable insurrección campesina acabó por desorientar y disgregar completamente a las fuerzas de ocupación y a la policía del hetman. La contrarrevolución, sostenida por las bayonetas extranjeras, perdía terreno cada vez más rápidamente. La terminación de la guerra y los trastornos políticos que la siguieron en Alemania y Austria le dieron el golpe de gracia. A fines de 1918, las tropas austro-alemanas abandonaron el país. El hetman y los propietarios agrarios desaparecieron para no volver.

Desde entonces, tres fuerzas fundamentales, muy diferentes, se hallaban en acción en Ucrania: la petliurovschina, el bolchevismo y la majnovschina.

Ya hemos hablado del bolchevismo lo suficiente para que se pueda comprender sin dificultad, sin insistir sobre ello, los fines y la acción de los bolcheviques en

Ucrania. Y del movimiento majnovista acabamos de dar una idea suficiente de sus primeros aspectos. Es menester, pues, caracterizar la esencia y la obra de la petliurovschina.

Desde los primeros día de la Revolución de febrero (1917), la burguesía liberal ucraniana, temerosa de los excesos de la revolución moscovita y deseosa de evitarlos en su región, planteó el problema de la independencia nacional de Ucrania. Derribado el zarismo, podía soñar en ella con esperanza de éxito, toda vez que los partidos políticos rusos de izquierdas habían proclamado altamente “el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos con toda libertad”.

Sostenida por algunos estratos de la población ucraniana: campesinos ricos (*kulaks*), intelectuales liberales, etc., esta burguesía creó un vasto movimiento nacional autonomista y separatista, con miras de independizarse completamente del Estado pan-ruso. Advirtiendo, sin embargo, que el movimiento no podía esperar un éxito sólido y duradero hasta tanto no dispusiera de una fuerza popular armada, los guías del movimiento: Simón Petliura y otros, dirigieron sus miradas hacia la masa de soldados ucranianos que se hallaban en el frente y en la retaguardia. Y procedieron a su organización, sobre base nacional, en regimientos ucranianos especiales.

En mayo de 1917, los jefes del movimiento organizaron un Congreso militar, que eligió un Consejo Militar General, órgano llamado a dirigir el movimiento. Más tarde, ese Consejo fue ampliado y llamado Rada (Consejo, en ucraniano).

En noviembre de 1917, en el Congreso Pan-ucraniano, la Rada se convirtió en Rada Central, especie de parlamento de la nueva República Democrática Ucraniana. Y un mes después, la Rada Central proclamó solemnemente la independencia de esta República.

El acontecimiento comportó un golpe terrible para el bolchevismo, que acababa de apoderarse del Poder en la Gran Rusia y, naturalmente, quería extenderlo a Ucrania, a despecho del “derecho de los pueblos”.

Los bolcheviques se apresuraron, pues, a mandar sus tropas para Ucrania, iniciando una encarnizada lucha con las formaciones de Petliura en torno a Kiev, capital de Ucrania, de la que se apoderaron el 25 de enero de 1918, instalando su gobierno y comenzando de seguida a extender su poder sobre toda Ucrania, cosa que no lograron sino parcialmente. El gobierno de Petliura, los personajes políticos del movimiento separatista y sus tropas se retiraron hacia el Oeste, donde se fortificaron y lanzaron su protesta contra la ocupación de Ucrania por los bolcheviques.

Probable es que los bolcheviques habrían podido, en poco tiempo, llegar a sofocar el movimiento autonomista, pero los acontecimientos inmediatos lo impidieron. En marzo y abril de 1918 debieron retirarse hacia la Gran Rusia, para dejar lugar, conforme a las cláusulas del Tratado de Brest-Litovsk, al ejército de ocupación austro-alemán. Adelantándose a éste, los partidarios de Petliura reocuparon Kiev. Y su gobierno proclamó la Nueva República Nacional Ucraniana, que no vivió sino algunas semanas.

Los austro-alemanes prefirieron, no sin razón, tratar con los señores y los propietarios desposeídos de Ucrania y no con el régimen de Petliura, que eliminaron militarmente sin contemplaciones, reemplazándolo por la autoridad absolutista de su dócil criatura, el hetman Skoropadsky. Petliura estuvo cierto tiempo encarcelado y debió desaparecer de la arena política.

Pero la disgregación del régimen del hetman no se hizo esperar. La inmensa insurrección de los campesinos comenzó bien pronto a asestarle formidables golpes. Convencidos de la fragilidad del régimen impuesto por los ocupantes, los elementos de Petliura reanudaron enérgicamente su obra, favorecidos por las circunstancias. En rebelión el campesinado, centenares de miles de insurgentes espontáneos no esperaban sino el primer llamamiento para marchar contra el gobierno del hetman. Disponiendo de suficientes medios para agrupar, organizar y armar una parte de esas fuerzas, los de Petliura se adelantaron y se apoderaron, casi sin resistencia, de numerosas ciudades y localidades, sometiendo a las provincias así conquistadas a un nuevo género de Poder: el Directorio, encabezado por Petliura. Y, aprovechando la ausencia de otros pretendientes, sobre todo los bolcheviques, se apresuraron a extender su poder sobre buena parte de Ucrania.

En diciembre de 1918, Skoropadsky huyó y el Directorio de Petliura entró solemnemente en Kiev, acontecimiento que suscitó gran entusiasmo en toda Ucrania. Los petliuristas hicieron de todo para exaltar su éxito al extremo, poniéndose en héroes nacionales. En poco tiempo, su poder se extendió de nuevo sobre ya mayor parte de Ucrania, salvo en el Sur, región afectada por el movimiento majnovista, donde chocaron con seria resistencia, y, en lugar de éxitos, sufrieron algunos sensibles reveses. Pero dominaban en todos los grandes centros de Ucrania. La dominación de la burguesía autonomista parecía asegurada esta vez. ¡Mera ilusión!

Con tiempo apenas para instalarse, el nuevo Poder comenzó a disgregarse. Los millones de obreros y campesinos que, en el momento de la caída del hetman, se habían

encontrado en el círculo de la influencia de los petliuristas, se desilusionaron bien pronto y comenzaron a abandonar en masa las filas de Petliura.

Buscaban otra base y otro apoyo para sus intereses y sus aspiraciones. La mayor parte se dispersó por ciudades y aldeas y adoptó una actitud hostil hacia el nuevo Poder. Otros se incorporaron a los destacamentos insurrectos majnovistas. Los petliuristas, pues, se encontraron desarmados, por el giro de los acontecimientos, con tanta rapidez como se habían armado. Su idea de autonomía burguesa, de unidad nacional burguesa, no pudo sostenerse en el pueblo revolucionario sino por pocas horas. El ardiente aliento de la revolución popular redujo a cenizas esta idea falsa y colocó a sus defensores en situación de completa impotencia. Al mismo tiempo, los bolcheviques se aproximaban rápidamente, desde el Norte, expertos en medios de agitación de clase y firmemente decididos a apoderarse de Ucrania. Justamente al mes de entrada del Directorio de Petliura en Kiev, las tropas bolcheviques se establecieron en la mayor parte de Ucrania (P. Arshinov, ob. cit., cap. IV).

A poco, pues, de la caída del hetman y de la partida de los austro-alemanes, el gobierno de Moscú se instaló definitivamente en Ucrania, con sus autoridades, sus funcionarios, sus cuadros de militantes y, sobre todo, con sus tropas y su policía.

Pero en las partes Oeste y meridional hubo de chocar bien pronto en los elementos nacionalistas de Petliura, que se habían reagrupado en su retirada, y con el movimiento auténtico e independiente de las masas campesinas guiado por Majno.

Petliura, rechazado del corazón del país, no se dio por vencido; retirado a las regiones menos accesibles para los bolcheviques, intentó resistir, doquiera podía, tanto a los bolcheviques como a las formaciones campesinas de Majno.

En cuanto al movimiento campesino independiente, se vio bien pronto obligado a erguirse, no sólo contra la burguesía petliurista (antes de entrar en acción, más tarde, contra las tentativas monárquicas de Denikin y Wrangel), sino también contra la impostura de los bolcheviques.

La situación en Ucrania se había vuelto, así, más embrollada que nunca. Cada una de las tres fuerzas en presencia debía luchar contra las otras dos. Y la cosa se complicó luego más aún, a causa de la aparición de un cuarto elemento: la acción de los generales rusos nacionalistas y monárquicos tendientes a reconstituir el anterior Imperio ruso en su integridad territorial y su base absolutista<sup>86</sup>. A partir de este momento (verano de 1919), cada una de esas cuatro fuerzas debía afrontar a las otras tres.

Agreguemos que, en este ambiente caótico, Ucrania se convirtió en campo libre para aventuras y golpes de mano audaces de una multitud de verdaderas bandas armadas, compuestas de elementos desviados a raíz de la guerra y la revolución, que vivían del bandolerismo, recorriendo el país en todo sentido; operando preferentemente, casi sin inconvenientes, en el Sur.

(Mucho más tarde, los bolcheviques, en su habitual actitud difamatoria, se esforzaron en identificar al movimiento independiente de los campesinos, y a Majno en persona, con los elementos del bandolerismo y la contrarrevolución. El lector, a esta altura de la obra, sabrá discernir bien los hechos, los hombres y las leyendas.)

Es de imaginarse el fantástico caos en que había caído el país, como así también las inverosímiles combinaciones que se anudaban y desanudaban a lo largo de los tres años de lucha (desde fines de 1918 a fines de 1921) hasta el momento que los bolcheviques triunfaron definitivamente sobre todos.

Agreguemos y subrayemos, con Arshinov, que toda la acción de los bolcheviques en Ucrania fue pura impostura impuesta por la fuerza de las armas, impostura que ni ellos mismos procuraron disimular.

Al instalar su gobierno, primero en Jarkov, luego en Kiev, lanzaban sus divisiones a través de las regiones ya liberadas del poder del hetman, creando en ellas militarmente los órganos de su Poder.

En los lugares que los bolcheviques ocupaban, tras de haber puesto en fuga a los partidarios de Petliura o ya liberados y bajo el dominio de los trabajadores mismos, el poder comunista se instalaba manu militari. Los consejos de obreros y campesinos (soviets), que dice habían creado ese Poder, aparecían más tarde, a hecho consumado y a poder consolidado.

Antes de los soviets, había Comités revolucionarios. Y antes de los Comités, muy simplemente, las divisiones militares (P. Arshinov, *ibid.*).

Las cualidades y los defectos del movimiento majnovista:

Éstos, los zaristas, formaban lo que se llamó el Ejército Blanco. Los bolcheviques tenían su Ejército Rojo; y los nacionalistas de Petliura se denominaban, el Ejército Verde. Majno y los insurgentes campesinos también se llamaron, y eran conocidos, como el Ejército Negro. O sea, un lío de colores (N. del Aullido).

Hemos visto que, en razón de múltiples circunstancias, la Revolución social comenzó en Ucrania, no por la toma del poder por un partido político de extrema izquierda, sino fuera de toda cuestión de poder, mediante una inmensa revuelta

espontánea de los campesinos contra sus nuevos opresores, que al comienzo fue como una tempestad desencadenada. Con exasperado furor, las masas campesinas se dieron a la destrucción violenta de todo cuanto odiaban, de cuanto les oprimía desde siglos. Elemento positivo alguno aparecía aún en esta obra destructora. Pero poco a poco, al par del desarrollo de los acontecimientos, el movimiento de los campesinos revolucionarios se organizaba, se unificaba y puntualizaba cada vez mejor sus tareas esenciales y constructivas.

Obligado a resumir los acontecimientos y a eliminar, en lo posible, los detalles, fijaremos de seguida los rasgos esenciales, específicos, del movimiento majnovista, cuyas manifestaciones devenían de vez en vez más claras en el curso de los acontecimientos que siguieron a la derrota del régimen del hetman y la terminación de la ocupación austro-alemana.

Estos rasgos característicos pueden ser divididos en dos grupos: el primero comprende los lados fuertes las cualidades y los méritos; y el segundo, las debilidades, los defectos y los errores. No hay por qué creer que el movimiento majnovista ha sido irreprochable, que no haya tenido tachas ni lagunas. (Ciertas debilidades, permitieron a los bolcheviques enlodar y calumniar el movimiento.)

Los caracteres meritorios del movimiento fueron:

1.º Su completa independencia de toda tutela, de todo partido, de toda política, cualesquiera fuesen y de dondequiera procediesen; el espíritu verdaderamente libre y aun libertario del movimiento. Esta cualidad fundamental de importancia capital, se debía: a) a la espontaneidad de la insurrección campesina desde su iniciación; b) a la influencia personal de Majno, libertario; c) a la actividad de otros elementos libertarios en la región habiendo el mismo Majno, absorbido por la acción combativa, hecho lo más posible para que acudiese el mayor número de libertarios y militasen con toda libertad. Y es de agregar también el aprovechamiento de las experiencias de los insurgentes en sus cotidianos contactos con los partidos políticos.

Esta tendencia libertaria del movimiento se manifestó por una profunda desconfianza hacia los elementos no trabajadores o privilegiados, por el rechazo de toda dictadura de cualquier organización y por la idea de una autoadministración libre y completa de los trabajadores mismos en sus localidades.

2.º La coordinación libre, federativa –y tanto más sólida– de todas las fuerzas del movimiento en un solo y vasto movimiento social, libremente organizado y disciplinado.

3.º La influencia ideológica, sana y muy elevada, que el movimiento ejerció en gran parte del país, englobando a unos siete millones de habitantes.

4.º El incomparable valor combativo del ejército de los insurgentes campesinos revolucionarios, ejército que, a pesar de su perpetua falta de armas y de municiones y de otras dificultades terribles, a pesar de muchísimos obstáculos insuperables y de las traiciones constantes de que fue objeto, pudo resistir a todas las imposturas y a todas las fuerzas de opresión durante cerca de cuatro años.

5.º El genio, por una parte organizador, y estratégico y militar, y otras cualidades excepcionales del guía del núcleo combativo del movimiento, Nestor Majno.

6.º La rapidez con que las masas campesinas y los insurgentes en general se familiarizaron, a pesar del ambiente desfavorable, con las ideas libertarias y trataron de aplicarlas.

7.º Ciertas realizaciones positivas del movimiento en el terreno económico, social y revolucionariamente militar, en la medida que las circunstancias lo permitieron.

Los lados débiles del movimiento fueron:

1.º La necesidad casi constante de batirse y defenderse contra toda clase de enemigos, sin poder dedicarse al trabajo pacífico y realmente positivo.

2.º La prolongada existencia de un Ejército en el seno del movimiento. Porque un ejército, cualquiera que sea, acaba siempre y fatalmente por adolecer de ciertos graves defectos, de una nefasta mentalidad específica.

3.º La insuficiencia de fuerzas libertarias intelectuales en el movimiento.

4.º La ausencia de un vigoroso movimiento obrero organizado, que apoyara al de los campesinos insurrectos.

5.º Ciertos defectos personales de Majno. Éste, sin mengua de su genio organizador y militante, de su ardor libertario y de otras notables cualidades militares, tenía graves defectos de carácter y de educación. En ciertos aspectos no estaba del todo a la altura de su tarea. Estas debilidades –de que volveremos a ocuparnos– disminuyeron la envergadura y la transcendencia moral del movimiento.

6.º Cierta ingenuidad, no lo bastante recelosa, en relación a los bolcheviques.

7.º La constante penuria de armas y de municiones. Casi únicamente a fuerza de victoriosos combates los majnovistas lograron armarse.

Dicho esto, volvamos a los acontecimientos, en cuyo curso tendremos ocasión de observar las cualidades y defectos del movimiento para poder juzgarlos en su conjunto.

Ataque general de los insurgentes contra el hetman, los alemanes y Petliura. Su victoria. Creación de una región libre de todo Poder:

Los destacamentos de Majno, agrupados en un ejército de guerrilleros voluntarios, comenzaron en octubre de 1918 un ataque general contra las fuerzas del hetman.

En noviembre, las tropas austro-alemanas se hallaban completamente desorientadas por los acontecimientos en el frente occidental de la guerra<sup>87</sup> y en el interior de los países por ellas ocupados, estado de cosas que Majno aprovechó. En algunos lugares entró en tratos con esas tropas, obtuvo su neutralidad y hasta logró desarmarlas sin dificultad, apoderándose de su armamento y municiones. En otros, los rechazaba en combates. Así ocupó definitivamente, por ejemplo, tras un combate obstinado de tres días, a Guliai-Polie.

Se presentía por doquiera la proximidad del fin del régimen del hetman. La juventud campesina afluía en masa al ejército de Majno. Y era de lamentar el no poder armar a tantos voluntarios, la mayor parte de los cuales habían de ser rechazados. Sin embargo, el ejército de los insurgentes majnovistas poseía ya varios regimientos de infantería y de caballería, algo de artillería y numerosas ametralladoras. En cuanto a las tropas ucranianas (de Petliura) y a la guardia (*varta*) del hetman, desaparecieron casi totalmente ante el extraordinario crecimiento del ejército insurreccional, el que bien pronto dominó una gran extensión, liberada así de todo poder. Pero el hetman resistía aún en Kiev. Majno marchó entonces hacia el Norte, ocupó importantes estaciones ferroviarias: Chlapino, Grishino, Sinelnikovo y la ciudad de Paulograd. Y dobló en seguida hacia el Oeste, en dirección a Yekaterinoslav, donde chocó con las fuerzas reagrupadas y completamente militarizadas de Petliura.

En esta época, los petliuritas consideraban al movimiento majnovista como un episodio poco importante de la revolución ucraniana. No lo conocían de cerca y esperaban atraer a estas bandas rebeldes a su esfera de influencia y ponerlas bajo su dirección. Dirigieron, pues, a Majno, muy amigablemente, una serie de preguntas de orden político: ¿Qué opinaba sobre el movimiento de Petliura y sobre el poder de éste? ¿Qué estructura política futura deseaba para Ucrania? ¿No consideraba deseable y útil obrar en común para la creación de una Ucrania independiente?



Terminante fue la respuesta de los majnovistas. Declararon que, en su opinión, la petliurovschina era un movimiento de la burguesía nacionalista, con miras opuestas a las de los campesinos revolucionarios; que Ucrania debía ser organizada sobre la base de un trabajo libre y de la independencia de los obreros y los campesinos; que ellos no admitían unión alguna con quienquiera fuese, y que sólo la lucha era posible entre la majnovschina, movimiento del pueblo laborioso, y la petliurovschina, movimiento de la burguesía. Los acontecimientos que siguieron a este cambio de puntos de vista constituyen una de las estratagemas frecuentes en las luchas en Ucrania.

El ejército de Majno se detuvo en Nizhne-Dnieprovsk, suburbio de Yekaterinoslav, y se preparó a atacar la ciudad. Había allí un comité bolchevique, que disponía de algunas fuerzas armadas, insuficiente para una acción propia. Conocido Majno en la región como revolucionario de valor y bien dotado conductor guerrero, el comité le ofreció el comando de los destacamentos obreros del partido, que aquél aceptó.

Majno recurrió a una astucia – como lo hacia a menudo-muy arriesgada, pero plena de promesas en caso de resultar: cargó de tropas un tren y lo envió a Nizhne-Dnieprovsk a la estación de Yekaterinoslav, como un pacífico tren de obreros, como los que habitualmente conducían a la ciudad a los trabajadores, pasando generalmente sin obstáculos y sin control. Majno, que lo sabia, aprovechó audazmente la ocasión. Si la treta fuera descubierta antes de detenerse el tren, toda la tropa habría de caer prisionera. El tren pasó sin inconveniente, entró en la estación y se detuvo. En un abrir y cerrar de ojos, las tropas majnovistas ocuparon la estación y sus alrededores. En la ciudad se entabló una encarnizada batalla y al cabo los petliuristas fueron vencidos, batiéndose en retirada y abandonando la ciudad. Majno se contentó con tomar posesión de la ciudad y organizar la nueva situación, sin preocuparse de perseguir a las tropas en retirada, las cuales, a los pocos días, bien reforzadas, volvieron a la carga, batieron al ejército de Majno y retomaron la ciudad. No se sintieron, empero, lo bastante fuertes para perseguir a los majnovistas.

El ejército insurrecto se retiró de nuevo a la región de Sinelnikovo, donde se atrincheró y estableció una línea de frente con las fuerzas de Petliura en la frontera noroeste de la región ocupada por los insurgentes.

Las tropas de Petliura, compuestas en gran parte de campesinos insurgentes o movilizados por imposición, se disgregaron rápidamente al contacto de los majnovistas. Bien pronto ese frente fue liquidado sin combates: se derritió. A consecuencia de ello,

Yekaterinoslav fue luego ocupada por los bolcheviques que, por el momento, no osaban ir más allá de la ciudad. Majno, por su parte, no estimaba tener fuerzas suficientes para hacerse fuerte a la vez en Yekaterinoslav y en la vasta región liberada, por lo que decidió dejar que los bolcheviques tomaran esa ciudad y asegurar el control de la frontera de esta región.

Así pues, al Sur y al Este de Yekaterinoslav, una extensión de varios millares de kilómetros cuadrados estuvo libre de toda autoridad y de toda tropa, en la que los campesinos eran verdaderamente libres. En Yekaterinoslav reinaban los bolcheviques, y al Oeste dominaban los petliuristas.

El trabajo positivo en la región libre:

Los campesinos majnovistas aprovecharon esta libertad y la relativa calma de su región - de corta duración, ¡ay! - para realizar algunas tareas positivas.

Durante unos seis meses, de diciembre de 1918 a junio siguiente, los campesinos de Guliai-Polie vivieron sin poder político alguno. No sólo fueron mantenidos sanamente los vínculos sociales entre ellos, sino que también crearon formas nuevas de organización social: Comunas de trabajadores libres y Soviets libres de trabajadores.

Más tarde, los majnovistas formularon sus ideas sociales, especialmente su concepción de los soviets, en un folleto titulado Tesis generales de los insurgentes revolucionarios sobre los Soviets libres. Lamento no tenerlo a mano. Según ellos, los soviets deben ser absolutamente independientes de todo partido político; formar parte de un sistema económico general basado en la igualdad social; sus miembros debían ser trabajadores auténticos, servir los intereses de las masas laboriosas y obedecer únicamente a su voluntad; sus animadores no han de ejercer ningún poder.

En cuanto a las comunas, en muchos puntos se intentó organizar la vida social en base a ellas, justa e igualitariamente. Los mismos campesinos que se habían mostrado hostiles a las comunas oficiales procedían con entusiasmo a la constitución y arraigo de las comunas libres. Cerca de la aldea Prokovskoye se organizó la primera comuna, llamada Rosa Luxemburgo, el número de cuyos miembros, de algunas decenas al principio, sobrepasó más tarde de 300. Esta comuna fue creada por los campesinos más pobres de la localidad. Al consagrarla a la memoria de Rosa Luxemburgo testimoniaban su imparcialidad y una cierta nobleza de sentimientos. Sabían que era una mártir de las luchas revolucionarias en Alemania. Los principios esenciales de la comuna no correspondían absolutamente a la doctrina por la que ella había luchado, pero los campesinos quisieron honrar, justa y únicamente, a una víctima de la lucha social<sup>88</sup>.

Base de la comuna era el principio no-autoritario. Esta comuna alcanzó hermosos resultados y acabó por ejercer gran influencia en los campesinos de la zona.

A siete kilómetros de Guliai-Polie se formó otra comuna, llamada simplemente «Comuna número 1 de los campesinos de Guliai-Polie». También ella obra de campesinos pobres. Y a unos veinte kilómetros de ella, estaban las comunas números 2 y 3. Las había también en otros lugares.

Todas estas comunas fueron creadas libremente, por espontáneo impulso de los campesinos mismos, con ayuda de algunos buenos organizadores, para afrontar las necesidades vitales de la población laboriosa. Ellas no tenían semejanza alguna con las comunas artificiales, denominadas ejemplares, montadas muy torpemente por las autoridades bolcheviques, que agrupaban habitualmente a elementos heteróclitos, reunidos al azar, incapaces de trabajar seriamente. Estas sedicentes comunas del bolchevismo no hacían más que malgastar semillas y estropear las tierras. Subvencionadas por el gobierno, vivían, pues, del trabajo del pueblo, aun pretendiendo enseñarle a trabajar.

Las comunas libres eran verdaderas comunas laboriosas. Agrupaban a campesinos auténticos, habituados desde la infancia al trabajo serio. Se basaban en una real ayuda mutua material y moral y en el principio igualitario. Todos –hombres, mujeres y niños–debían trabajar en ella, cada uno en la medida de sus fuerzas. Las funciones organizadoras eran confiadas a camaradas capaces, quienes, cumplida esa tarea, reanudaban el trabajo común. Tales principios sanos y serios eran consecuencia de haber surgido las comunas en el ambiente laborioso mismo y haberse desarrollado libre y naturalmente.

Los guerrilleros majnovistas jamás ejercieron presión alguna sobre los campesinos, limitándose a propagar la idea de las comunas libres, las que se formaron por iniciativa de los mismos campesinos pobres.

Es interesante y sugestivo comprobar que las ideas y la acción de los campesinos majnovistas eran de todo punto semejantes a las de los rebeldes de Kronstadt en 1921. Prueba esto que cuando las masas laboriosas tienen la posibilidad de pensar, investigar y obrar libremente, adoptan sobre poco más o menos la misma orientación, cualesquiera sean la localidad, el ambiente y aun, agreguemos, la época, si se establece relación con las revoluciones precedentes. Independientemente de todo otro razonamiento, ello debe llevarnos a creer que, en conjunto, ésa es la buena, la justa, la verdadera orientación de los trabajadores. Cierto es que las masas laboriosas no han podido mantenerse en ella,

por múltiples razones; pero la posibilidad de no abandonarla, de proseguir por ella hasta el fin, no es sino cuestión de tiempo y de evolución.

La actividad constructiva de los majnovistas no se limitó a estos esbozos de comunismo libre. Se les presentaron tareas mucho más vastas e importantes, que debían ser afrontadas sin dilación. Era necesario hallar en común soluciones prácticas a los diversos problemas de la región entera. Se hacía por ello indispensable crear una organización general que fuera abarcando progresivamente el distrito, el departamento y finalmente toda la región. Lo que implicaba la constitución de órganos capaces de semejante labor organizadora.

Los campesinos no fallaron al menester, recurriendo a la realización de Congresos periódicos de campesinos, obreros y guerrilleros. Mientras la región permaneció libre, hubo tres Congresos regionales, que permitieron a los campesinos estrechar vínculos, orientarse de manera segura en el complicado ambiente del momento y determinar con claridad las tareas económicas, sociales y de otra índole requeridas.

El Primer Congreso tuvo lugar el 23 de enero de 1919 en Grande-Mijailovka y se ocupó especialmente del peligro de los movimientos reaccionarios de Petliura y Denikin. El primero reorganizaba sus fuerzas en el Oeste en vista de una nueva ofensiva, y Denikin, con sus preparativos de guerra civil, constituía mayor preocupación entre los revolucionarios. El Congreso arbitró medidas de defensa contra ambas tentativas. Los choques de patrullas eran cada vez más frecuentes e importantes, llegando a ser casi cotidianos en el límite sudeste.

El Segundo Congreso se reunió tres semanas después, el 12 de febrero de 1919, en Guliai-Polie. Por desgracia, el inminente peligro de una ofensiva de Denikin contra la región libre impidió la dedicación a los problemas urgentes de la construcción pacífica. Las sesiones fueron absorbidas por las medidas de defensa y de lucha contra el nuevo invasor.

El ejército majnovista tenía cerca de 20.000 combatientes voluntarios. Pero muchos se hallaban completamente agotados por la fatiga, ya que debieron soportar, sobre las fronteras de la región libre, incesantes luchas contra las vanguardias de Denikin y otras tentativas de penetración. Y el ejército de Denikin se reforzaba rápidamente.

Después de larga discusión, el Congreso resolvió llamar a los habitantes a una movilización voluntaria e igualitaria. Voluntaria significaba la necesidad de completar el ejército revolucionario con combatientes frescos, sin obligar a nadie a incorporarse,

sino apelando a la conciencia y la buena voluntad de cada uno. Igualitaria quería decir que se tendría presente la situación personal de cada voluntario, a fin de que las cargas fuesen repartidas y soportadas por la población con la mayor equidad y justicia.

Se formó un Consejo revolucionario militar para crear una dirección circunstancial en la lucha contra Petliura y Denikin, sostener las relaciones económicas y sociales entre todos y responder a las necesidades de información y vigilancia, así como a las decisiones adoptadas.

Este consejo abarcaba toda la región libre y debía ejecutar los acuerdos de los congresos, pero no era en modo alguno autoritario. Le fue asignada sólo una función ejecutiva para poner en práctica lo discutido y aprobado, y en cualquier momento podría ser disuelto por el Congreso.

En seguida que las resoluciones de este Segundo Congreso fueron conocidas en toda la región revolucionaria, de todas las poblaciones grandes o pequeñas, concurrían en masa los voluntarios. El número fue enorme, superando todas las previsiones, y si se hubiese podido armas a todos, los sucesos trágicos que siguieron no hubiesen sido posibles. Además, quizá toda la Revolución rusa habría sido conducida de otro modo y el gran acontecimiento que los libertarios esperaban se habría producido. Desgraciadamente se carecía de armas y no pudieron formarse oportunamente nuevos destacamentos. El 90 por 100 de los voluntarios debió ser rechazado.

Las consecuencias fueron fatales para la región cuando, en junio de 1919, Denikin lanzó su ofensiva general.

## **LAS OFENSIVAS DE DENIKIN Y EL DERRUMBE FINAL**

La resistencia de los majnovistas:

Dice Arshinov certeramente: “Los estatistas temen al pueblo libre y afirman que éste, sin autoridad, perdería la sociabilidad, se disgregaría y volvería al salvajismo. ¡Absurdas expresiones autoritarias de parásitos, de aficionados a la autoridad, o de “pensadores” ciegos al servicio del privilegio!”

Ya el enemigo mortal del trabajo y de la libertad, la Autoridad cercaba la región y la amenazaba por dos lados. Del Sudeste ascendían las tropas de Denikin, y del Norte descendía el ejército del Estado comunista.

Denikin llegó el primero, en los días subsiguientes al derrumbamiento del hetman. Algunos destacamentos contrarrevolucionarios del general Shkuro se infiltraron por el lado del Don y del Kuban y se acercaron a Pologui y Guliai-Polie. La tropa

majnovista hizo frente a esta primera amenaza. Su infantería y su caballería era eficientes y entusiastas. La infantería estaba organizada de un modo especial y original; se desplazaba como la caballería, pero no a caballo, sino en carruajes con resortes, ligeros, llamados en Ucrania meridional tachanka. Marchando a la par de la caballería, esta infantería rodante podía hacer cómodamente de 60 a 70 kilómetros por día y, de ser necesario, hasta 90 o 100. La caballería era una de las mejores del mundo y sus ataques, fulminantes e irresistibles. Muchos de los campesinos revolucionarios eran veteranos, pues habían participado en la guerra de 1914. Detalle importante. Ello permitió a la población campesina remediar, en cierta medida, el agotamiento de los combatientes, ya que en algunos lugares expuestos del frente, éstos eran reemplazados por algunos centenares de campesinos de los alrededores. Los exhaustos les daban sus armas y volvían a sus lugares de descanso para, después de dos o tres semanas, reintegrarse a las filas. En algunas épocas, los campesinos llegaban al frente de combate, y los combatientes se dirigían a la labor de los campos.

Los campesinos se dedicaron desde un principio al aprovisionamiento regular de las tropas. El centro fue Guliai-Polie, adonde llegaban víveres y forrajes que se enviaban en seguida al frente.

No previó en absoluto Denikin la resistencia extrema de los majnovistas; contaba con la lucha inminente entre el Directorio de Petliura y los bolcheviques y esperaba aprovecharla para establecer su frente en el límite Norte del departamento de Yekaterinoslav. Pero chocó inopinadamente con el excelente y tenaz Ejército de los insurgentes. Después de las primeras batallas, el ejército de Denikin se retiró hacia el Don y el mar de Azov. Pronto quedó libre toda la extensión desde Pologui hasta el mar, los majnovistas ocuparon estaciones ferroviarias e importantes ciudades como Berdiansk y Mariupol.

A partir de enero de 1919, el primer frente contra Denikin fue sólidamente establecido sobre más de 100 kilómetros en la dirección Este y Nordeste de Mariupol. Denikin se fortalecía u acentuaba sus incursiones y sus ataques.

Seis meses resistieron los revolucionarios la embestida contrarrevolucionaria. El general Shkuro tenía también excelente caballería y empleaba iguales estrategias: sus destacamentos penetraban profundamente en la retaguardia majnovista y se desparramaban rápidamente, destruyendo, quemando y masacrando cuanto podían, para desaparecer como por encanto y aparecer de repente en otro lugar y cometer las mismas devastaciones.

La que sufría exclusivamente era la población laboriosa, en venganza por la ayuda eficaz que ésta procuraba a los insurrectos y por su hostilidad evidente contra los denikistas. Se esperaba provocar así una reacción contra la revolución. La población judía, radicada desde hace mucho tiempo en la región de Azov, en colonias especiales, sufría igualmente las incursiones. Los judíos eran masacrados por los denikistas, quienes trataban además de fomentar un movimiento popular antijudío, lo que les habría facilitado la tarea.

Ni sus efectivos bien armados, ni sus ataques furiosos, bastaron a los denikistas para reducir a los insurrectos, impulsados por un gran ardor revolucionario y muy hábiles en la guerra de emboscada. En seis meses de luchas terribles, el general Shkuro recibió más de una vez tales arremetidas de las tropas de Majno, que sólo retiradas precipitadas de 80 a 120 kilómetros lo salvaron de una derrota completa. Los majnovistas llegaron cinco o seis veces hasta los muros de Taganrog. Entonces, sólo la falta de combatientes y de armas impidió a Majno destruir la contrarrevolución de Denikin.

El odio sanguinario de los oficiales de Denikin contra los majnovistas asumía proporciones increíbles, se torturaba refinadamente a los prisioneros; se les despedazaba a menudo con explosivos y se les quemaba vivos sobre planchas de hierro al rojo vivo, según se relató verazmente por la prensa de los revolucionarios.

El talento militar de Majno se reveló magníficamente y fue reconocido hasta por sus enemigos, lo que no obstó –al contrario– para que el mismo Denikin ofreciese medio millón de rublos a quien capturara o matase a Majno.

Entretanto, las relaciones entre majnovistas y bolcheviques eran escasas, pero amigables. En enero de 1919, cuando los majnovistas rechazaron al ejército de Denikin hasta el mar de Azov, después de duros combates, se apoderaron de un centenar de vagones de trigo. Majno y el estado mayor pensaron enviar este botín a los obreros hambrientos de Moscú y Petrogrado; y la masa de los insurrectos aprobó esta decisión con entusiasmo. Con los cien vagones de trigo partió una delegación majnovista, que fue recibida calurosamente por el soviet de Moscú.

Aparición de los bolcheviques en la región liberada. Contactos amistosos. Tratativas. Colaboración del Ejército majnovista con el Ejército Rojo «por la causa común»:

Los bolcheviques aparecieron mucho más tarde que Denikin en el territorio majnovista; hacía algunos meses que éstos combatían a aquél cuando la primera

división bolchevique, procedente del Norte y dirigida por Dybenko, llegó a Sinelnikovo sin dificultad.

Entonces, Majno y todo su movimiento revolucionario eran en el fondo desconocidos para los bolcheviques. La prensa comunista sólo había hablado de Majno como rebelde audaz que prometía mucho. Sus luchas contra Skoropadsky, Petliura y Denikin le granjearon la tolerancia de los jefes comunistas que, naturalmente, esperaban incorporarlo con sus partidarios a su Ejército Rojo. Por eso le cantaban loas y le consagraban columnas de prensa sin haberlo conocido en persona.

Cedamos la pluma, una vez más, a Piotr Arshinov:

El primer contacto de los combatientes bolcheviques con los majnovistas ocurrió en marzo de 1919, bajo los mismos auspicios de benevolencia y alabanzas de parte de aquellos. Majno fue inmediatamente invitado a unirse con todos sus destacamentos al Ejército Rojo, a fin de vencer a Denikin. Las diferencias políticas e ideológicas entre bolcheviques y majnovistas se consideraba que no podían, de modo alguno, obstar a la unión sobre la base de una causa común. Las autoridades bolcheviques dejaron entender que las particularidades del movimiento insurreccional serían para ellos inviolables.

Majno y su estado mayor advertían perfectamente que la llegada del Poder comunista, en la persona de sus autoridades y su ejército, constituía una nueva amenaza para la libertad de la región; veían en ella el preanuncio de una guerra civil de nueva especie. Pero ni Majno, ni el estado mayor, ni el Consejo regional deseaban esta guerra, porque ella podría tener funesta influencia sobre la suerte de toda la Revolución ucraniana. No se perdía de vista, desde luego, la franca y bien organizada contrarrevolución que se aproximaba por el Don y el Kuban, con la que no había sino un trato posible: el de las armas.

Este peligro aumentaba de día en día. Los insurgentes mantenían cierta esperanza de que la lucha con los bolcheviques se limitara al terreno ideológico, en cuyo caso podrían permanecer absolutamente tranquilos en cuanto a su región, porque el vigor de las ideas libertarias, el buen sentido revolucionario y la desconfianza de los campesinos hacía los elementos extraños a su libre movimiento, eran las mejores prendas de la libertad de la región.

La opinión general de los guías de la insurrección coincidía en la necesidad de concentrar por el momento todas las fuerzas contra la reacción monárquica y de no ocuparse, sino después de haberla vencido, de los disentimientos ideológicos con los



bolcheviques. Fue en tal sentido que se realizó la conjunción del ejército majnovista con el Ejército Rojo.

He aquí las cláusulas esenciales del acuerdo: a) El Ejército insurreccional conservará intacta su organización interna; b) recibirá a comisarios políticos, nombrados por la autoridad comunista; c) no se subordinará al supremo comando rojo sino estrictamente en lo concerniente a las operaciones militares propiamente dichas; d) no podrá ser desplazado del frente de Denikin<sup>91</sup>; e) recibirá municiones y aprovisionamientos igual al Ejército Rojo; f) conservará su nombre de Ejército insurreccional revolucionario y sus banderas negras (la bandera de los anarquistas).

Al ejército majnovista se le designó, en la formación conjunta, como Tercera brigada. (Más tarde se le nombró Primera División insurreccional revolucionaria, y más tarde aún, al recuperar su independencia, adoptó el nombre definitivo de Ejército insurreccional revolucionario de Ucrania).

El punto más importante para el ejército majnovista era, naturalmente, el conservar su organización interna. No se trataba, pues, de una incorporación orgánica al Ejército Rojo, sino únicamente de un pacto de estrecha cooperación.

Esta es la ocasión de ocuparnos de la organización interna del ejército insurreccional, basada en tres principios esenciales: 1° el voluntariado; 2° la elegibilidad de todos los puestos de comando; 3° la disciplina libremente consentida.

El voluntariado significaba que el ejército se componía únicamente de combatientes revolucionarios incorporados a él de buen grado.

La elegibilidad consistía en que los comandantes de todas las unidades, los miembros del estado mayor y del Consejo, así como, de manera general, cuantos ocuparan puestos importantes, debían ser elegidos o bien aceptados definitivamente (en caso de ser designados de urgencia por el comando) por los insurgentes de la unidad respectiva o por el conjunto del ejército.

La disciplina libremente consentida se basaba en que todas las reglas de la disciplina eran elaboradas por comisiones de insurgentes y validadas luego en asambleas generales de las unidades del ejército. Una vez así establecidas, debían ser rigurosamente observadas bajo la responsabilidad personal de cada insurgente y de cada comandante.

El acuerdo entre bolcheviques y el Ejército insurreccional fue estrictamente militar. Toda cuestión política quedó voluntariamente excluida. Ello permitió, a la población laboriosa de la región libre, seguir la misma línea de evolución –o más bien

de revolución-económica y social seguida hasta entonces, actividad absolutamente libre de los trabajadores que no admitía Poder alguno en su región. Pronto veremos que ésta fue la única causa de la ruptura entre los bolcheviques y los guerrilleros, de las viles y cínicas acusaciones de aquellos contra éstos y de la agresión armada de los comunistas contra la región libre.

La mentalidad y la actividad de las masas en la región libre. Las miras bolcheviques. Primeras actitudes hostiles de los bolcheviques:

Desde la creación del Consejo Regional, en febrero de 1919, la población se sintió unida y organizada. Este sentimiento y el espíritu de solidaridad incitaron a los campesinos a plantearse otros problemas concretos de gran urgencia.

Se comenzó a organizar por doquier los soviets locales libres, lo que, dadas las circunstancias, se realizó lentamente; los campesinos se atenían firmemente a esta idea, sintiendo que ella era la única base sana para la construcción de una verdadera comunidad libre.

En seguida surgió el problema de unir, directa y sólidamente, a los campesinos y los obreros de las ciudades, unión que debía ser establecida, en opinión de aquéllos, directamente con las empresas y las organizaciones obreras mismas, fuera de los partidos políticos, de los organismos de Estado o de sus funcionarios intermediarios. Sentían ellos, intuitivamente que tal unión era indispensable para la consolidación y el desenvolvimiento ulterior de la Revolución. Por otra parte, el campesinado y los insurgentes advertían perfectamente que semejante unión entrañaría fatalmente la lucha con el partido gubernamental, que no renunciaría, por cierto, a su dominio sobre las masas. No se tomaba, sin embargo, demasiado en serio este peligro; se estimaba que, una vez unidos campesinos y obreros, podrían fácilmente decir: «¡Abajo las garras!» a todo poder político que intentara subyugarlos.

De todos modos, la unión libre y directa de campesinos y obreros aparecía como el único medio natural y fecundo de realizar definitivamente la verdadera Revolución emancipadora y de eliminar todo elemento capaz de trabarla, desnaturalizarla o sofocarla. En tal sentido fue planteado, discutido y examinado por doquiera el problema de la unión con los obreros de las ciudades, hasta llegar a ser la voz de orden de toda la región insurreccional.

Va de suyo que, en presencia de semejante mentalidad de la población y de las disposiciones tomadas en tal sentido por toda la región los partidos políticos, y en particular el comunista, no podrían esperar éxito alguno. Cuando los partidos políticos

aparecían con sus programas y sus planes de organización estatista, se les acogía fríamente, con indiferencia y a menudo con cierta hostilidad, mofándose con frecuencia de sus militantes y agentes como de entremetidos, con despropósitos, en asuntos de los demás. Las autoridades comunistas que se infiltraban en la región, adoptando poses de amos, eran recibidas como elementos extraños e inoportunos, haciéndoles comprender francamente que se les tenía por intrusos e impostores.

Al principio, los bolcheviques confiaban superar esta resistencia pasiva. Con la absorción del ejército majnovista en el Ejército Rojo, que ellos esperaban, tendrían las manos libres para reducir a su merced a la población. Mas pronto se percataron de que esta esperanza era infundada. La masa campesina de la región nada quería saber de los representantes gubernamentales bolcheviques. Los ignoraba, los boicoteaba; aun, a veces, los maltrataba. En un punto y otro y otro, los campesinos armados comenzaron a expulsar de sus aldeas a las comisiones extraordinarias (la Cheka). En Guliai-Polie, los comunistas ni siquiera se atrevieron a establecer una institución cualquiera. En otros lugares, las tentativas de implantar tal o cual administración comunista provocaron choques sangrientos entre la población y las autoridades, cuya situación se hacía extremadamente penosa en la región. En cuanto al ejército majnovista, era intratable.

Los bolcheviques emprendieron entonces una lucha organizada y metódica contra la majnovschina como idea y como movimiento social.

Como de costumbre, la prensa fue la primera en entrar en campaña. Por órdenes de arriba se dio a criticar el movimiento majnovista, tachándolo de movimiento de campesinos ricos (kulaks) y de contrarrevolucionarias a sus ideas y palabras de orden, y condenando su actividad como nociva a la Revolución. Amenazas directas contra los guías del movimiento comenzaron a aparecer, con creciente insistencia, en los diarios, los discursos y las órdenes de las autoridades centrales. Bien pronto la región fue prácticamente bloqueada. En ciertos lugares, las autoridades comunistas establecieron barreras, de modo que los militantes revolucionarios que se dirigían a Guliai-Polie o volvían de ella, eran arrestados en el camino y, a menudo, desaparecían. Y acto continuo, el aprovisionamiento del ejército insurreccional fue considerablemente reducido.

Todo esto no auguraba nada bueno.

El III Congreso de la región libre. El primer atentado directo de los bolcheviques contra la región:

Bajo el signo de estas nuevas complicaciones y amenazas se reunió el III Congreso de campesinos, obreros y guerrilleros, en Guliai-Polie, el 10 de abril de 1919. Se proponía fijar claramente las tareas inmediatas y pronunciarse sobre las perspectivas de la vida revolucionaria de la región.

Representantes de 72 distritos, representando a más de dos millones de personas, participaron en él. Lamentamos no tener a mano las actas de las sesiones. En ellas se vería claramente con qué animación y, al par, con qué sagacidad y clarividencia buscaba el pueblo, en la Revolución, su propio camino, sus propias formas de vida nueva.

Hacia el final de este Congreso, estalló el drama desde tanto tiempo previsto. Había llegado al Congreso un telegrama de Dybenko, comandante de la división bolchevique, declarando contrarrevolucionario al Congreso y fuera de la ley a sus organizadores. Tal fue el primer atentado directo de los bolcheviques contra la libertad de la región. El entrañaba, al par, una declaración de guerra al ejército insurreccional.

El Congreso comprendió perfectamente el alcance de este ataque, contra el que votó, en el acto, una protesta indignada, en seguida impresa y difundida entre los campesinos y los obreros de la región. Días después, el Consejo revolucionario militar envió a las autoridades comunistas, en la persona de Dybenko, una respuesta detallada, en la que subrayaba el verdadero papel desempeñado por la región en la Revolución y desenmascaraba a quienes, en realidad, la desviaban reaccionariamente.

Aunque extensa, nos permitimos citar esta respuesta íntegramente, porque sitúa admirablemente a las dos partes en presencia.

### **¿Contrarrevolucionario?**

El camarada Dybenko declaró contrarrevolucionario al Congreso convocado en Guliai-Polie para el 10 de abril y puso fuera de la ley a sus organizadores, quienes deberán sufrir, según él, la más severa represión. Transcribimos textualmente su telegrama:

“Novo-Alexeievka, número 283, el 10, a las 2 h. 45. Para hacer llegar al camarada Padre Majno, estado mayor de la división Alexandrovsk. Copia Volnovaja, Mariupol, hacen llegar al camarada Majno. Copia al soviét de Guliai-Polie.

Todo Congreso convocado en nombre del estado mayor revolucionario militar, disuelto por mi orden, será considerado como manifiestamente contrarrevolucionario y sus organizadores se expondrán a las más severas medidas represivas que llegan hasta a

declararlos fuera de la ley. Ordeno tomar inmediatamente medidas para que semejantes cosas no se produzcan más. Firmado: Dybenko, comandante de la división.”

Antes de declarar contrarrevolucionario al Congreso, el camarada Dybenko no se ha tomado el trabajo de informarse por quién y con qué fin ese Congreso fue convocado. Lo que le hace decir que lo fue por el estado mayor revolucionario disuelto, habiéndolo sido en realidad por el Comité ejecutivo del Consejo revolucionario militar. Por consiguiente, los miembros de este Consejo, que lo convocaron, no saben si ellos son declarados fuera de la ley ni si él Congreso es considerado por el camarada Dybenko como contrarrevolucionario.

Si es así, permitid que expliquemos a V. Excelencia por quién y con qué fin este Congreso -manifiestamente contrarrevolucionario en vuestra opinión-ha sido convocado. Y entonces no os parecerá tal vez tan espantoso como os lo imagináis.

El congreso, como se ha dicho ya, fue convocado por el Comité ejecutivo del Consejo revolucionario militar de la región de Guliai-Polie. Se trata del tercer Congreso regional, convocado con el propósito de determinar la línea de conducta futura del Consejo revolucionario militar (veis, pues, camarada Dybenko, que se han celebrado ya tres de estos congresos contrarrevolucionarios). Surge la cuestión: ¿De dónde procede y con qué fin fue creado el Consejo revolucionario militar regional mismo? Si no lo sabéis aún, camarada Dybenko, vamos a decíroslo. El Consejo revolucionario militar regional fue formado conforme a la resolución del Segundo Congreso, que tuvo lugar en Guliai-Polie el 12 de febrero del año corriente (veis, pues, que hace ya mucho tiempo; vosotros no estabais aún aquí). El Consejo fue creado entonces para organizar a los combatientes y proceder a la movilización voluntaria, porque la región estaba rodeada de blancos y los destacamentos de guerrilleros compuestos de los primeros voluntarios no bastaban ya para sostener el amplio frente. No había en ese momento tropas soviéticas en nuestra región, y, además, la población no contaba con su intervención, considerando la defensa de la región como su propio deber. Es con ese fin que se formó el Consejo revolucionario militar, compuesto, según la resolución del Segundo Congreso, por un delegado de cada distrito, en total 32 miembros representantes de los distritos de Yekaterinoslav y de Taurida.

Más adelante daremos explicaciones sobre el Consejo revolucionario militar. Ahora se plantea la cuestión: ¿De dónde procede el Segundo Congreso regional?; ¿quién lo convocó?; ¿quién lo autorizó?; los que lo convocaron, ¿están fuera de la ley? Y si no, ¿por qué?

El Segundo Congreso regional fue convocado en Guliai-Polie por un grupo de iniciativa compuesto de cinco personas elegidas por el Primer Congreso. El Segundo Congreso tuvo lugar el 12 de febrero del año corriente y, para nuestro asombro, las personas que lo convocaron no fueron puestas fuera de la ley, porque no existían entonces aún esos héroes que se atreven a atentar contra los derechos del pueblo conquistados a costa de su propia sangre.

Es de plantear ahora: ¿De dónde salió el Primer Congreso regional?; ¿quién lo convocó?; el que lo convocó, ¿no fue puesto fuera de la ley?; ¿por qué no?

Camarada Dybenko, al parecer sois muy nuevo en el movimiento revolucionario de Ucrania, y es preciso enseñaros sus comienzos mismos. Y bien, vamos a hacerlo; y después de conocerles os rectificaréis tal vez algo.

El Primer Congreso regional tuvo lugar el 23 de enero del año corriente en el primer campo insurreccional, en la Gran-Mikailovka. Estaba compuesto de delegados de los distritos situados cerca del frente de Denikin. Las tropas soviéticas estaban entonces muy lejos... La región estaba separada del mundo entero: por un lado estaban los denikistas, por otro los petliuristas; y entonces no existían más que los destacamentos de guerrilleros, con Batko Majno y Schuss a la cabeza, en lucha contra unos y otros. Las organizaciones y las instituciones sociales no tenían entonces siempre los mismos nombres. En tal aldea había un soviet, en tal otra una regencia popular, en una tercera un estado mayor militar revolucionario, en una cuarta una regencia provincial, etc.; pero el espíritu era en todas partes igualmente revolucionario.

Para consolidar el frente, así como para crear una cierta uniformidad de organización y de acción en la región entera, se organizó el Primer Congreso. Nadie lo había convocado; se reunió espontáneamente, según el deseo y con la aprobación de la población. En el Congreso se hizo la proposición de arrancar del ejército de Petliura a nuestros hermanos movilizados por la fuerza. Con este fin, una delegación de cinco miembros fue elegida y encargada de presentarse al estado mayor de Batko Majno y otros estados mayores si fuera preciso y penetrar hasta el ejército del Directorio ucraniano (Petliura) para explicar a nuestros hermanos movilizados que habían sido engañados y debían abandonarlo. Además, la delegación fue encargada de convocar a su regreso un Segundo Congreso, más vasto, con el fin de organizar toda la región libertada de las bandas contrarrevolucionarias y crear un frente de defensa más poderoso.

Los delegados convocaron, pues, a su regreso ese Segundo Congreso regional, sin tener en cuenta ningún partido, ningún poder, ninguna ley. Pues vosotros, camarada Dybenko y otros guardianes de la ley de la misma especie, estaban entonces muy lejos; y puesto que los guías heroicos del movimiento insurreccional no aspiraban al poder sobre el pueblo que acababa de romper con sus propias manos las cadenas de la esclavitud, el Congreso no ha sido proclamado contrarrevolucionario y los que lo convocaron no han sido declarados fuera de la ley.

Volvamos al Consejo regional. En el momento mismo de la creación del Consejo revolucionario militar de la región de Guliai-Polie, el poder soviético apareció en la región. Conforme a la resolución votada en el Segundo Congreso, el Consejo regional no tenía ningún derecho a dejar los asuntos a merced de la aprobación de las autoridades soviéticas. Debía ejecutar las instrucciones del Congreso, sin desviarse, porque el Consejo no era un órgano de comando, sino ejecutivo. Continuó, pues, obrando en la medida de sus fuerzas, y siguió siempre en su labor la vía revolucionaria. Poco a poco el poder soviético comenzó a promover obstáculos a la actividad de este Consejo y los comisarios y otros funcionarios bolcheviques llegaron a considerar al Consejo mismo como una organización contrarrevolucionaria. Entonces los miembros de éste decidieron convocar al Tercer Congreso regional para el 10 de abril en Guliai-Polie, a fin de determinar la línea de conducta ulterior del Consejo o bien para liquidarlo si el Congreso lo consideraba necesario. Y he ahí al Congreso reunido. No son contrarrevolucionarios los que acudieron a él, sino precisamente aquellos que primero levantaron en Ucrania el estandarte de la insurrección y de la Revolución social. Acudieron para ayudar a coordinar la lucha general contra los opresores. Los representantes de 72 distritos, así como los de varias unidades militares, llegaron al Congreso y todos consideraron que el Consejo revolucionario militar de la región de Guliai-Polie era necesario; completaron su comité ejecutivo y encargaron a éste realizar en la región una movilización voluntaria e igualitaria.

El Congreso quedó bonitamente asombrado por el telegrama del camarada Dybenko que lo declaraba contrarrevolucionario, siendo la verdad que esta región fue la primera en levantar el estandarte de la insurrección. Es por eso que el Congreso votó una enérgica protesta contra ese telegrama.

Tal es el cuadro que debería abrirnos los ojos, camarada Dybenko. ¡Reflexionad! ¿Tenéis el derecho, vosotros, de declarar contrarrevolucionarios a más de un millón de

trabajadores que por sí mismos, con sus manos callosas, han roto las cadenas de la esclavitud y construyen ahora su vida, por sí mismos también, a su propio modo?

¡No! Si sois verdaderamente revolucionario debéis acudir en su ayuda para la lucha contra los opresores y su obra de construcción de una nueva vida libre.

¿Puede haber leyes promulgadas por personas tituladas revolucionarias que les permitan poner a un pueblo más revolucionario que ellas fuera de la ley? Porque el Comité Ejecutivo del Consejo representa a toda la masa del pueblo.

¿Es permitido, es admisible venir a establecer leyes de violencia a un país cuyo pueblo acaba de derribar todos los legisladores y todas las leyes?

¿Existe una ley por la cual un revolucionario tendría derecho a aplicar las penas más rigurosas a la masa revolucionaria de que se dice defensor, por el simple hecho de que ella ha conquistado, sin esperar su permiso, los bienes por él prometidos: la libertad y la igualdad?

La masa del pueblo insurrecto, ¿puede callarse cuando un revolucionario le arrebatara la libertad que acaba de conquistar? Las leyes de la Revolución, ¿ordenan fusilar a un delegado que cree de su deber cumplir el mandato conferido por la masa revolucionaria que lo eligió? Una revolución, ¿qué intereses debe defender: los del partido o los del pueblo que con su sangre pone en movimiento la revolución?

El Consejo revolucionario militar de la región de Guliai-Polie está fuera de la dependencia y de la influencia de los partidos; no reconoce más que al pueblo que lo ha elegido. Por tanto, su deber consiste en realizar todo aquello que ese pueblo le encargó y no obstaculizar a ninguno de los partidos socialistas de izquierda en la propaganda de sus ideas. Por consiguiente, en el caso de que la idea bolchevique hubiese tenido éxito entre los trabajadores, el Consejo revolucionario militar -esta organización contrarrevolucionaria desde el punto de vista de los bolcheviques-sería reemplazada por otra organización más revolucionaria y bolchevique. Pero en espera de ello, no nos obstaculicéis, no tratéis de sofocarnos.

Si continuáis, camarada Dybenko y compañía, la misma política que antes, si la creéis buena y sensata, ejecutad hasta el fin vuestros turbios manejos. Poned fuera de la ley a todos los iniciadores de los Congresos regionales y también de los convocados cuando vosotros y vuestro partido os manteníais en Kursk. Proclamad contrarrevolucionarios a todos los que fueron los primeros en levantar el estandarte de la insurrección y de la Revolución social en Ucrania y obraron en todas partes sin esperar vuestro permiso y sin seguir vuestro programa al pie de la letra. Poned también



fuera de la ley a todos los que enviaron sus delegados a los Congresos por vosotros considerados contrarrevolucionarios. Declarad también fuera de la ley a todos los combatientes desaparecidos que tomaron parte sin vuestro permiso en el movimiento insurreccional para la liberación del pueblo trabajador. Proclamad ilegales y contrarrevolucionarios todos los Congresos reunidos sin vuestro permiso... Pero sabed que la Verdad acaba por vencer a la Fuerza. El Congreso no se aparta, a pesar de todas vuestras amenazas, de los deberes que se le encomendaron, porque no tiene derecho a ello y vosotros tampoco lo tenéis para usurpar los derechos del pueblo.

El Consejo Revolucionario Militar de la Región de Guliai-Polie. Presidente: Chernoknijny. -Vicepresidente: Kogan. -Secretario: Karabete. -Miembros del Consejo: Koval, Petrenko, Dotzenko y otros.

Los hechos hasta aquí relatados familiarizan al lector con el ambiente, las tendencias y los conflictos distintivos del movimiento ucraniano de 1917-1921. Los acontecimientos posteriores no son sino su lógica secuela. Por eso han de ser comprendidos fácilmente, sin necesidad de detenerse en ellos. Esto nos permitirá reducir nuestra narración, evitando detalles, para limitarnos a poner de relieve los rasgos esenciales y el verdadero sentido de la epopeya.

Preparativos bolcheviques para una invasión armada de la región libre. La segunda campaña de Denikin:

El conflicto con Dybenko no fue, naturalmente, sino el prólogo del drama que se anunciaba. Las respuestas del Consejo llevó al colmo la cólera de las autoridades bolcheviques. Y, sobre todo, les probó que debían abandonar toda esperanza de someter pacíficamente la región a su dictadura. Desde entonces, los bolcheviques encararon un ataque armado contra la región.

La campaña de prensa contra la majnovschina redobló en intensidad. Se imputó al movimiento las peores ignominias, los crímenes más abominables. Se excitó sistemáticamente a las tropas rojas, a la juventud comunista ya la población rusa en general contra los anarcobandidos y los kulaks amotinados. Como anteriormente en Moscú -y más tarde en ocasión de la rebelión de Kronstadt-, Trotski en persona condujo una encarnizada campaña contra la región libre. Llegado a Ucrania para hacerse cargo de la eventual ofensiva, lanzó, en espera de ella, una serie de artículos ofensivos, el más violento de los cuales apareció en el número 51 de su diario En Camino, con el título "Majnovschina". Según Trotski, el movimiento insurreccional no era sino una revuelta camuflada de ricos granjeros (kulaks) tendente a establecer su poder en la región. Todos

los discursos de majnovistas y anarquistas sobre la comuna libre de los trabajadores no eran más, según su opinión, que estratagemas de guerra. En realidad, majnovistas y anarquistas aspiraban a establecer en Ucrania su propia «autoridad anarquista», que resultaría, al fin de cuentas, “en la de los ricos kulaks”.

El mismo Trotski pronunció, poco más tarde, su famosa sentencia afirmando que era preciso acabar, ante todo, con la majnovschina. “Vale más -explicaba-ceder toda la Ucrania a Denikin que permitir la expansión del movimiento majnovista. El movimiento de Denikin, francamente contrarrevolucionario, podrá ser fácilmente comprometido más tarde por conducto de la propaganda de clase, mientras que la majnovschina se desarrolla en el fondo de las masas y solivianta justamente a las masas contra nosotros.” (Cit. según Arshinov.)

Trotski sostuvo esta tesis en reuniones de comandantes y jefes militares. Probó así, por una parte, que había advertido perfectamente la esencia popular revolucionaria del movimiento majnovista, pero no, de ningún modo, el verdadero carácter del movimiento de Denikin.

Al mismo tiempo, los bolcheviques emprendieron una serie de reconocimientos e investigaciones en la región. Grandes funcionarios y militares de alto grado - Kamenev, Antonov-Ovseenko y otros-visitaron a Majno y se dieron a hacer, bajo apariencias de amistad, preguntas y críticas, llegando hasta las insinuaciones y aun a las amenazas desembozadas.

El golpe del ex oficial zarista Grigoriev -no nos detendremos en él, aunque presente cierto interés-, liquidado por los majnovistas de acuerdo con los bolcheviques, frenó por algún tiempo aquella campaña. Pero no tardó en reanudarse con todo vigor.

En mayo de 1919, los bolcheviques intentaron hacer asesinar a Majno. El mismo Majno descubrió el complot, gracias a su astucia y a una dichosa casualidad. Otra casualidad y la prontitud de sus reacciones le permitieron apresar a los organizadores del complot, quienes fueron ejecutados. Más de una vez, por lo demás, camaradas empleados en instituciones bolcheviques advirtieron a Majno que, en caso de ser llamado, no se presentara en Yekaterinoslav, Jarkov u otra ciudad cualquiera, por tratarse de segura celada donde le esperaba la muerte.

Pero lo peor es que justamente cuando el peligro blanco cobraba mayor gravedad -por los continuos refuerzos considerables que recibía Denikin, sobre todo en el sector enfrentado al majnovista, al que llegaron gran número de caucasianos-, los bolcheviques cesaron por completo sus suministros. Todas las reclamaciones, los gritos

de alarma y las protestas eran inútiles. Los bolcheviques estaban firmemente decididos a aplicar el bloqueo al sector majnovista, con el fin de destruir, ante todo, la potencia armada de la región. Su designio era muy sencillo: dejar que los majnovistas fueran aplastados por Denikin, mientras se preparaban para rechazar a éste luego, con sus solas fuerzas.

Pero se engañaron cruelmente en sus cálculos, como se verá. No advirtieron en absoluto la potencia real ni las lejanas miras de Denikin, quien reclutaba metódicamente importantes contingentes en el Cáucaso, en la región del Don y en el Kuban, para una campaña general contra la Revolución. Rechazado hasta el mar por los majnovistas, meses antes, Denikin se dedicó, con cuidadosa energía, a reagrupar, armar y-preparar sus tropas. Su objetivo inmediato era la destrucción del ejército majnovista, pues los insurgentes de Guliai-Polie constituían un peligro permanente para su ala derecha.

Los bolcheviques nada sabían de todo ello -o, más bien, nada querían saber-, preocupados sobre todo de la lucha contra la majnovschina.

A fines de mayo de 1919, terminados sus preparativos, Denikin inició su segunda campaña, cuya amplitud y vigor sorprendieron no sólo a los bolcheviques, sino también a los majnovistas. A comienzo de junio, pues, la región libre y toda Ucrania fue amenazada de dos lados a la vez: al Sudeste, por la fulminante ofensiva de Denikin; al Norte, por la actitud hostil de los bolcheviques, que, no había la menor duda, dejarían a aquél aplastar a los majnovistas y aun le facilitarían la tarea.

El IV Congreso de la región libre. La orden de Trotski número 1.824 y el primer ataque armado de los bolcheviques contra la región libre:

Ante la gravedad de la situación, el Consejo revolucionario militar de Guliai-Polie convocó a un Congreso extraordinario de campesinos, obreros, guerrilleros y soldados rojos de varias regiones de las gobernaciones de Yekaterinoslav, Jarkov, Jerson, Taurida y de la cuenca del Donetz, para el 15 de junio.

Este IV Congreso regional, dramático aun en sus preparativos, debía examinar sobre todo la situación general y los medios de afrontar el peligro mortal creado tanto por la arremetida de Denikin como por la ineptitud de las autoridades soviéticas para emprender lo que fuera a fin de hacerle frente. Otros temas del Congreso lo constituían el problema de la racional distribución de víveres a toda la población y el de autoadministración local en general.

He aquí el llamado dirigido a los trabajadores de Ucrania por el Consejo revolucionario militar.

Convocatoria del IV Congreso Extraordinario de Delegados de Campesinos, Obreros y Guerrilleros (Telegrama núm. 416)

A todos los comités ejecutivos de los distritos, cantones, comunas y aldeas de las gobernaciones de Yekaterinoslav, Taurida y regiones vecinas; a todas las unidades de la I División insurreccional de Ucrania, llamada del Batko Majno; a todas las tropas del Ejército Rojo distribuidas en la región.

En su sesión del 30 de mayo, el Comité ejecutivo del Consejo revolucionario militar, examinada la situación creada en el frente por la ofensiva de las bandas blancas, como asimismo la situación general, política y económica, del Poder soviético, llega a la conclusión de que sólo las masas laboriosas mismas, y no las personalidades ni los partidos, podrán hallarles solución, por lo cual el Comité ejecutivo del C. R. M. de la región de Guliai-Polie ha decidido convocar, para el 15 de junio, en esta ciudad, un Congreso extraordinario.

Modo de elección: 1.º un delegado por cada tres mil representados; 2.º los insurgentes y los soldados rojos, un representante por cada unidad de tropas; 3.º los estados mayores, el de Majno, dos delegados; los de brigadas, un delegado por cada una; 4.º los comités ejecutivos de distritos, un delegado por cada fracción política; 5º las organizaciones de distritos, que reconocen al soviét como base, un delegado por organización.

Condiciones: a) las elecciones de delegados se realizarán en asambleas generales de todos; b) las reuniones particulares de los soviets o de los comités no enviarán representantes; c) el consejo revolucionario no cuenta con medios; los delegados deberán, pues, procurarse los víveres y el dinero necesarios.

Orden del día: a) informes del Comité ejecutivo y de los delegados; b) situación actual; c) tareas y fines del soviét de delegados de campesinos, obreros y soldados de la región de Guliai-Polie; d) reorganización del Consejo revolucionario; e) organización militar; i) abastecimiento; g) el problema agrario; h) cuestiones financieras; i) unión militar; i) abastecimiento; g) el problema agrario; h) cuestiones financieras; i) unión obrero-campesina; j) seguridad pública; k) ejercicio de la justicia; D) asuntos corrientes.

Guliai-Polie, 31 mayo 1919.

Apenas conocido este llamamiento, los bolcheviques se decidieron a atacar. Mientras las tropas de los insurgentes iban a la muerte para resistir el asalto furioso de los cosacos de Denikin, los regimientos bolcheviques invadieron el Norte y golpearon por la espalda a los majnovistas. Al irrumpir en las ciudades ejecutaban a los militantes y destruían las comunas libres y otras organizaciones locales.

Trotsky ordenó el ataque, pues no podía soportar que a dos pasos de «su Estado» subsistiese una región independiente, ni reprimir su cólera y su odio al oír el franco lenguaje de una población que vivía libremente y que en su periódico hablaba de él sin temor ni respeto, como de un simple funcionario del Estado; de él, el grande, el

superhombre, como fuera llamado en Francia y otras partes por sus acólitos. Este hombre limitado, pero monstruosamente orgulloso y malvado; buen polemista y orador devenido, por el desvío de la revolución, dictador militar infalible de un país inmenso; este semidiós, ¿podría tolerar la vecindad de un pueblo libre que recibía la influencia y la ayuda de los «bandidos anarquistas», a quienes él consideraba y trataba como a enemigos personales?

Por lo demás, todo hombre de Estado, todo pontífice socialista menos vanidoso y vengativo hubiese actuado como él, que, no lo olvidemos, obraba de perfecto acuerdo con Lenin. Su ilimitado orgullo y su espumarajante rabia se echan de ver en cada línea de las numerosas órdenes que lanzó contra la majnovschina.

He aquí la redactada en respuesta a la convocatoria del IV Congreso:

Orden Número 1.824 del Consejo Revolucionario Militar de la Republica

Jarkov, 4 de junio de 1919

A todos los comisarios militares. A todos los Comités ejecutivos de los distritos de Alexandrovsk, Mariupol, Berdiansk, Bakmut, Paulograd y Jerson.

El Comité Ejecutivo de Guliai-Polie, de acuerdo con el estado mayor de la brigada de Majno, trata de convocar para el 15 del mes corriente un congreso de los soviets y de los insurrectos de los distritos de Alexandrovsk, Mariupol, Berdiansk, Melitopol, Bakmut y Paulograd. Dicho congreso se dirige enteramente contra el poder de los soviets en Ucrania y contra la organización del frente sur donde opera la brigada de Majno.

Este Congreso no podría llegar a otro resultado que suscitar alguna nueva revuelta infame del género de la de Grigoriev y entregar el frente a los blancos, ante los cuales la brigada de Majno no hace sino retroceder sin cesar, por la incapacidad, los designios criminales y la traición de sus jefes.

1.º Por la presente orden queda prohibido ese Congreso, que de ningún modo deberá realizarse.

2.º Toda la población campesina y obrera será prevenida oralmente y por escrito de que la participación en dicho Congreso será considerada como un acto de alta traición a la República de los Soviets y su frente.

3.º Todos los delegados a dicho Congreso deberán ser arrestados al punto y pasados al Tribunal Revolucionario Militar del XIV (antes XIII) ejército de Ucrania. 4.º Las personas que difundan los llamados de Majno y del Comité ejecutivo de Guliai-Polie deberán ser igualmente arrestadas.

5.º La presente orden adquiere fuerza de ley en el acto de ser telegrafiada, y debe ser ampliamente difundida, fijada en todos los lugares públicos y remitida a los representantes de los Comités ejecutivos de cantones y aldeas, a los de las autoridades soviéticas, a los comandantes y a los comisarios de las unidades militares.

Firmado: Trotski, Pres. del Consejo Revolucionario Militar de la República; Vatzelis, Comandante en jefe; Koshkarev, Comisario militar de la región de Jarkov.

“Este documento es verdaderamente clásico -dice Arshinov-. Quienquiera estudie la Revolución rusa deberá saberlo de memoria. Representa una usurpación tan irritante de los derechos de los trabajadores que es superfluo insistir al respecto.”

“¿Puede haber leyes promulgadas por personas tituladas revolucionarias que les permitan poner a un pueblo más revolucionario que ellas fuera de la ley?”, plantearon los insurgentes, dos meses antes, en su famosa respuesta a Dybenko. El artículo 2.º de la orden de Trotski responde claramente que tales leyes pueden existir, como lo prueba la orden número 1.824.

“¿Existe una ley -insistían los majnovistas en el mismo documento- por la cual un revolucionario tendría derecho a aplicar las penas más rigurosas a la masa revolucionaria de que se dice defensor, por el simple hecho de que ella ha conquistado, sin esperar su permiso, los bienes por él prometidos: la libertad y la igualdad?” El mismo artículo 2.º responde afirmativamente: toda la población campesina y obrera es desde ya declarada culpable de alta traición si osa participar en su propio Congreso libre.

“Las leyes de la Revolución, ¿ordenan fusilar a un delegado que cree de su deber cumplir el mandato conferido por la masa revolucionaria que lo eligió?” La orden de Trotski (artículos 3.º y 4.º) declara que no sólo los delegados en ejercicio de su mandato, sino también los que no han comenzado aún a ejercerlo, deben ser arrestados para su ejecución, pues ser “pasado al Tribunal Revolucionario Militar” significa “ser fusilado”, como en efecto lo fueron varios jóvenes campesinos: Kostin, Polunin, Dobrolubov y otros, inculcados de haber discutido el llamado del Consejo revolucionario militar de Guliai-Polie.

Se diría que, con tales preguntas a Dybenko, los insurgentes habían previsto la orden 1.824 de Trotski. Dieron, de todos modos, pruebas de gran perspicacia.

Naturalmente, Trotski consideraba a Majno como personalmente responsable de cuanto ocurría en Guliai-Polie. Ni intentó comprender que el Congreso no fue convocado por el estado mayor de la brigada de Majno ni por el Comité ejecutivo de Guliai-Polie, sino por un organismo independiente de ambos: el Consejo revolucionario militar de la región.

Hecho significativo: en su orden 1.824, Trotski insinúa desde ya la traición de los jefes majnovistas, que, decía él, “retroceden sin cesar ante los blancos”, omitiendo

que él mismo, Trotski, había ordenado no proveer más municiones a la brigada de Majno, en las vísperas mismas del avance de Denikin.

Fue una táctica. Y también una señal. A los pocos días, él, Trotski, y toda la prensa comunista, harán hincapié en la pretendida «abertura del frente» a las tropas de Denikin. Y la orden 1.824 será seguida por otras muchas., con las que Trotski empeñará al Ejército y las autoridades rojas en la destrucción de la majnovschina, por todos los medios y en sus mismas bases. Y dará, de añadidura, órdenes secretas de apoderarse a toda costa de Majno, de los miembros del estado mayor y aun de pacíficos militantes que no cumplieran en el movimiento sino una actividad educativa. La consigna era someterlos a todos a consejo de guerra y ejecutarlos.

Trotski sabía, sin embargo, que el frente contra Denikin había sido formado únicamente gracias a los esfuerzos y sacrificios de los campesinos insurgentes, en el momento más emocionante de su rebelión, cuando la región estaba libre de toda especie de autoridad. Lo crearon al Sudeste, valeroso centinela de la libertad conquistada, y durante seis meses opusieron una barrera infranqueable a las más vigorosas corrientes de la contrarrevolución monárquica, con el sacrificio de muchos millares de combatientes, poniendo a contribución los recursos todos de la región y preparándose a defender a ultranza su libertad.

Bien lo sabía Trotski. Pero él necesitaba una justificación formal de su campaña contra el pueblo revolucionario de Ucrania. Y con monstruoso cinismo, insolencia e hipocresía inimaginables dejó que ese frente se hundiera, privándole de armas y municiones, y quitándole todo medio de organización, para poder acusar a los insurgentes de haber traicionado la Revolución y abierto ruta expedita a las tropas de Denikin.

El IV Congreso regional proyectado para el 15 de junio no pudo celebrarse, pues bastante antes los bolcheviques y los denikistas penetraron en la región.

Los bolcheviques, actuando donde se hallaban o irrumpiendo de localidades vecinas, entraron a ejecutar por doquiera las órdenes de Trotski. En Alexandrovsk, por ejemplo, todas las reuniones obreras para el examen del llamado del Consejo y del orden del día del Congreso fueron prohibidas so pena de muerte. Y las que, en desconocimiento de la orden, se organizaron, fueron dispersadas por la fuerza armada. Igualmente ocurrió en otras ciudades y poblados. A los campesinos se les trató con menos miramientos aún: en muchos lugares, a los sospechosos de actividad en favor de los insurgentes y del Congreso se les apresó y ejecutó tras una apariencia de juicio.

Numerosos campesinos portadores del llamado fueron arrestados, juzgados y fusilados, aun antes de ser enterados de la orden 1.824.

Ni el estado mayor majnovista ni Majno recibieron comunicación alguna de esa orden; se quiso evitar ponerlos en alarma con tiempo, a fin de poder descargar el golpe sobre seguro y de improviso. Sólo incidentalmente pudieron enterarse de ella tres días después de su publicación. Majno reaccionó en el acto: despachó a las autoridades bolcheviques un telegrama anunciando su voluntad de abandonar el cargo de comandante a causa de la situación creada. No obtuvo respuesta.

Los bolcheviques le abren el frente a Denikin para permitirle invadir la región libre. La arremetida denikista. Medida extraordinaria de Majno para afrontar la situación:

Llegamos ahora a la primera situación excepcionalmente dramática de la epopeya majnovista, que sometió a dura prueba a Majno, a los comandantes de las unidades de su ejército, al conjunto de los insurgentes y a toda la población. Y si este primer acto del drama terminó en honra de todos ellos, fue sobre todo gracias a las excepcionales cualidades, el sublime valor y la notable autodisciplina de cuantos participaron en él.

Días antes de la publicación de la orden 1.824, comprobó Majno que los bolcheviques habían desguarnecido el frente en el sector de Grishino, ofreciendo a las tropas de Denikin libre acceso ala región de Guliai-Polie por el flanco nordeste, y la comunicó al punto al estado mayor y al Consejo. Las hordas de los cosacos, en efecto, irrumpieron en la región, no por el lado defendido por los majnovistas, sino a su izquierda, donde estaban dispuestas las tropas rojas.

La situación se hizo, así, trágica. El ejército majnovista, que mantenía el frente en la línea Mariupol-Kuteinikovo-Taganrog, se vio envuelto por las tropas de Denikin, que invadieron en grandes masas el corazón mismo de la región.

Por más que los campesinos de toda esa zona habían enviado, desde el mes de abril, gran número de voluntarios a Guliai-Polie, no había con qué armarlos, pues los bolcheviques, como hemos visto, a pesar del acuerdo concertado, cortaron a los insurgentes todo aprovisionamiento y sabotearon la defensa de la región. Mordiendo rabia, el estado mayor majnovista se vio en la necesidad de devolver a los voluntarios. Consecuencia fatal de ello fue el avance denikista.

En una sola jornada, los campesinos de Guliai-Polie formaron un regimiento destinado a la defensa de la población. Debieron armarse para el efecto de utensilios



primitivos: hachas, picas, viejas carabinas, fusiles de caza, etc. Se pusieron en marcha al encuentro de los cosacos, tratando de detener su avance. A quince kilómetros aproximadamente de Guliai-Polie tropezaron con importantes fuerzas de cosacos del Don y del Kuban, y entablaron contra ellos una lucha encarnizada y heroica, en la cual sucumbieron casi todos, con su comandante, B. Veretnikov, obrero de las fábricas Putilov de Petrogrado, originario de Guliai-Polie. Entonces una verdadera avalancha de cosacos desbordó sobre Guliai-Polie y la ocupó el 6 de junio de 1919. Majno, con el estado mayor y un destacamento con una sola batería, retrocedió hasta la estación de Guliai-Polie, a unos siete kilómetros, más o menos, del pueblo; pero al atardecer se vio obligado a abandonarla. Habiendo reorganizado esa noche las fuerzas de que podía

por la brecha y cercaron a la brigada anarquista, de cuyos 1.500 hombres sólo se salvaron 500, abriéndose paso a fuerza de granadas y pistolas. Los otros 1.000 fueron masacrados. Y los comunistas acusaron a los anarquistas de traidores por haber abierto el frente al avance de Franco.

Los bolcheviques, en tanto, aunque habían abierto el frente a los blancos y dado órdenes confidenciales contra los majnovistas, continuaron fingiéndoles amistad, como si en nada hubiese variado la situación., lo que fue una maniobra para apoderarse de los guías del movimiento, sobre todo de Majno.

El 7 de junio -a los tres días de la fecha de la orden 1.824 y a dos de su recepción por las autoridades locales-, el mando supremo bolchevique envió a Majno un tren blindado, recomendándole resistir «hasta el último extremo» y prometiéndole otros refuerzos. En efecto, a los dos días llegaron algunos destacamentos rojos a la estación de Gaitchur, hacia la parte de Chaplino, a unos veinte kilómetros de Guliai-Polie, acompañados por el comandante en jefe Voroshilov (el futuro comisario de guerra), Mezhlauk, comisario en el Ejército, y otros altos funcionarios comunistas. Se estableció estrecho contacto, en apariencia, entre el mando rojo y el de los insurgentes y se creó una especie de estado mayor común. Voroshilov y Mezhlauk invitaron a Majno a instalarse en su tren blindado, a pretexto de dirigir de concierto las operaciones.

No se trataba sino de una infame comedia. En ese mismo momento, Voroshilov tenía en su poder orden de Trotski de apresar a Majno y demás jefes de la majnovschina, desarmar las tropas insurgentes y fusilar sin merced a quienes intentaran la menor resistencia, para cuyo cumplimiento esperaban la ocasión propicia.

Majno fue advertido por algunos amigos del peligro que corrían él, el entero ejército y toda la obra revolucionaria. Su situación no podría ser más difícil. Por una

parte, quería evitar a toda costa choques sangrientos que habrían de ocurrir fatalmente ante el enemigo; pero no podía, por otra parte, sacrificar sin lucha a sus camaradas, su ejército y la causa entera. Buscó una solución satisfactoria y la encontró.

Todo sopesado, adoptó dos decisiones capitales: primero, abandonar - momentáneamente-el cargo de comandante del ejército insurreccional; segundo, invitar a todas las unidades de su ejército, a permanecer en sus emplazamientos y aceptar - momentáneamente-el mando rojo, a la espera del momento propicio para la reanudación de la lucha emancipadora.

Dos días después ejecutó esta doble maniobra a la letra, con finura, sangre fría y habilidad extraordinarias. Y, sin ruido, se alejó de Voroshilov y Mezhlauk. Declaró a su estado mayor que, por el momento, su acción en las filas como simple combatiente era de mayor utilidad. Y envió al mando supremo soviético la declaración siguiente:

*Estado Mayor del XIV Ejército, Voroshilov, Trotski, Presidente del Consejo Revolucionario Militar; Jarkov, Lenin, Kamenev, Moscú:*

A consecuencia de la orden 1.824 del Consejo Militar revolucionario de la República envié al estado mayor del II Ejército y a Trotski un despacho con ruego de dispensarme del puesto que ocupo actualmente. Ahora reitero mi pedido, y he aquí las razones en que creo deber fundarlo. A pesar de que he hecho la guerra, con los guerrilleros, sólo a las bandas de los blancos de Denikin, no predicando al pueblo sino el amor a la libertad ya la acción propia, toda la prensa soviética oficial, así como la del partido bolchevique, difunden contra mí rumores indignos de un revolucionario. Se me quiere hacer pasar por bandido, cómplice de Grigoriev, conspirador contra la República de los soviets, con el fin de restablecer el orden capitalista. En un artículo titulado «La Majnovschina» (En Camino, núm. 51), Trotski plantea la pregunta: «¿Contra quién se levantan los insurrectos majnovistas?» Y se ocupa de demostrar que en realidad la majnovschina no es sino un frente de batalla contra el poder de los soviets, sin decir una palabra del verdadero frente contra los blancos, de una extensión de más de cien kilómetros, donde los insurgentes han sufrido desde hace seis meses, y sufren todavía, pérdidas enormes. La orden 1.824 me declara «conspirador contra la República de los soviets» y «organizador de una rebelión al estilo de Grigoriev».

Creo ser derecho inviolable de los obreros y los campesinos, derecho conquistado por la revolución, la convocación por sí mismos de un congreso para debatir y decidir sus asuntos. Por ello, la prohibición de la autoridad central de convocar tales congresos y la declaración que los proclama ilícitos (orden 1.824) son una violación directa e insolente de los derechos de las masas laboriosas.

Comprendo perfectamente el punto de vista de las autoridades centrales respecto a mí. Estoy íntimamente convencido de que esas autoridades consideran el movimiento insurreccional como incompatible con su actividad estatal. Al mismo tiempo ellas creen

que este movimiento está estrechamente ligado a mi persona y me honran con todo el resentimiento y todo el odio que experimentan hacia el conjunto movimiento insurreccional. Nada podría demostrarlo mejor que el mencionado artículo de Trotski, en el cual, al acumular a sabiendas calumnias y mentiras, da pruebas de animosidad personal contra mí.

Esta actitud hostil, hecha actualmente agresiva, de las autoridades centrales hacia el movimiento insurreccional lleva ineluctablemente a la creación de un frente interior particular, a ambos lados del cual se encontrarán las masas laboriosas que tienen fe en la revolución. Considero esta eventualidad como un crimen inmenso hacia el pueblo trabajador, crimen imperdonable, que creo de mi deber hacer todo lo posible por evitarlo. El medio más eficaz de evitar que las autoridades centrales cometan tal crimen es, en mi opinión, el abandono del cargo que ocupó. Supongo que, hecho esto, las autoridades centrales cesarán de sospecharnos, a mí y a los insurgentes, como conspiradores antisoviéticos y acabarán por considerar la insurrección ucraniana como un fenómeno importante, manifestación viva y actuante de la Revolución social, y no como un movimiento hostil, con el que no se ha tenido, hasta el presente, sino relaciones de desconfianza y astutas que han llegado hasta el indigno regateo de alguna porción de municiones y a menudo al sabotaje mismo del aprovisionamiento, lo que ha causado a los insurgentes grandes pérdidas en hombres y en territorio, cosas que habrían podido ser fácilmente evitadas si las autoridades centrales hubiesen adoptado otra actitud.

Pido, pues, que se disponga tomar posesión de mi cargo.

Batko Majno

Estación de Gaitchur, 9 de junio de 1919.

Entre tanto, las unidades insurgentes que se hallaban más allá de Mariupol debieron retroceder hasta Pologui y Alexandrovsk.

Al recibo de la declaración de Majno, a quien suponían aún en Gaitchur, los bolcheviques despacharon hombres no para hacerse cargo de su puesto, sino para apresarlo, como lo hicieron traidoramente con el jefe del estado mayor, Oserov, sus integrantes Mijalev-Pavlenko y Burbyga, y varios miembros del Consejo revolucionario militar, a quienes ejecutaron. Este fue el comienzo de otras muchas ejecuciones de majnovistas caídos en poder de los bolcheviques en múltiples lugares.

Pero Makhno se les escapó. Pudo librarse diestramente de los envolventes tentáculos bolcheviques sobre Gaitchur, deslizándoseles entre los dedos, y partió a rienda suelta hacia Alexandrovsk, al encuentro de sus tropas allí destacadas. Majno sabía, por sus amigos, que los bolcheviques, aun creyéndole en Gaitchur, enviarían su reemplazante precisamente a Alexandrovsk. Y allí, sin pérdida de momento, entregó oficialmente la división y el comando al nuevo jefe, quien, recién nombrado, no había recibido todavía ninguna orden concerniente a Makhno personalmente. «El se empeñó en hacerlo así -comprueba Arshinov-, deseoso de dejar abierta y honestamente su

puesto, con el fin de que los bolcheviques no tuviesen pretexto alguno para acusarle de nada en cuanto a los asuntos de la dimisión de su mando. Forzado a aceptar el duro juego que se le impuso, Majno supo sortearlo con honor.»

Y luego realizó su último acto esforzado. Dirigió una circunstanciada proclama al Ejército insurreccional, explicando la nueva situación. En ella declaraba que debía abandonar por el momento su puesto de comandante y encarecía a los insurgentes el combatir con la misma energía contra las tropas de Denikin, sin turbarse por el hecho de estar, durante cierto tiempo, bajo el mando de los estados mayores bolcheviques. Los insurgentes comprendieron.

Casi todas sus unidades permanecieron en sus emplazamientos, declararon reconocer el mando rojo y aceptaron su incorporación al ejército bolchevique. Los bolcheviques creyeron haber triunfado.

No sabían que, simultáneamente, de acuerdo con Majno, los más fieles comandantes de los regimientos insurgentes se concertaron clandestinamente en el solemne empeño de esperar el momento propicio para reunirse de nuevo a las órdenes de Majno, cuando ello no hiciera peligrar el frente externo. Decisión que no trascendió. Y Makhno desapareció, acompañado de un pequeño destacamento de caballería.

Los regimientos de insurgentes, transformados en regimientos rojos, a las órdenes de sus jefes habituales: Kalashnikov, Kurilenko, Budanov, Klein, Dermendzhi y otros, continuaron haciendo frente a las tropas de Denikin, impidiéndoles ganar Alexandrovsk y Yekaterinoslav.

El fulminante avance de Denikin. Los bolcheviques abandonan la lucha en Ucrania. Majno reanuda la acción a riesgo propio:

Los bolcheviques, ya lo hemos dicho, seguían sin advertir las verdaderas proporciones de la campaña de Denikin.

Apenas días antes de la caída de Yekaterinoslav y Jarkov, declaraba Trotski que Denikin no representaba una seria amenaza y que Ucrania no estaba de modo alguno en peligro. Y al siguiente día hubo de cambiar de opinión, reconociendo que Jarkov se hallaba gravemente amenazada. Y a fines de junio cayó Yekaterinoslav, y quince días después, Jarkov.

Los bolcheviques no pensaron en retomar la ofensiva, ni siquiera organizar la defensa: se contrajeron a evacuar Ucrania, retirándose hacia el Norte, llevándose cuantos hombres y material rodante les fuera posible. Manifiestamente, los bolcheviques abandonaban Ucrania a su suerte, librada a las tropelías de la reacción.

Majno juzgó que ése era el momento oportuno para retomar la iniciativa de la lucha y actuar, de nuevo, como guía de una fuerza revolucionaria independiente. Para ello se vio obligado a luchar contra Denikin y contra los bolcheviques.

Los destacamentos insurgentes, provisoriamente sometidos al mando supremo bolchevique, recibieron la palabra de orden esperada: destituir a los jefes bolcheviques, abandonar el Ejército Rojo y reagruparse a las órdenes de Majno.

En este punto comienza el segundo acto del drama popular ucraniano, que ha de prolongarse hasta enero de 1920.

Reorganización del Ejército insurreccional. La ofensiva decisiva de Denikin. Tentativas contra su avance. El Ejército insurreccional se hace imponente:

Aun antes de que los regimientos majnovistas hubiesen podido reunirse a Majno, ya éste había formado un nuevo ejército insurreccional.

La nueva situación era extrañamente parecida a la subsiguiente a la invasión austro-alemana.

La actitud de las tropas de Denikin y de los antiguos propietarios que habían vuelto con ellas, con respecto a la población laboriosa, fue, como ya lo adelantamos, insolente y brutal al extremo. Apenas instalados, se dedicaron a restaurar el régimen absolutista y feudal. Sobre aldeas y ciudades se abatió, implacable, el terror blanco, con las consiguientes terribles represalias.

La respuesta no se hizo esperar. Huyendo en gran número, sobre todo los campesinos, se pusieron en busca de Majno, a quien consideraban, muy naturalmente, como el hombre capaz de reanudar la lucha contra los nuevos opresores. En menos de quince días se constituyó, bajo su dirección, un nuevo ejército. Las armas de que podía disponer eran insuficientes; pero, en eso, empezaron a llegar los regimientos de base, que, a la voz de orden de reagruparse, acababan de abandonar el Ejército Rojo. Llegaban unos tras otros, no sólo plenos de energías y de combativo ardor, sino bien provistos también de armas y municiones, pues traían cuanto armamento habían podido cargar. El mando bolchevique, desprevenido, en plena retirada y temeroso de un cambio de actitud de sus propias tropas, no pudo oponerse a esa acción audaz. Algunos regimientos rojos hicieron causa común con los majnovistas y engrosaron provechosamente las filas del Ejército insurreccional.

Con tales tropas, Majno se consagró, primeramente, a contener a las divisiones de Denikin. Retrocedía palmo a palmo, procurando orientarse y aprovechar la primera ocasión favorable para intentar asumir la ofensiva. Pero los denikistas vigilaban, recordando las inquietudes, pérdidas y derrotas que los majnovistas les habían ocasionado el invierno anterior. Un cuerpo de ejército, integrado por varios regimientos de caballería, de infantería y de artillería, fue dedicado a combatirlos.

Aunque replegándose lentamente ante las superiores fuerzas enemigas, el ejército insurreccional fue adquiriendo un aspecto muy especial, que conviene poner de relieve.

Irritado por la resurrección y tenaz resistencia de los majnovistas, que trataba y retardaba fastidiosamente su avance, Denikin hacía la guerra no sólo al ejército de Majno como tal, sino a toda la población campesina: además de los desmanes y violencias habituales, las aldeas que lograba ocupar eran puestas a fuego y sangre; se saqueaba las viviendas, antes de ser incendiadas; se fusilaba a centenares de campesinos; se maltrataba a las mujeres, y las judías, muy numerosas en las aldeas ucranianas, eran casi todas violadas, especialmente en Guliai-Polie.

Este género de guerra obligaba a la población de las aldeas amenazadas por la aproximación de los denikistas a abandonar sus hogares y huir. Y así el ejército majnovista acabó por ser seguido en su retirada por millares de familias campesinas, con su escaso ganado y sus fardos. ¡Un verdadero éxodo campesino! Una enorme masa de hombres, mujeres y niños, rodeando y siguiendo al ejército en su lenta retirada hacia el Oeste, se extendió poco a poco por centenares de kilómetros.

Llegado el ejército de Majno al comienzo de su fabulosa retirada, yo pude ver y seguir los movimientos de este pintoresco «reino sobre ruedas», como se le designó más tarde.

El verano de 1919 fue de excepcional sequía en Ucrania. Por los polvorientos caminos y los campos linderos, este mar humano se movía lentamente, en revuelta confusión con el ganado (sobre todo vacuno), vehículos de toda clase y los servicios de aprovisionamiento, intendencia y sanidad.

El ejército propiamente dicho se mantenía apartado de este conglomerado, conservando estrictamente la ruta, salvo las unidades en lucha para cubrir y proteger la retirada, especialmente la caballería, distante casi constantemente. La infantería que no se hallaba en combate abría la marcha del ejército, desplazándose en tachankas<sup>94</sup>, con tiro de dos caballos, el conductor y dos combatientes cada una. De tanto en tanto, uno de estos vehículos, típicos de la región, provisto de ametralladora. La artillería cerraba la marcha.

Una gran bandera negra ondeaba en la primera tachanka. «Libertad o muerte», «La tierra, para los campesinos; las fábricas, para los obreros», se leía en una faz y otra de la bandera, en plateado bordado.

A pesar de las dramáticas circunstancias, los peligros y combates casi cotidianos, este pueblo en marcha se hallaba pleno de ánimo y coraje. Todos participaban en los diversos servicios del ejército, tomando a pecho la suerte de todos, contraídos a su particular desempeño. De tanto en tanto, a lo largo de la extensa columna, resonaban cantos populares o revolucionarios, que millares de voces solían corear.

Al llegar a una aldea se acampaba hasta recibir orden de reanudar la marcha, iniciada sin demora, siempre hacia el Oeste, siempre seguida por los ecos de los combates librados en torno a este reino rodante.

En el curso de esta retirada, que duró casi cuatro meses, millares de estos fugitivos se apartaban para partir a la ventura, dispersándose así a través de toda Ucrania, la mayor parte de los cuales perdieron para siempre sus hogares y sus míseros bienes. Algunos lograron formar un nuevo hogar; muchos perdieron la vida, por agotamiento y enfermedades o caídos en poder de los blancos.

El ejército insurgente trató primeramente de atrincherarse en el Dnieper, cerca de la ciudad de Alexandrovsk. Por cierto tiempo conservó el dominio del famoso puente de Kichkass (uno de los más importantes de Rusia), de gran valor estratégico. Pero bien pronto, desbordado por las fuerzas muy superiores del enemigo, hubo de abandonarlo y replegarse hacia Dolinskaya y luego hacia la ciudad de Yelizabethgrad.

Entre tanto, las pocas tropas rojas que habían quedado dispersas por Ucrania, y sobre todo en Crimea, completamente desmoralizadas por la actitud del mando bolchevique, perdieron toda importancia militar. Los soldados consideraban la huida de Ucrania de las autoridades bolcheviques como una defección a la causa revolucionaria, y varios jefes expresaron su desconfianza respecto al alto comando. Poco menos que abandonadas por las autoridades, esas tropas se consumían en la inactividad, la duda y la angustia. Para esos hombres, Majno era la única esperanza revolucionaria. Y hacia él se volvían de más en más las miradas de cuantos aspiraban a defender, en su terreno, la libertad.

Finalmente, en julio, casi todos los regimientos rojos que quedaban en Crimea se insurreccionaron, destituyendo a sus jefes, y se pusieron en marcha para incorporarse a las tropas de Majno. Esta acción fue inteligentemente preparada y realizada por los comandantes majnovistas ya nombrados, que habían permanecido provisionalmente en las filas del Ejército Rojo, quienes partieron, al llegar la orden convenida, no sólo con los destacamentos de origen insurrecto, sino también con la casi totalidad de las tropas bolcheviques. A marchas forzadas, trayendo cautivos a sus anteriores jefes (Kocherguin,

Dybetz y otros) y gran cantidad de armas y municiones, estos regimientos -numerosos y descansados, bien organizados y plenos de entusiasmo tras de su revuelta-se dirigían a la estación de Pomoschnaya, en procura de Majno.

Fue un golpe asaz duro para los bolcheviques, pues redujo casi a nada su poder militar en Ucrania.

La conjunción se verificó, a principios de agosto, en Dobrovelichkovka, importante localidad de la gobernación de Jerson. El ejército de Majno se hizo, así, imponente. Ya estaba en condiciones de encarar una acción militar de gran envergadura, con posibilidades de victoria.

Apenas operada la conjunción, Majno, hasta entonces en retirada, se detuvo, sobre todo para reagrupar sus tropas. De todos lados acudían voluntarios. Protegido por vanguardias en torno al distrito ocupado -entre Pomoschnaya, Yelisabethgrad y Voznesensk-procedió a la reorganización definitiva de su ejército, de cerca de 20.000 combatientes, que fueron distribuidos en cuatro brigadas de infantería y de caballería, una división de artillería y un regimiento de ametralladoras. La caballería, comandada por Schuss, disponía de dos a tres mil sables, y el regimiento de ametralladoras llegó a disponer, en ciertos momentos, hasta 500. Una escuadra de 150 a 200 jinetes se constituyó en unidad especial para acompañar constantemente a Majno en sus desplazamientos, expediciones y otras diversas empresas guerreras.

Terminado el reagrupamiento, Majno lanzó una vigorosa ofensiva contra las tropas de Denikin. La lucha fue de lo más encarnizado. A la vuelta de sucesivos encuentros, el ejército denikista fue rechazado a 50 y hasta 80 kilómetros hacia el Este. Pero bien pronto empezaron a escasear las municiones, a tal punto que, de cada tres ataques, dos eran para procurárselas como botín. Por otra parte, Denikin lanzaba a la batalla reservas frescas en gran número, decidido a aplastar a toda costa al ejército insurreccional, para poder marchar con seguridad rumbo a Moscú. Para colmo de desgracias, los majnovistas debieron afrontar, al mismo tiempo, a algunas tropas bolcheviques que, desde Odesa y Crimea, se abrían paso por Ucrania hacia el Norte, combatiendo contra todas las fuerzas armadas que hallaban de camino. E invariablemente chocaban con las tropas majnovistas.

La situación se hizo finalmente insostenible, y Majno se vio obligado a dejar la región, retrocediendo hacia el Oeste. Así comenzó su famosa retirada por más de 600 kilómetros, de la región Bajmut-Mariupol hasta los confines de la gobernación de Kiev, que duró cerca de dos meses, de agosto a fines de septiembre de 1919.



La gran retirada del Ejército Insurgente. Su cercamiento definitivo. La batalla de Peregonovka. La victoria de los majnovistas y su fulminante retorno ofensivo:

“Es imposible relatar los pormenores de este episodio. Limitémonos, pues, a lo esencial.”

Era evidente designio de Denikin cercar completamente al ejército majnovista y aniquilarlo totalmente. Lanzó contra él sus mejores regimientos, algunos de ellos exclusivamente integrados por jóvenes oficiales que odiaban particularmente a “esa chusma de mujiks”. Entre ellos, el primer regimiento de Simferopol y el segundo de Labinsky se distinguían por su bravura, su acometividad y su feroz energía. Combates encarnizados, de inaudita violencia, se libraban casi a diario. Fue, en verdad, una ininterrumpida batalla de dos meses, de excepcional dureza para ambas partes.

Encontrándome, durante toda la retirada, en el ejército de Majno -integrando con Arshinov y otros tres camaradas la Comisión de propaganda y de educación-, recuerdo patentemente esos días vividos en interminable pesadilla.

Las cortas noches de verano permitían sólo breve descanso a los hombres y las cabalgaduras, interrumpido con las primeras luces del día por el estruendo de la metralla, las explosiones de obuses y el múltiple resonar de cascos al galope... Los denikistas aparecían, como todos los días, en procura de cerrar, sobre los insurgentes, su cerco de hierro y fuego. Reiniciaban, vuelta a vuelta, su maniobra, estrechando mayormente a las tropas de Majno, cuyo espacio disponible disminuía por momentos. Los combates diarios, que llegaban a atroces cuerpo a cuerpo, se sucedían al frente y a los flancos del ejército majnovista, para no cesar sino al entrar la noche, aprovechada por los insurgentes para retroceder, con tiempo contado, por un corredor, de vez en vez más estrecho, y así se lograba evitar sucesivamente el definitivo cerco. Y con el nuevo día, otra vez a afrontar al implacable enemigo, siempre a punto de completar el perseguido cerco. Y eso un día tras otro, semana tras semana.

Los insurgentes carecían de vestimenta, de calzado y a menudo hasta de víveres. Soportando el tórrido calor, bajo un cielo plomizo y una granizada de balas y obuses, se iban alejando de su país, hacia regiones y destinos ignorados.

A fines de agosto, el ejército de Denikin, que ya presionaba tan fuertemente, fue reforzado con nuevas tropas procedentes de Odesa y Voznesensk. Con el grueso de las fuerzas ya en marcha hacia Orel, no lejana de Moscú, rechazando al Ejército Rojo, Denikin se empeñó en desembarazarse de los majnovistas cuanto antes. Con ellos en la retaguardia no podía sentirse seguro.

La situación empeoraba de día en día. Pero Majno no desesperaba. Continuaba, de momento, sus hábiles maniobras de retirada. Los combatientes, animados por un ideal, conscientes de su cometido y de batirse por la propia causa, realizaban todos los días increíbles proezas de coraje y de resistencia.

Se decidió entonces dejar la proximidad de las vías férreas, por las que se había efectuado hasta el momento la retirada. Y hubo que hacer saltar los trenes blindados recientemente quitados a los denikistas, entre ellos uno formidable: el famoso Invencible.

La retirada continuó por caminos vecinales, de aldea en aldea, cada vez más difícil, fatigosa, exasperante. Pero ni por un instante cedió el coraje entre los insurgentes, íntimamente esperanzados de triunfar sobre el enemigo. Soportaban valerosamente los rigores de la situación, con inquebrantable tenacidad, tensa al extremo la voluntad, bajo el terrible fuego continuado del enemigo, hechos un solo nudo de firmeza con su guía y camarada amado.

En cuanto a Majno, noche y día de pie, interrumpiendo apenas su intensa actividad con escasas horas de sueño, cubierto de polvo y sudor, siempre infatigable, recorriendo constantemente el frente, vigilándolo todo, animando a los combatientes y con frecuencia lanzándose ardientemente a la refriega, él no pensaba sino en el momento de poder, aprovechando un error del enemigo, descargarle un golpe decisivo. Con mirada atenta espiaba todos los movimientos de los denikistas, enviaba sin cesar en toda dirección patrullas de reconocimiento y recibía hora tras hora informes precisos. Bien sabía que el menor error de su parte podría ser fatal para todo el ejército, para la causa entera. Y, sabiendo igualmente que el continuado avance de las tropas de Denikin hacia el Norte hacía vulnerable su retaguardia en la medida de la progresiva extensión de su frente, esperaba su hora.

Hacia mediados de septiembre, el ejército insurreccional alcanzó la ciudad de Uman, gobernación de Kiev, en poder de los petliuristas.

Petliura se hallaba en estado de guerra con Denikin, quien por el momento, en su marcha hacia Moscú, descuidó el oeste de Ucrania, contando apoderarse fácilmente de él luego de la derrota de los bolcheviques.

¿Cuál sería la actitud de los petliuristas frente a los majnovistas? ¿Cuál debía ser la de éstos con aquéllos? ¿Habría que atacarlos? ¿Habría que pedirles libre paso por su territorio y la ciudad, sin lo cual era imposible proseguir la retirada? ¿Habría que proponerles la unión para combatir juntamente a los denikistas? ¿O, simplemente,

proponerles una neutralidad, para obtener de ella las mayores ventajas luego? Todo sopesado, esta solución parecía ser la más indicada.

Observemos que en ese momento el ejército insurreccional tenía cerca de 8.000 heridos, privados, en las condiciones creadas, de todo auxilio médico. Además, constituían una impedimenta enorme, que dificultaba grandemente los movimientos y las operaciones militares. El estado mayor tenía intención de solicitar a las autoridades de la ciudad que recogieran y cuidaran en los hospitales locales por lo menos a los heridos graves. Por feliz coincidencia, en el momento mismo que se trataban estos problemas llegó una delegación de Petliura para declarar que, hallándose en guerra con Denikin, se deseaba evitar la formación de un nuevo frente contra los majnovistas, coincidiendo con los deseos de éstos. Así se concertó un pacto, por el que ambas partes se comprometían a observar recíprocamente una estricta neutralidad militar. Y, de añadidura, los petliuristas consintieron en recibir en sus hospitales a los heridos majnovistas.

El pacto estipulaba que esta neutralidad estrictamente militar y sólo concerniente a la situación del momento no imponía a los pactantes obligación ni restricción alguna de orden político o ideológico. Habiendo intervenido en las tratativas, yo hube de subrayar expresamente la importancia de tal cláusula. Los majnovistas sabían que la masa petliurista sentía hacia ellos mucha simpatía y daba oídos a su propaganda. Se trataba, pues, de tener margen para ejercer sin inconvenientes influencia entre esa masa, lo que eventualmente podría serles de gran ayuda. Así se apresuraron a imprimir un manifiesto, titulado “¿Quién es Petliura?”, que lo desenmascaraba como defensor de las clases acomodadas, como enemigo de los trabajadores.

Las autoridades petliuristas, aun siendo decididas enemigas de los majnovistas, tenían múltiples razones para observar ante éstos una actitud de extrema prudencia. Su neutralidad era más ficticia que real - los majnovistas lo sabían -, y era de tener en cuenta la posibilidad de un entendimiento con los denikistas para aplastar a los insurgentes. Para éstos se trataba sobre todo de ganar unos días, desembarazarse de los heridos y de evitar un inmediato ataque por la espalda, para no verse de improviso en un callejón sin salida. Objetivos que fueron logrados. Pero, por otra parte, las sospechas de los majnovistas se confirmaron plenamente.

Según el pacto, el ejército insurreccional tenía derecho a ocupar un territorio de diez kilómetros cuadrados, cerca de la aldea Tekuche, próxima a Uman. Las fuerzas de

Petliura se hallaban dispersas al Norte y al Oeste; las de Denikin se hallaban al Este y al Sur, del lado de Golta.

Ahora bien: a los pocos días de la concertación del pacto los majnovistas recibieron informes de que se andaba en tratos entre ambos campos adversarios para convenir un plan conjunto tendente a cercar las tropas de Majno y exterminarlas. Y días más tarde, justamente la noche del 24 al 25 de septiembre, los exploradores majnovistas advirtieron que cuatro o cinco regimientos denikistas estaban a retaguardia de los insurgentes, al Oeste, donde no podían haber llegado sino a través del territorio ocupado por los petliuristas; con la ayuda, pues, o por lo menos el consentimiento de éstos.

Al atardecer del 25 de septiembre, los majnovistas estaban completamente cercados por las tropas de Denikin, cuya mayor parte permanecía concentrada al Este, pero una fuerte barrera de ellas estaba tendida a espaldas de los insurgentes, con Uman en poder de los denikistas, que estaban ya en tren de buscar y acabar con los heridos majnovistas, distribuidos en hospitales y casas privadas.

Una orden lanzada por el mando denikista, algunos de cuyos ejemplares llegaron al estado mayor majnovista, decía: “Las bandas de Majno están cercadas. Están completamente desmoralizadas, desorganizadas, hambreadas y sin municiones. Ordeno atacarlas y aniquilarlas en un plazo de tres días.” La firmaba el general Slaschov, comandante en jefe denikista en Ucrania (pasado más tarde a servicio de los bolcheviques).

Toda retirada era imposible ahora para los majnovistas. Había llegado el momento de librar la batalla decisiva. La suerte del ejército insurreccional, de todo el movimiento, de la causa toda, dependía de esta suprema batalla.

La batalla de Uman señaló la terminación de la retirada del ejército insurreccional. Era imposible escapar esta vez: la tenaza se había cerrado sobre los insurgentes.

Entonces Majno declaró con la mayor sencillez que la retirada mantenida hasta ese día sólo había sido una estrategia forzada y que la verdadera guerra comenzaría, a más tardar, al día siguiente, 26 de septiembre. Tomó todas las disposiciones para el combate y esbozó las primeras maniobras.

Al anoecer del 25 de septiembre, las tropas majnovistas, que hasta entonces habían marchado hacia el Oeste, cambiaron bruscamente de dirección, moviéndose hacia el Este, contra el grueso del ejército denikista. El primer encuentro se produjo, a noche avanzada, cerca de la aldea de Krutenkoye, entre la primera brigada majnovista y

las vanguardias de Denikin, que retrocedieron en procura de mejores posiciones y sobre todo con intención de arrastrar al enemigo, en su seguimiento, hacia el grueso del ejército. Pero los majnovistas no se dejaron atraer.

Como Majno lo esperaba, esta maniobra engañó al enemigo, que consideró el ataque como una especie de reconocimiento o diversivo, afirmándose en la convicción de que la marcha de los insurgentes continuaría en dirección Oeste. Y se aprestó a caerles por la espalda en Uman y aplastarlos en la ratonera armada. Ni por un instante admitía que el ejército insurreccional osase atacar sus fuerzas principales. La maniobra de Majno pareció confirmar tales apreciaciones. Y por ello no se preparó para la eventualidad de un ataque frontal.

Tal fue, precisamente, el plan de Majno. Su razonamiento era muy sencillo: de cualquier modo, el ejército estaba perdido si no lograba romper el cerco enemigo, cuya ruptura era ahora la única posibilidad de salvación, por mínima que fuera; había que intentarla, pues, lanzando todo el ejército contra el de Denikin, al Este, en la esperanza de aplastarlo. La maniobra de la víspera no tuvo otro fin que el de engañar la vigilancia del enemigo.

En la noche del 26 de septiembre, todas las fuerzas majnovistas se pusieron en marcha hacia el Este. Las fuerzas principales del enemigo estaban concentradas en las proximidades de la aldea Peregonovka, en poder de los insurgentes.

El combate se trabó entre las tres y las cuatro de la mañana. Fue en crescendo y llegó a su punto culminante hacia las ocho. Se produjo entonces un verdadero huracán de metralla. Majno, con su escolta de jinetes, había desaparecido desde la caída de la noche, tratando de rodear al enemigo, y durante toda la batalla no se habían tenido noticias de él. Hacia las nueve de la mañana los majnovistas comenzaron a perder terreno. El combate se libraba ya en los confines de la aldea. De diversos lugares, fuerzas enemigas disponibles llegaban de refuerzo y precipitaban ráfagas de fuego contra los majnovistas, que retrocedían lentamente. El estado mayor insurgente y cuantos en la aldea podían manejar una carabina se armaron y se lanzaron a la lucha.

El momento crítico había llegado; parecía que la batalla, y con ella la causa entera de los majnovistas, estaba perdida. Se dio orden a todos, hasta a las mujeres, de hacer fuego sobre el enemigo en las calles. Todos se prepararon a vivir las últimas horas de la batalla y de sus vidas. Pero he ahí que repentinamente el fuego de las ametralladoras y los ¡hurras! del enemigo comenzaron a debilitarse, al irse alejando. Y en la aldea comprendieron que el enemigo retrocedía y que el combate se proseguía

acierta distancia. Majno, surgiendo de modo inesperado, había decidido la suerte del combate. Apareció en el momento que sus tropas habían sido arrolladas y la pelea iba a iniciarse en las calles de Peregonovka. Cubierto de polvo, abrumado de fatiga, Majno surgió por el flanco del enemigo, de un profundo barranco. En silencio, sin lanzar una orden, se precipitó a todo correr con su escolta sobre el enemigo y escindió sus filas. Toda la fatiga y todo el desaliento desaparecieron como por encanto entre los majnovistas. “Batko está allí... ¡Batko lucha a sable!..”, se oía gritar. Y entonces todos, con decuplicada energía, se lanzaron de nuevo hacia adelante en pos de su jefe amado, que parecía desafiar la muerte. Siguió una lucha cuerpo a cuerpo, de encarnizamiento inaudito, un «hacheo», como dicen los majnovistas. Por valeroso que fuese el primer regimiento de oficiales de Simferopol, fue deshecho y batióse precipitadamente en retirada, manteniendo perfecto orden durante los primeros diez minutos y tratando de detener el impulso del enemigo, pero en desorden y precipitación, luego. Los demás regimientos, cundido el pánico, siguieron el ejemplo, y por fin todas las tropas de Denikin se desbandaron, procurando pasar a nado el río Sinuka, distante quince kilómetros de la aldea, para atrincherarse en la orilla opuesta.

Majno trataba de sacar todo el partido posible de la situación, cuyas ventajas comprendió admirablemente. A toda rienda lanzó su caballería y su artillería en persecución del enemigo en retirada, y Majno mismo, a la cabeza de su regimiento mejor montado, se dirigió por caminos transversales para tomar de enfilada a los fugitivos. Se trataba de un trayecto de doce a quince kilómetros. En el momento más crítico, cuando las tropas de Denikin llegaron al río, fueron alcanzadas por los jinetes de Majno. Centenares de denikistas perecieron. Sin embargo, la mayoría de ellos tuvo tiempo de pasar a la otra orilla, pero allí eran esperados ya por Majno mismo. El estado mayor del ejército de Denikin y un regimiento de reserva que se encontraban allí fueron sorprendidos y apresados. Algunos oficiales prefirieron colgarse de los árboles.

Sólo una parte insignificante de las tropas de Denikin - obstinadas desde hacía meses en la persecución encarnizada de Majno logró salvarse. El primer regimiento de oficiales de Simferopol y otros fueron enteramente pasados a sable. En una extensión de dos o tres kilómetros, la ruta estaba cubierta de cadáveres<sup>95</sup>. Por horrible que pueda parecer este espectáculo, no era sino la secuela natural del duelo entablado entre el ejército de Denikin y el majnovista. Durante la prolongada persecución, aquéllos no se proponían menos, y lo proclamaban, que exterminar a todos los majnovistas, lo que fueron cumpliendo cuanto les fue posible. El menor paso en falso de Majno habría

reservado la misma suerte al ejército insurreccional. Ni aun las mujeres, que seguían al ejército en que combatían sus esposos, se habrían salvado. Los majnovistas habían sufrido sobradas experiencias y sabían a qué atenerse (Arshinov, ob. cit., capítulo VII).

Aplastadas las principales fuerzas de Denikin, los majnovistas no perdieron tiempo: se lanzaron en tres direcciones hacia su país, hacia el Dnieper.

Este retorno se realizó con alucinante rapidez. Al día siguiente de la derrota de las tropas de Denikin, Majno se hallaba ya a más de 100 kilómetros del campo de batalla, avanzando con su escolta a unos 40 kilómetros del grueso del ejército. Al segundo día se posesionaron de Dolinskaya, Krovoy-Rog y Nikopol, y al tercero ganaron el puente de Kichkas y la ciudad de Alexandrovsk cayó en su poder.

En su fulminante avance experimentaban la impresión de penetrar en un reino encantado: el de la Bella Durmiente del Bosque. Nadie se había enterado todavía de la batalla de Uman. Nadie sabía nada de la suerte de los majnovistas. Las autoridades denikistas no habían adoptado ninguna medida de defensa, adormecidas en el letargo propio de las profundidades de la retaguardia. Como el rayo en primavera, los majnovistas se abatían sobre sus enemigos. Tras de Alexandrovsk, cayeron Pologui, Guliai-Polie, Berdiansk y Mariupol. Al cabo de diez días, todo el Sur fue liberado de tropas y autoridades denikistas.

Pero no se trataba sólo de ellas. Como una gigantesca escoba, al pasar el ejército insurreccional por ciudades, villas, caseríos y aldeas, barría por doquiera todo vestigio de explotación y de servidumbre. Los terratenientes, que no esperaban nada semejante; los kulaks, los grandes industriales, los curas, los gendarmes, los señores denikistas y los oficiales emboscados, todo era barrido en el camino victorioso de la majnovschina. Prisiones, comisarías y puestos policiales, todos los símbolos de la servidumbre popular, fueron destruidos. Cuantos eran conocidos por enemigos activos de los campesinos y los obreros estaban prometidos a la muerte. Terratenientes y kulaks, sobre todo, perecieron en gran número. Ello basta - observémoslo de paso - para al día siguiente, los campesinos dieron sepultura a todos los restos en una fosa común, a un lado del camino (Arshinov).

Acude ahora a mi memoria un episodio típico que presencié. Los regimientos majnovistas habían hecho alto en una población importante. Nuestra Comisión de propaganda, llegada con ellos, fue hospedada por una familia de campesinos, cuya vivienda daba a la plaza, frente a la iglesia. Apenas instalados, oímos ruidos inusitados,

clamores de voces. Al salir vimos a una multitud de campesinos en explicaciones con los combatientes majnovistas.

- Sí, camaradas – oímos -. El canalla hizo una lista de nombres, unos cuarenta, todos los cuales fueron fusilados por las autoridades.

Supimos que se trataba del cura de la aldea. Una rápida investigación sobre el terreno confirmó la verdad de la acusación. Se decidió, pues, ir en busca del cura. Los campesinos afirmaban que su vivienda estaba cerrada y que el cura no se hallaba en ella. Le suponían huido. Pero había quienes consideraban que se había ocultado en la iglesia misma, y campesinos e insurgentes se dirigieron a ella. La puerta estaba cerrada por fuera, con cadena y candado.

- Ven - dijeron – algunos -; no puede estar dentro, pues la puerta está cerrada por fuera.

Mas otros, desconfiados, afirmaron que el pope96, sin tiempo para huir, se había hecho encerrar en la iglesia por su pequeño sacristán, para que se le creyera huido. Pero de nada le valió. Los insurgentes hicieron saltar el candado y penetraron en la iglesia, cuyo interior revisaron prolijamente, descubriendo un vaso de noche, ya utilizado, y una provisión de víveres. El pope estaba allí, pues. Al oír la multitud que penetraba en la iglesia, había, de seguro, trepado al campanario, en la esperanza de que, no hallándolo abajo, desistieran de buscarlo. Pero los insurgentes se lanzaron por la estrecha escalera de madera hacia el pequeño campanario, con gran ruido de sables y fusiles y gritos. Los que se hallaban en la plaza vieron, entonces, aparecer en lo alto del campanario a un hombre alto, que gesticulaba y gritaba desesperadamente, dominado por el terror. Era joven, de largos cabellos de rubio pajizo. Tendidos hacia la plaza sus largos brazos abiertos, gritaba plañidero:

- ¡Pequeños hermanos! ¡Yo nada hice! ¡Nada malo! ¡Piedad mis hermanos! ¡Mis pequeños hermanos!

Fue un instante. Brazos vigorosos le tiraron de la sotana, obligándole a bajar. Y la multitud salió con él de la iglesia, cruzó la plaza y lo trajo al patio de la vivienda que ocupábamos. Y allí mismo se improvisó el juicio popular, en el que nuestra Comisión, meramente espectadora, no intervino por nada.

- ¿Qué dices ahora, pillo? ¡Hay que pagar! Despídete de la vida y ruega a tu dios, si quieres...

- ¡Mis pequeños hermanos, mis pequeños hermanos! - repetía el pope, tembloroso -. Soy inocente; no he hecho nada. ¡Mis pequeños hermanos...!



- ¿Que no has hecho nada? - le gritaban -. ¿No han denunciado al joven Iván, y a Pavel, y a Serguei, el jorobado, y a muchos más? ¿No fuiste tú quien redactó la lista? ¿Quieres que te llevemos ante las fosas de tus víctimas? ¿O que vayamos a hojear los papeles del puesto policial, donde de seguro encontraremos la lista de tu puño y letra?

El pope cayó de rodillas, los ojos perdidos, brillante de sudor el rostro, repitiendo sus exclamaciones. Una joven, integrante de nuestra Comisión, se hallaba cerca de él incidentalmente. Arrastrándose de rodillas, le tomó el ruedo del vestido, lo besó y le suplicó:

- ¡Protégeme, mi pequeña hermana! ¡Soy inocente! ¡Sálvame, mi pequeña hermana!...

- ¿Qué quieres que haga yo? - le respondió Ella -. Defiéndete, si eres inocente. No estás ante seres salvajes. Si eres realmente inocente no te harán daño alguno. Pero si eres culpable, ¿qué puedo hacer yo?

En eso entró al patio, a caballo, un insurgente. Se detuvo tras el pope y, sin apearse, empezó a fustigarle la espalda, gritándole a cada golpe: “¡Por haber engañado al pueblo! ¡Por haber engañado al pueblo!” La multitud, impasible, le dejaba hacer.

Hasta que yo le dije:

-¡Basta, camarada! A pesar de todo, no hay que torturarlo.

-¿Sí, eh? -oí a varios-. Ellos nunca torturaron a nadie, ¿verdad?

Otro insurgente se adelantó, para sacudir rudamente al pope.

-¡Vamos, levántate! ¡Basta de comedia! ¡Ponte de pie!

El pope ya no gritaba. Muy pálido, apenas consciente de la realidad, se incorporó, perdida a lo lejos la mirada, moviendo los labios, sin voces. El insurgente hizo señales a algunos camaradas, quienes en seguida rodearon al pope.

-Camaradas --se dirigió a los campesinos el insurgente--: ¿afirmáis vosotros que este hombre, contrarrevolucionario declarado, redactó y entregó a las autoridades blancas una lista de sospechosos, y que éstos fueron en seguida fusilados? ¿Es así?

-¡Sí, sí, ésa es la verdad! -clamoreó la multitud-. ¡El hizo asesinar a cuarenta de los nuestros! Toda la población lo sabe.

Y se daban nombres, se invocaban testimonios precisos, se acumulaban pruebas... Algunos parientes de los ejecutados confirmaban los hechos. Las mismas autoridades les habían hablado de la lista confeccionada por el cura, en explicación de sus represalias. Y el pope, sin decir nada.

-¿Hay alguien que defienda a este hombre? -preguntó el insurgente-. ¿Alguien que dude de su culpabilidad?

Silencio. Tras la pausa, el insurgente se acercó al pope y le quitó brutalmente la sotana.

-¡Qué buena tela! -dijo-. Nos servirá para hacer una bandera. La nuestra ya está muy desgastada.

Y luego, dirigiéndose al cura, ridículo, en camisa y calzoncillos:

-¡Arrodíllate ahí, ahora! Y haz tus oraciones, sin volverte.

Así lo hizo el condenado. Dos insurgentes, ubicados tras él, sacaron sus revólveres y, pasados unos instantes, le hicieron fuego. Y todo terminó.

Majno ha contado algunos dramáticos episodios de su fulminante retorno.

Cierto anochecer se presentó, en compañía de algunos jinetes, uniformados todos como oficiales denikistas, en la propiedad de un gran terrateniente, feroz reaccionario, admirador de Denikin y verdugo de los campesinos. Dijeron hallarse en misión y necesitar reposar un poco, para partir temprano al día siguiente. Se les recibió, naturalmente, con entusiasmo.

-Señores oficiales: dispongan como les acomode. La propiedad está bien resguardada por un destacamento. No hay de qué inquietarse.

En su honor, se preparó un festín. El oficial del destacamento y algunos amigos del propietario participaron en él. Manjares deliciosos, vinos de renombre, licores finos. Se hablaba con efusión, maldiciendo a los «bandidos majnovistas, y a todos los revolucionarios, deseando su supresión rápida y definitiva y brindando por la salud de Denikin y por su ejército. Y el propietario, confiado, mostró a los agasajados su magnífico depósito de armas, presto a cualquier eventualidad.

Hacia el fin de la comida, Majno reveló bruscamente su identidad. Indescriptible escena de sorpresa, confusión y espanto. La propiedad está rodeada por los majnovistas. La guardia es desarmada. «¡Hay que pagar!»

Ni gritos, ni súplicas, ni tentativas de huir, valen de nada. Todos son ejecutados en el lugar. Los soldados de la guardia son interrogados y tratados en consecuencia.

La ofensiva denikista es quebrada por la victoria insurgente. Los bolcheviques a salvo. Su retorno a Ucrania:

La ocupación del Sur de Ucrania por los majnovistas significaba mortal peligro para la campaña de Denikin, cuyo ejército tenía su base de aprovisionamiento entre Volnovaja y Mariupol. Inmensos depósitos de municiones estaban distribuidos en las

ciudades de la región, no todos los cuales cayeron fácilmente en poder de los majnovistas. En torno a Volnovaja, por ejemplo, hubieron de combatir cinco días contra importantes reservas denikistas. Por otra parte, todas las vías férreas de la región estaban dominadas por los insurgentes y ningún material de guerra podía llegarle a Denikin, en el Norte. En otros puntos dispersos, hubo que afrontar la resistencia de otras reservas denikistas, bien pronto vencidas y aniquiladas.

Entonces las oleadas de la majnovschina rodaron hacia el fondo de la cuenca del Donetz y hacia el Norte. En octubre, los insurgentes tomaron Yekaterinoslav. Denikin se vio obligado a abandonar su marcha hacia el Norte, como lo confesaron pronto ciertos diarios denikistas. Envió a toda prisa sus mejores fuerzas al frente de Guliai-Polie, pero era demasiado tarde. El incendio hacía estragos en toda la región, desde los bordes del Mar Negro y del de Azov hasta Jarkov y Poltava.

Gracias a considerables refuerzos -sobre todo a gran cantidad de autos blindados y a la excelente caballería, comandada por Mamontov y Shkuro-los blancos logrados por un momento hacer retroceder a los majnovistas de Mariupol, Berdiansk y Guliai-Polie, pero en el entretanto, en cambio, los majnovistas conquistaban Sinelnikovo, Paulograd, Yekaterinoslav y otras ciudades y poblaciones, de modo que Denikin no pudo obtener ventaja alguna de aquellos triunfos meramente locales.

En octubre y noviembre, las principales fuerzas de Denikin, procedentes del Norte, reanudaron la encarnizada lucha contra los majnovistas, quienes, a fines de noviembre -estando la mitad de ellos abatidos por una espantosa epidemia de tifus exantemático-hubieron de dejar a Yekaterinoslav y reagruparse en el Sur. Pero tampoco Denikin pudo consolidarse en parte alguna. Los majnovistas no cesaban de hostigarlo en un punto y otro; y, por otra parte, los rojos, que venían desde el Norte tras sus huellas, lo atropellaban -las tropas del Cáucaso-se negaron a continuar luchando contra Majno; abandonaron sus emplazamientos, sin que el mando pudiese impedirselo, y tomaron rumbo a su región. Tal fue el principio del definitivo fracaso del ejército denikista.

Debemos fijar aquí - es nuestro deber-la verdad histórica al respecto. Es ésta:

El honor de haber aniquilado, en el otoño de 1919, la contrarrevolución de Denikin corresponde enteramente al ejército insurreccional majnovista.

Si los insurgentes no hubiesen logrado la decisiva victoria de Peregonovka y no hubiesen continuado socavándole a Denikin las bases en su retaguardia, con la destrucción de sus servicios de reabastecimiento de artillería, víveres y municiones, los blancos habrían probablemente entrado en Moscú, a más tardar en diciembre de 1919.

Enterados de la retirada de las mejores tropas de Denikin, los bolcheviques, al pronto sorprendidos (V. libro II, Parte quinta, cap. VIII), se rehicieron al ser informados de la verdadera causa del cambio de la actitud denikista -la derrota de Peregonovka y sus consecuencias- y pronto comprendieron las ventajas que podría reportarles. Y atacaron a Denikin cerca de Orel, precipitando su retirada general.

La batalla de Orel, igual que otras libradas entre blancos en retirada y rojos que les pisaban los talones, tuvo una importancia enteramente secundaria. Los blancos se hallaban en definitiva retirada. Cierta resistencia que ofrecieron no tenía más fin que el protegerla y evacuar municiones y aprovisionamientos. En toda la extensión de la ruta -desde Orel, pasando por Kursk hasta el Mar Negro y el de Azov-, el Ejército Rojo avanzaba casi sin obstáculos.

Su entrada en Ucrania y en la región del Cáucaso, sobre los talones de los blancos en retirada, ocurrió exactamente como un año antes en ocasión de la caída del hetman, sobre terreno previamente desembarazado de enemigos.

Fueron los majnovistas quienes soportaron todo el peso de este ejército en retirada, provocada por su victoria de Peregonovka. Hasta su definitiva derrota le ocasionó muchas preocupaciones al ejército insurreccional.

Los bolcheviques, indirectamente salvados por los campesinos revolucionarios de Ucrania, volvieron a ésta a recoger los laureles de una victoria que ellos no habían obtenido.

## **LA CONDUCTA DE LOS MAJNOVISTAS EN LAS REGIONES LIBERADAS**

Los esfuerzos positivos. Las realizaciones. Las libertades:

La permanente lucha armada y la vida en el “reino rodante”, que impedían a la población toda clase de estabilidad, las inhibían asimismo, fatalmente, para toda actividad positiva, constructora. Sin embargo, cuantas veces ello era: posible, el movimiento demostraba una gran capacidad orgánica y las masas laboriosas revelaban voluntad y capacidad creadora notables. Veamos algunos ejemplos.

Hemos hablado, más de una vez, de la prensa majnovista. A pesar de los obstáculos y las dificultades del momento, los majnovistas, en relaciones directas con la Confederación anarquista Nabat, editaron manifiestos, periódicos, etc., y un nutrido folleto: Tesis generales de los insurgentes revolucionarios (majnovistas) sobre los Soviets libres. El periódico El Camino hacia la Libertad -cotidiano o semanario según el trance- se dedicó sobre todo a la vulgarización de las ideas libertarias, aplicadas al curso

de los hechos de la vida. El Nabat, más teórico y doctrinario, aparecía semanalmente. Señalemos también La Voz del Majnovista, que se ocupaba especialmente de los intereses, los problemas y las tareas del movimiento y del ejército majnovistas.

El folleto Tesis generales... resumía el punto de vista de los majnovistas sobre los problemas candentes de la hora: la organización económica de la región y los soviets libres, las bases sociales de la sociedad a construir, el problema de la defensa, la administración de justicia, etc.

Lamento vivamente no poder aportar algunas transcripciones de esa prensa, por carecer del material indispensable.

A menudo se nos plantea: ¿Cómo se conducían los majnovistas en las ciudades y poblaciones de que se posesionaban en el curso de la lucha? ¿Cómo trataban a la población civil? ¿De qué modo organizaban la vida en las ciudades conquistadas: la administración, la producción, el intercambio, los servicios municipales, etc.?

Muchas leyendas y calumnias se hicieron circular al respecto, y es nuestro deber desmentirlas y restablecer la verdad. Habiendo estado con el ejército majnovista en el momento preciso, tras de su victoria de Peregonovka, en que se posesionó, en un ventarrón, de algunos centros importantes como Alexandrovsk, Yekaterinoslav y otros, estoy en condiciones de aportar un testimonio da primera mano, absolutamente verídico y exacto.

La primera preocupación de los majnovistas, al entrar, vencedores, en cualquier ciudad, era la de descartar un eventual malentendido peligroso: que se les tomara por un nuevo poder, por un nuevo partido político, por una especie de dictadura. Por ello, de inmediato hacían fijar en las paredes grandes carteles en que se decía a la población, sobre poco más o menos:

A todos los trabajadores de la ciudad y los alrededores  
Vuestra ciudad está ocupada, momentáneamente, por el Ejército Insurreccional Revolucionario (majnovista). Este ejército no está al servicio de ningún partido político, de ningún poder, de dictadura alguna. Por el contrario, él trata de liberar la región de todo poder político, de toda dictadura, para proteger la libertad de acción, la vida libre de los trabajadores contra toda dominación y explotación.  
El ejército majnovista no representa, pues, ninguna autoridad. No constreñirá a nadie a obligación alguna, limitándose a defender la libertad de los trabajadores. Libertad de obreros y de campesinos que sólo a ellos mismos pertenece, sin restricción alguna. Ellos mismos han de obrar, organizarse y entenderse entre sí en todos los dominios de su vida, como la conciban o como lo quieran. Sepan, desde ya, pues, que el ejército majnovista no les impondrá, ni les dictará, ni les

ordenará nada. Los majnovistas no harán más que ayudarlos, dándoles tal o cual opinión o consejo, poniendo a su disposición todas las fuerzas intelectuales, militares o de cualquiera otra índole que necesiten, pues no pueden ni quieren en ningún caso gobernarlos ni prescribirles nada.

Casi todos los carteles terminaban invitando a la población laboriosa de la ciudad y los alrededores a un mitin, en el que los camaradas majnovistas «expondrán su punto de vista de manera más detallada y les darán, de ser necesario, consejos prácticos para comenzar a organizar la vida de la región sobre una base de libertad y de igualdad económica, sin autoridad y sin explotación del hombre por el hombre». Cuando, por cualquier razón, tal convocatoria no pudo ser hecha en el mismo cartel, se la hacía pública poco más tarde en carteles especiales.

Habitualmente, la población, sorprendida al principio por tal modo de obrar absolutamente nuevo, se familiarizaba pronto con la situación creada y se consagraba al trabajo de libre organización con entusiasmo y éxito. Tranquilizada la población respecto a la actitud de la fuerza militar, la ciudad recobraba su aspecto normal y su tren habitual de vida: el trabajo se reanudaba, donde era posible, los negocios abrían sus puertas y las diversas administraciones volvían a sus funciones. En un ambiente de calma y de libertad, los trabajadores se preparaban así a una actividad positiva, para reemplazar, metódicamente, los viejos engranajes.

En cada región liberada, los majnovistas eran el único organismo con fuerzas suficientes para poder imponer su voluntad al enemigo. Pero jamás las utilizaron con fines de dominación ni de influencia política, ni se sirvieron de ellas contra sus adversarios meramente políticos o ideológicos. El enemigo militar, el conspirador contra la libertad de acción de los trabajadores, el aparato estatal, el poder, la violencia sobre los trabajadores, la policía, la prisión: tales eran los elementos contra los cuales dirigía sus esfuerzos el ejército majnovista.

En cuanto a la libre actividad ideológica: cambio de ideas, discusión, propaganda, y a la libertad de las organizaciones de carácter no autoritario, los majnovistas garantizaban por doquiera, integralmente, los principios revolucionarios de la libertad de palabra, de prensa, de conciencia, de reunión y de asociación política, ideológica, etc.

En todas las ciudades y poblaciones que ocupaban, comenzaban por anular todas las prohibiciones y restricciones impuestas a los órganos de prensa y a las organizaciones políticas, por cualquier poder.

En Berdiansk, la prisión fue destruida con dinamita, en presencia una enorme multitud, que participó en la destrucción. En Alexandrovsk, Krivoy-Rog, Yekaterinoslav y otros lugares, las prisiones fueron demolidas o incendiadas por los majnovistas, con aclamación de la población laboriosa.

La libertad de palabra, de prensa, de reunión y de asociación eran proclamadas al punto, para todos y para todo. He aquí el texto auténtico de la Declaración que los majnovistas hacían pública:

En ciertas ciudades, los majnovistas nombraban un comandante, cuyas funciones se limitaban a servir de enlace entre las tropas y la población a comunicar a ésta ciertas medidas, dictadas por las necesidades de la guerra, que pudiesen tener repercusión en la vida de los habitantes. Tales comandantes carecían de autoridad sobre la población, en cuya vida civil no debían intervenir de modo alguno.

1. Todos los partidos, organizaciones y corrientes políticas socialistas<sup>98</sup> tienen derecho a propagar libremente sus ideas, sus teorías, sus puntos de vista y opiniones, oralmente y por escrito. Ninguna restricción a la libertad de prensa. y de palabra socialistas será admitida ni será objeto de persecución alguna.

Nota: Los comunicados de orden militar no podrán ser impresos sino por conducto de la dirección del órgano central de los insurgentes revolucionarios: El Camino hacia la Libertad.

2. En plena libertad los partidos y organizaciones políticas de propagar sus ideas, el ejército de los insurgentes majnovistas les previene que no admitirá ninguna tentativa de preparar e imponer a las masas laboriosas una autoridad política, por no tener ello nada de común con la libertad de ideas y de propaganda.

Yekaterinoslav, 5 de noviembre de 1919.

Consejo Revolucionario Militar del Ejército de los insurgentes majnovistas

En todo el curso de la Revolución rusa, la época de la majnovschina en Ucrania fue la única en que la verdadera libertad de las masas laboriosas encontró cabal expresión. Mientras la región permaneció libre, los trabajadores de las poblaciones ocupadas por los majnovistas pudieron decir y hacer -por vez primera-cuanto quisieron y como quisieron. Y, sobre todo, tenían la posibilidad de organizar su vida y su trabajo ellos mismos, según su entendimiento, su sentimiento de justicia y de verdad.

Durante las semanas que los majnovistas ocuparon Yekaterinoslav, aparecieron con toda libertad cinco o seis periódicos de diversa orientación política; Narodoylastie (El Poder del Pueblo), socialista revolucionario de derecha; Znamia Voztania (El Estandarte de la Rebelión), socialista revolucionario de izquierda; Zvezda (La Estrella), bolchevique, y otros. A decir verdad, los bolcheviques eran quienes menos derecho

tenían a la libertad de prensa y de asociación, en primer término, porque ellos habían destruido, donde pudieron, la libertad de prensa y de asociación para los trabajadores, y en segundo término porque su organización en Yekaterinoslav había tomado parte activa en la invasión criminal de la región de Guliai-Polie en junio de 1919, siendo de justicia retribuirles con un severo castigo. Pero, para no afectar en nada los grandes principios de libertad de palabra y de asociación, no fueron molestados y pudieron gozar, como las demás corrientes políticas, de todos los derechos.

La única restricción que los majnovistas juzgaron necesario imponer a los estatistas fue la prohibición de constituir Comités revolucionarios jacobinos tendientes a imponer al pueblo una dictadura.

Diversos acontecimientos probaron que tal medida no era vana.

Apenas las tropas majnovistas se posesionaron de Alexandrovsk y de Yekaterinoslav, los bolcheviques locales, salidos de sus escondites, se apresuraron a organizar sus comités (los rev.com.), procurando establecer su poder político y gobernar a la población. En Alexandrovsk, los miembros de uno de tales comités llegaron a proponer a Majno “dividir la esfera de acción”, esto es, dejarle el poder militar y reservar al comité “toda libertad de acción y toda autoridad política y civil”. Majno les aconsejó “ocuparse en cualquier oficio honesto” en lugar de tratar de imponer su voluntad a la población laboriosa. Análogo incidente ocurrió en Yekaterinoslav.

Esta actitud de los majnovistas fue justa y lógica: precisamente porque quisieron asegurar y defender la total libertad de palabra, de prensa, de organización, etc., ellos debían adoptar, sin vacilar, todas las medidas contra las formaciones que tratasen de ofender esta libertad, suprimir las demás organizaciones e imponer su voluntad y su autoridad a las masas laboriosas.

Sólo se habla de partidos y organizaciones socialistas, no porque se quisiese privar de tal derecho a los no socialistas, sino únicamente porque en plena revolución popular los elementos de derecho no entraban en juego. No era cuestión. Era natural que la burguesía no osara, en las condiciones creadas, editar su prensa, y que los obreros impresores, en posesión de las imprentas, se negaran rotundamente a imprimirla. No valía la pena hablar de ello. El lógico acento recae sobre todos, no sólo sobre socialistas. Si los reaccionarios, no obstante, lograran imprimir sus obras, nadie se inquietaría por ello, pues el hecho, en el nuevo ambiente, no representaría peligro alguno.

Los majnovistas no vacilaron. En Alexandrovsk, Majno amenazó con arrestar y hacer ejecutar a todos los miembros de los rev. com. a la menor tentativa de ese género.



E igual en Yekaterinoslav. Y cuando, en noviembre de 1919, el comandante del tercer regimiento insurreccional majnovista, Polonsky, de tendencia comunista, fue convicto y confeso de haber participado en semejante conspiración, se le fusiló con sus cómplices.

Al cabo de un mes, los majnovistas se vieron forzados a abandonar a Yekaterinoslav. Pero tuvieron tiempo de demostrar a las masas laboriosas que la verdadera libertad depende de los trabajadores mismos y que ella comienza a irradiar y desarrollarse apenas el espíritu libertario y la verdadera igualdad de derechos son practicados entre ellos.

El Congreso de Alexandrovsk (octubre de 1919):

En esta ciudad y la región circundante se desarrolló la primera etapa en que los majnovistas pudieron radicarse por un tiempo más o menos largo.

La conferencia general a que había sido convocada la población laboriosa de Alexandrovsk, apenas fue ocupada la ciudad, se inició con un informe detallado de los majnovistas sobre la situación del distrito desde el punto de vista militar: A continuación se propuso a los trabajadores organizar ellos mismos la vida en la región liberada, es decir, reconstituir sus organizaciones destruidas por la reacción; reponer en marcha, en lo posible, concertarse sin demora con los campesinos de los alrededores para establecer relaciones regulares y directas entre los respectivos organismos para el intercambio de productos,. etc.

Los obreros aclamaron vivamente tales ideas, pero al comienzo vacilaron en ponerlas en obra, turbados por su novedad y, sobre todo, intranquilos a causa de la proximidad del frente de batalla. Temían el retorno de los blancos, o de los rojos, a breve plazo. Como siempre, la inestabilidad de la situación obstruía el trabajo positivo.

Las cosas no quedaron en eso, sin embargo. Días después, en una segunda conferencia, se profundizó y discutió con animación el problema de la organización de la vida según los principios de la autoadministración de los trabajadores. Finalmente, se llegó a un punto concreto: el modo exacto de ponerse a ello, los primeros pasos. Se propuso formar una Comisión de iniciativa, con delegados de algunos sindicatos y obreros activos, a la que se encomendaría la elaboración de un proyecto de acción inmediata. Algunos obreros de los sindicatos de ferroviarios y de zapateros se declararon entonces dispuestos a organizar inmediatamente dicha Comisión, que procedería ala creación de organismos obreros indispensables para reponer en marcha, lo más rápidamente posible, la vida económica y social de la región.

La Comisión se puso enérgicamente a la obra. Bien pronto los ferroviarios restablecieron la circulación de trenes, algunas usinas entraron en actividad, ciertos sindicatos fueron reconstituidos, etcétera.

Se decidió que, en espera de más profundas reformas, la moneda corriente -papel moneda de diversas emisiones-se siguiese utilizando como medio de cambio. Problema de orden secundario, pues, desde hacía mucho, la población recurría más bien a otros medios para el cambio de productos.

Poco después se convocó en Alexandrovsk, para el 20 de octubre (1919) un gran Congreso regional de los trabajadores.

Este Congreso -cabalmente excepcional, tanto por la forma de ser organizado, cuanto por su desarrollo y sus resultados-merece particular atención. Puedo hacer, por haber participado en él, un informe detallado. Porque es precisamente en los detalles de este inicial trabajo positivo que el lector hallará puntualizaciones y sugerencias muy instructivas.

Al tomar la iniciativa de convocar a un Congreso regional de los trabajadores, los majnovistas asumieron una tarea asaz delicada. Darían, es cierto, una importante impulsión a la actividad de la población laboriosa, lo que era indispensable, natural y loable. Pero, por otra parte, les era preciso evitar de imponerse a los congresistas y a la población y presentarse en figura de dictadores. Importaba, ante todo, que este Congreso no fuera semejante a los convocados por las autoridades emanadas de un partido político (o de una casta dominante), que sometían a los Congresos, diestramente trucados, resoluciones ya confeccionadas, destinadas a ser dócilmente adoptadas, tras una apariencia de discusión, e impuestas a los sedicentes delegados so amenaza de represión contra toda eventual oposición. De añadidura, los majnovistas se proponían someter al Congreso numerosas cuestiones concernientes al ejército insurreccional mismo, cuya suerte, y la de toda la obra emprendida, dependía de cómo fueran resueltas. Hasta en este dominio particular, los majnovistas se atenían a su propósito de evitar toda presión sobre los delegados.

Para evitar todos los escollos, se decidió:

1.º No se realizaría ninguna campaña electoral para la elección de los delegados. Había que limitarse a avisar a las poblaciones, las organizaciones, etc., que debían elegir un delegado, o delegados, al Congreso de los trabajadores convocado para el 20 de

octubre. De tal modo, la población podría designar y dar mandato a los delegados con toda libertad.

2.º Al iniciarse el Congreso, un representante majnovista explicaría a los delegados que el Congreso era convocado, esta vez, por los majnovistas mismos, porque se trataba sobre todo de problemas concernientes al ejército insurreccional como tal; que el Congreso también resolvería, por cierto, problemas relativos a la vida de la población; que para unos y otros problemas sus deliberaciones y decisiones serían absolutamente libres, sin que los delegados corrieran riesgo alguno por su actitud; y, en fin, que este Congreso debía ser considerado como el primero o, más bien, como extraordinario, pues los trabajadores de la región habrían de convocar próximamente, por propia iniciativa, su Congreso, que realizarían como quisiesen, para resolver los problemas de su vida que creyesen del caso.

3.º Tras de la apertura, los delegados deberán elegir por sí mismos la Mesa directiva del Congreso y modificar a su gusto el orden del día propuesto -no impuesto- por los majnovistas.

Dos o tres días antes del Congreso, ocurrió un episodio muy curioso. Un atardecer, se presentó en mi domicilio un joven: Lubim, miembro del comité local del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda. Observé en seguida su estado de emoción. En efecto, muy excitado, entró en materia sin preámbulos.

-Camarada Volin -exclamó, tranqueando en todos sentidos la pequeña habitación de hotel en que nos hallábamos-: usted excusará mi brutalidad. Es que se trata de un peligro grandísimo. Vosotros, ciertamente, no lo advertís. Y, sin embargo, no hay que perder un minuto. Sois anarquistas, lo sé, y en consecuencia utopistas e ingenuos. Pero, con todo, no llevaréis vuestra ingenuidad al extremo de la estupidez. Ni tenéis el derecho de hacerlo, porque no se trata sólo de vosotros, sino de muchos más y de toda una causa.

Yo le confesé no haber entendido nada de su tirada.

-¡Veamos, veamos! -continuó, cada vez más excitado-. Habéis convocado un Congreso de campesinos y de obreros, el que tiene enorme importancia. ¡Pero vosotros sois unos niños grandes! En vuestra inefable ingenuidad, ¿qué hacéis? Distribuíis profusamente papelitos anunciando el Congreso. Punto, y nada más. ¡Es para espantarse! Ni explicaciones, ni propaganda, ni campaña electoral, ni lista de candidatos; ¡nada, nada! Yo le suplico, camarada Volin, que abra un poco los ojos. En vuestra situación, hay que ser algo realistas, ¡caramba! Haced algo en seguida, mientras

es todavía tiempo. Enviad agitadores, presentad vuestros candidatos; dejadnos tiempos de hacer una pequeña campaña. Pues, ¿qué diréis vosotros si la población, la campesina sobre todo, os envía delegados .reaccionarios que reclamen la convocación de la Constituyente o aun el restablecimiento del régimen monárquico? El pueblo está hondamente trabajado por los contrarrevolucionarios. ¿Qué haréis si la mayoría del Congreso es contrarrevolucionaria y lo sabotea? ¡Obrad, pues, antes que sea demasiado tarde! ¡Diferid el Congreso por unos días, y tomad medidas!

Comprendí. Miembro de un partido político, Lubim concebía las cosas con mentalidad condigna.

-Escuche, Lubim -le dije-. Si en las condiciones actuales, en plena revolución popular y después de cuanto ha ocurrido, las masas laboriosas envían, a su Congreso libre, contrarrevolucionarios y monárquicos, entonces -¿me entiende?-la entera obra de mi vida no ha sido sino un profundo error. Y no me quedaría por hacer más que pegarme un tiro con ese revólver que ve ahí.

-Se trata de hablar seriamente -me interrumpió-, y no de alardear...

-Yo le aseguro, camarada Lubim, que hablo muy seriamente. Nada será cambiado de nuestro modo de obrar. Y si el Congreso resulta contrarrevolucionario, yo me suicido. No podría sobrevivir a tan terrible desilusión. Y luego, tome nota de un hecho esencial: no he sido yo quien convocó el Congreso, ni quien ha decidido la forma de integrarlo. Todo ello es obra de un conjunto de camaradas. No tengo, pues, atribuciones para cambiar nada.

-Sí, lo sé. Pero usted tiene gran influencia. Puede proponer ese cambio. Se le escuchará...

-Es que no deseo proponerlo. Lubim. Estoy de acuerdo con ellos.

Con esto terminó la conversación, y Lubim partió, inconsolable.

El 20 de octubre, más de 200 delegados obreros y campesinos se reunieron en la gran sala del Congreso. Al lado de los asientos destinados a los congresistas se había reservado algunos lugares para los representantes de los partidos socialistas de derecha -socialistas revolucionarios y mencheviques-y los del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda, que asistían al Congreso sólo con voz. Entre los últimos, percibí al camarada Lubim.

Lo que sobre todo me chocó el primer día del Congreso fue una frialdad o, más bien, manifiesta desconfianza de la mayor parte de los delegados. Se supo luego que ellos se esperaban un Congreso como tantos otros, y suponían que aparecerían en el

estrado hombres con revólver al cinto en disposición de manejar a los delegados y hacerles votar resoluciones ya confeccionadas por ellos.

La sala estaba helada y transcurrió algún tiempo antes de que se caldeara un poco.

Encargado de la apertura del Congreso, di a los delegados las explicaciones convenidas y les declaré que deberían elegir una Mesa y en seguida deliberar sobre el orden del día propuesto por los majnovistas. Y ya se produjo un incidente. Los congresistas expresaron el deseo de que presidiera yo. Consulté con mis camaradas y acepté. Pero declaré a los delegados que mis funciones se limitarían estrictamente a la conducción técnica del Congreso, esto es: a seguir el orden del día adoptado, anotar los oradores, concederles la palabra, velar por la buena marcha de los trabajos, etc., y que los delegados deberían deliberar y tomar resoluciones con toda libertad, sin temor a presión ni maniobra alguna de mi parte. Entonces un socialista de derecha pidió la palabra y atacó violentamente a los organizadores del Congreso:

-Camaradas delegados: nosotros, los socialistas, tenemos el deber de preveniros que aquí se está representado una innoble comedia. Nada se os impondrá, pero, mientras, y muy diestramente, se os ha impuesto ya un presidente anarquista. Y seguiréis siendo diestramente maniobrados por estas gentes.

Majno, llegado momentos antes para desearle éxito al Congreso y excusarse de deber partir para el frente, tomó la palabra y respondió ásperamente al orador socialista. Recordó a los delegados la libertad absoluta de su elección, acusó a los socialistas de ser fieles defensores de la burguesía, aconsejó a sus representantes no turbar la labor del Congreso con intervenciones políticas y terminó, dirigiéndose a ellos:

-No sois delegados; por lo tanto, si el Congreso no os gusta, podéis retiraros.

Nadie se opuso. Entonces los socialistas, cuatro o cinco, expresaron con vehemencia su protesta contra semejante modo de ponerlo en la puerta y abandonaron la sala. Nadie pareció lamentar su partida; al contrario, la concurrencia me pareció satisfecha y un tanto más íntima que antes.

Un delegado se levantó.

-Camaradas -dijo-: antes de entrar al orden del día, deseo someteros una cuestión previa de gran importancia, en mi opinión. Se ha pronunciado recién una palabra, la burguesía, a la que, naturalmente, se la fulmina como si se supiese qué es y como si todo el mundo estuviese de acuerdo al respecto. Me parece un error grosero. El término burguesía no es del todo claro. Y soy de opinión que, en razón de su importancia, y

antes de ponernos al trabajo, sería útil puntualizar la noción de burguesía y saber exactamente a qué atenernos.

A pesar de la habilidad del orador -yo tuve la sensación que no era un campesino auténtico, aunque vistiese como tal-, la continuación de su discurso demostró claramente que estábamos en presencia de un defensor de la burguesía, cuya intención era sondear al Congreso y llevar la turbación al espíritu de los delegados. Contaba, por cierto, con ser sostenido -consciente o ingenuamente- por numerosos delegados. Si lograra su designio, el Congreso podría tomar un giro confuso y ridículo y obstruirse gravemente su labor.

Momento palpitante. En mi papel-como acababa de explicar a los congresistas-, yo no tenía derecho de eliminar, con un pretexto fácil de hallar, la sospechosa proposición del delegado. Era el Congreso quien debía pronunciarse. Y aun tenía la menor idea de su mentalidad. Todos me eran desconocidos, y desconocidos visiblemente desconfiados. Decidido a dejar que el incidente siguiera su curso, no dejaba, empero, de preocuparme. Y recordé las aprensiones de Lubim. El delegado terminó su discurso y se sentó. La sala -lo vi claramente-tuvo un instante de estupor. Luego, de golpe, como concertados previamente, numerosos delegados gritaron desde todos lados:

-¡Eh, allá! ¿Quién es ese pajarraco de delegado? ¿De dónde viene? ¿Quién lo envió? Si, después de todo, no sabe todavía qué es la burguesía, han hecho cosa desatinada mandándolo aquí. Di, buen hombre, ¿no has aprendido todavía qué es la burguesía? ¡Ah, viejo: tienes la cabezota bien dura! Si no lo sabes, vuelve a tu casa y apréndelo. O, por lo menos, cállate y no nos tomes por imbéciles.

-Camaradas -gritaron algunos-: ¿no os parece que hay que poner fin a todas estas tentativas de dificultar los trabajos esenciales de nuestro Congreso? ¿No tenemos más que hacer que perder el tiempo en cortar un pelo en cuatro? Hay que resolver cuestiones concretas, muy importantes para la región. Hace más de una hora que se chapotea en estupideces en lugar de trabajar. Esto comienza a tener un cariz de verdadero sabotaje. ¡Al trabajo! ¡Basta de idioteces!

-¡Sí, sí! ¡Basta de comedias! ¡Al trabajo! -gritaron de todas partes.

El delegado pro-burgués tragó todo sin decir palabra. Debió sentirse fichado, y no se movió en toda la semana que duró el Congreso, permaneciendo aislado de los demás delegados. Mientras los congresistas vituperaban al desdichado colega, yo miré a Lubim, y lo vi sorprendido, pero satisfecho.

Los incidentes previos, sin embargo, no habían terminado aún. Apenas calmada esa tempestad, Lubim, precisamente, saltó hacia la tribuna. Yo le concedí la palabra.

-Camaradas -comenzó-: disculpen mi intervención, que será breve. Lo hago en nombre del Comité local del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda. Se trata de algo de verdadera importancia. Según declaración de nuestro presidente, el camarada V., él no quiere presidir efectivamente. Y ya lo habéis advertido: no llena la verdadera función de un presidente de Congreso. Nosotros, los socialistas revolucionarios de izquierda, encontramos que eso es malo y enteramente falso. Esto significa que vuestro Congreso no tendrá por decirlo así, cabeza. Trabaja sin cabeza, es decir, sin dirección. ¿Han visto ustedes, camaradas, un organismo viviente sin cabeza? No, camaradas; no es posible eso; sería el desorden, el caos. Ya lo veis, por lo demás: estamos plenamente en él. No, no se puede trabajar útilmente, fructuosamente. El Congreso necesita una cabeza, camaradas. ¡Es necesario un verdadero presidente, una verdadera cabeza!

Aunque Lubim pronunció su diatriba en tono más bien trágico, implorante, se fue haciendo casi ridícula por la repetición de esa palabra: cabeza. Pero, como mi modo de actuar no había podido aún ser probado, yo me preguntaba si los delegados no se dejarían seducir por el fondo del pensamiento de Lubim.

-¡Oh, la, la! -saltaron de todas partes las exclamaciones-. ¡Ya estamos hartos de esas cabezas! Siempre cabezas y cabezas. ¡Basta ya! Tratemos por una vez de pasarnos sin ellas. El camarada V. nos ha explicado que nos ayudará técnicamente, y esto es más que suficiente. Depende de nosotros mismos observar verdadera disciplina, trabajar bien y vigilar. No queremos ya más cabezas que nos manejen como títeres, llamando a eso trabajo y disciplina.

El camarada Lubim hubo de sentarse, sin insistir. Fue el último incidente. Empecé a leer el orden del día, y el Congreso comenzó sus trabajos.

Sobrada razón tiene Arshinov de señalar que este Congreso fue excepcional por su disciplina, el buen orden de su labor, el entusiasmo que animó al conjunto de los delegados, su carácter serio y concentrado, la importancia de sus resoluciones y los resultados.

La labor se desarrolló a buen ritmo y en perfecto orden, con una unanimidad, una intimidad y un ardor notables. A partir del tercer día, todo resto de frialdad había desaparecido. Los delegados se compenetraron cabalmente de la libertad de su acción y de la importancia de su tarea, a la que se consagraron sin reservas. Se había hecho en ellos la convicción de trabajar por sí mismos y por su propia causa.

No hubo grandes discursos ni resoluciones rimbombantes. Los trabajos revistieron carácter práctico, bien llano. Cuando se trataba de un problema algo complicado, que requería algunas nociones de orden general, o cuando los delegados deseaban esclarecimiento antes de abordar el trabajo, pedían un informe sustancial sobre el problema. Uno de los nuestros -yo u otros-hacía la exposición solicitada. Tras corta discusión, los delegados se ponían a la obra para pasar a las decisiones definitivas. Habitualmente, una vez de acuerdo sobre los principios básicos, nombraban una comisión, que elaboraba sin demora un proyecto bien estudiado portador de una solución práctica en lugar de construir resoluciones literarias.

Ciertas cuestiones del momento, muy llanas pero de interés para la vida regional o la defensa de su libertad, fueron ásperamente discutidas y elaboradas, por los delegados y en las comisiones, en sus menores detalles.

En mi condición de presidente técnico, como se me llamó, no tuve más que velar por la secuencia de las cuestiones planteadas, anunciar y formular el resultado de cada trabajo, indicar cierto método de trabajo, etc. Y así el Congreso sesionó -y eso es lo más importante-bajo los auspicios de una verdadera y absoluta libertad. Ninguna influencia de lo alto, presión alguna se hicieron sentir.

La idea de los soviets libres, realmente actuantes en interés de la población laboriosa; las relaciones directas entre campesinos y obreros de las ciudades, basadas en el intercambio mutuo de productos de su trabajo; el esbozo de una organización social igualitaria y libertaria en ciudades y campiñas: todo ello fue estudiado seriamente y puesto en su punto por los delegados mismos, con ayuda de camaradas capacitados. Igualmente se resolvieron numerosos problemas concernientes al ejército insurreccional, su organización y fortalecimiento. Se decidió que toda la población masculina, hasta la edad de cuarenta y ocho años, inclusive, debería incorporarse a ese ejército, enrolamiento voluntario -según el espíritu del Congreso-pero, en lo posible, general, vista la situación en extremo peligrosa y precaria de la región. También se resolvió que el abastecimiento del ejército sería asegurado sobre todo por donaciones voluntarias de los campesinos, a las que se agregaría el producto del botín de guerra y las requisiciones entre los pudientes.

En cuanto a la cuestión puramente política, el Congreso decidió que los trabajadores «prescindirían de toda autoridad, organizarían su vida económica, social, administrativa, etc., por sí mismos, con sus solas fuerzas y medios, mediante organismos directos de base federalista».



Los últimos días del Congreso fueron un bello poema. Magníficos ímpetus de entusiasmo seguían a las decisiones concretas. Todos estaban transportados por la fe en la grandeza invencible de la verdadera Revolución y por la confianza en sus propias fuerzas. ..El espíritu de libertad verdadera, tal como raramente es dado sentirlo, estaba presente en la sala. Cada cual veía ante sí, cada uno se sentía participe en una obra grande y justa, basada en la suprema verdad humana, por la que valía la pena consagrar todas las fuerzas y morir por ella.

Los campesinos, entre los cuales los había maduros y hasta ancianos, decían que era la primera reunión en que se sentían no sólo perfectamente libres, sino también verdaderamente hermanos, y que jamás podrían olvidarlo. En efecto, es poco probable que el que haya tomado parte en ese Congreso pueda olvidarlo jamás. Para muchos, si no para todos, quedará grabado en la memoria como un bello sueño de la vida, en que la grande y verdadera libertad acercara a los hombres, concediéndoles la posibilidad de vivir unidos cordialmente, ligados por sentimientos de amor y de fraternidad.

Al separarse, los campesinos subrayaban la importancia y la necesidad de poner en práctica las decisiones del Congreso. Los delegados llevaron copias de ellas a fin de hacerlas conocer por todas partes. Lo cierto es que al cabo de tres o cuatro semanas los resultados del Congreso se habrían hecho sentir en todas las localidades del distrito y que el próximo Congreso de los campesinos y de los obreros habría atraído el interés y la participación activa de grandes masas de trabajadores en su obra propia. Desgraciadamente, la libertad de éstas era constantemente acechada por su peor enemigo: el poder del Estado. Apenas tuvieron tiempo los delegados de volver a sus aldeas, que ya muchas de ellas eran ocupadas por las tropas de Denikin, llegadas a marcha forzada del frente norte. Es verdad que la invasión no fue esta vez sino de corta duración: eran las últimas convulsiones del enemigo expirante; pero detuvo, y eso justamente en el momento más preciso, el trabajo constructivo de los campesinos. Y visto que por el Norte se aproximaba ya otra autoridad -el bolchevismo, igualmente hostil a la idea de la libertad de las masas-, aquella invasión causó un mal irreparable a la causa de los trabajadores: no solamente fue imposible reunir un nuevo Congreso, sino que las decisiones del primero no pudieron ser puestas en práctica (P. Arshinov, ob. cit. cap. VII).

No puedo dejar pasar en silencio ciertos episodios que señalaron los últimos momentos del Congreso.

Poco antes de la clausura, cuando anuncié las clásicas «cuestiones varias», varios delegados propusieron y llevaron a cabo una tarea delicada, dando así una prueba más de la total independencia del Congreso y del entusiasmo que suscitó, como asimismo de la influencia moral que ejerció.

Un delegado se levantó para decir:

-Camaradas: antes de terminar nuestros trabajos y separarnos, algunos hemos decidido poner en conocimiento del Congreso hechos penosos y lamentables que; en nuestra opinión, merecen su atención. Oímos decir que numerosos heridos y enfermos del ejército insurreccional estaban mal atendidos, faltos de medicamentos, cuidados indispensables, etc. Para tranquilidad de conciencia, visitamos los hospitales y demás lugares en que esos desdichados están internados, y lo que hemos visto es bien triste. No sólo carecen de todo auxilio médico, sino que están también malamente alojados y nutridos. La mayor parte están acostados no importa cómo, hasta en el suelo, sin colchón, ni almohada ni mantas. Y, a lo que parece, ni siquiera se encuentra bastante paja en la ciudad para atenuar un tanto la dureza del suelo. Muchos mueren únicamente por falta de cuidados. Nadie se ocupa de ellos. Nosotros comprendemos muy bien que, en las difíciles condiciones presentes, no hay tiempo para velar por tales necesidades. El camarada Majno está absorbido por el frente. Razón de más, camaradas, para que el Congreso se encargue de ello. Esos enfermos y heridos son nuestros camaradas, nuestros hermanos, nuestros hijos. Sufren por la causa de todos. Yo estoy seguro que con un poco de buena voluntad podríamos, por lo menos, hallar paja para aliviar un poco sus sufrimientos. Propongo al Congreso la inmediata designación de una comisión que se ocupe enérgicamente del caso y haga cuanto pueda por organizar este servicio. Deberá también solicitar el concurso de los médicos y farmacéuticos de la ciudad y buscar enfermeras de buena voluntad.

La proposición fue adoptada por el Congreso todo y quince delegados se constituyeron en comisión para ocuparse del menester. Estos delegados que, al venir al Congreso, esperaban estar de regreso en sus casas a las veinticuatro o cuarenta y ocho horas, tras un simulacro de Congreso, no vacilaron en descuidar sus intereses y retardar el regreso para servir a los camaradas en desgracia. Y considérese que habían traído escasos víveres y que habían dejado en sus hogares urgentes asuntos personales pendientes. Agreguemos que debieron permanecer varios días más en Alexandrovsk. El éxito coronó sus esfuerzos: se obtuvo paja suficiente y se organizó rápidamente un servicio médico de emergencia.

Otro delegado pidió la palabra:

-Camaradas: he de hablar de otro asunto igualmente ingrato. Hemos sabido de ciertas fricciones entre la población y los servicios del ejército insurreccional. Se nos ha referido, sobre todo, que en él existe un servicio de contraespionaje que se permite actos arbitrarios e incontrolables, algunos muy graves, un poco al modo de la Cheka bolchevique: requisiciones, arrestos, hasta torturas y ejecuciones. No sabemos qué hay de cierto en tales rumores. Pero nos han llegado quejas que parecen serias. Sería deshonesto y peligroso para nuestro ejército seguir ese camino; sería un grave perjuicio, aun un peligro, para toda nuestra causa. No queremos, absolutamente, meternos en asuntos de orden meramente militar. Pero tenemos el deber de oponernos a los abusos y los excesos, si realmente los hay. Porque ellos, sobre ser condenables, levantarían a la población contra nuestro movimiento. El Congreso, que goza de la confianza y la estima generales de la población, tiene el deber de investigar profundamente el punto, establecer la verdad, tomar medidas, si es del caso, y tranquilizar a las gentes. Nuestro Congreso, emanación viviente de los intereses del pueblo laborioso, es en este momento la institución suprema de la región. Está por encima de todo, pues representa al pueblo laborioso. Propongo, pues, que se nombre de inmediato una comisión encargada de aclarar las cosas y obrar en consecuencia.

En seguida se constituyó, al efecto, una comisión. Observemos de paso que jamás una iniciativa semejante de delegados del pueblo laborioso hubiese sido posible bajo el régimen bolchevique, y que la entera actividad de este Congreso daba las primeras nociones de cómo la nueva sociedad naciente debiera funcionar desde sus primeros comienzos, para afirmarse en el cabal cumplimiento de los principios manumisores. Agreguemos que los hechos inmediatos no permitieron a esta comisión llevar a cabo su acción: los combates incesantes, los desplazamientos del ejército y las urgentes tareas que absorbían todos sus servicios, se lo impidieron.

Y otro delegado más:

-Camaradas: ya que el Congreso está en tren de reaccionar contra ciertas deficiencias y lagunas, permitidme señalar un hecho lamentable. Aunque no es muy importante, merece nuestra atención, a causa del estado de espíritu impertinente que demuestra. Habéis visto, ciertamente, camaradas, en los muros de la ciudad, el aviso firmado por el camarada Klein, comandante militar de Alexandrovsk, en que invita a la población a no abusar de las bebidas alcohólicas, ni mostrarse por las calles en estado de ebriedad. Es lo propio. Como lo es también la forma del aviso, ni grosero ni insultante,

ni ultrajante ni autoritario. No habría sino que felicitar al camarada Klein. Bien; anteayer se realizó una popular velada musical, danzante y recreativa, en esta misma casa, en la sala contigua, en la que participaron buen número de insurgentes, ciudadanos y ciudadanas. Nada de censurable en ello, me adelanto a decirlo. La juventud se aburre y procura distraerse. Es humano y natural. Pero he aquí que se ha bebido por demás en tal velada. Muchos se embriagaron lindamente. Basta ver la cantidad de botellas vacías amontonadas ahí no más, en el corredor. (Hilaridad.) El objeto principal de mi intervención no es ése. Ello no es tan grave. Lo grave es que uno de los que llegaron al extremo de embriagarse es... el camarada Klein, uno de los comandantes del ejército y comandante de la ciudad, firmante del excelente aviso contra la embriaguez. A tal punto estaba que no podía marchar ni tenerse en pie y hubo que cargarlo en un carruaje para llevarlo a su casa, al amanecer. Y en el trayecto ha escandalizado, gritando y debatiéndose. Entonces, camaradas: al redactar y firmar el aviso, ¿el camarada Klein se creía por encima de los ciudadanos, eximido de la buena conducta que predicaba a los demás? ¿No debería haber sido el primero, por el contrario, en dar el buen ejemplo? En mi opinión, ha incurrido en una grave falta que no habría que dejar pasar por alto.

Aunque tal mala conducta fuera asaz anodina y los delegados tomaran más bien risueñamente la cosa, revelaron cierta emoción. Fue general la condenación de la conducta de Klein, porque ella podría ser, en efecto, expresión de un estado de espíritu censurable: el de un jefe que se ve por encima de la multitud y todo se lo cree permitido.

-Hay que citar a Klein en el acto -se propuso.

-¡Que venga a explicarse ante el Congreso!

Y al punto tres o cuatro delegados partieron en busca de Klein. A la media hora volvieron con él. Me intrigaba saber cuál sería su actitud.

Klein se contaba entre los mejores comandantes del ejército insurreccional. Joven, valeroso, muy enérgico y combativo -físicamente, un buen mozo, bien proporcionado, de expresión dura y gestos marciales-, se lanzaba siempre a lo más arduo de la batalla, sin temer nada ni a nadie, por lo que había sufrido numerosas heridas. Estimado y amado, por sus colegas y los simples combatientes, era de los que habían vuelto del Ejército Rojo trayendo a Majno algunos de sus regimientos. De familia campesina de origen alemán, si no yerro, su cultura era primitiva.

El debía saber que, en esta circunstancia, sería vigorosamente sostenido y defendido por sus colegas -los demás comandantes-y por Majno mismo. ¿Tendría bastante conciencia para comprender que el Congreso estaba por encima de él, del

ejército y de Majno? ¿Sentiría que un Congreso de trabajadores era la institución suprema ante la que todos eran responsables? ¿Comprendería que todos, el ejército, Majno, etc., no eran sino obreros de la causa común, que deberían rendir cuenta en todo instante al pueblo laborioso y a sus órganos? Eso me preocupaba, mientras se esperaba el regreso de la comisión.

Una concepción tal de las cosas era enteramente nueva. Los bolcheviques lo habían hecho todo para impedir su surgimiento en el espíritu de las masas. ¡Habría que ver a un congreso obrero disponerse a llamar al orden, por ejemplo, a un comisario o a un comandante del ejército! ¡Cosa inconcebible, imposible! Aun en el supuesto de que un congreso obrero, en alguna parte, osara intentarlo, ¡Con qué indignación y desaprensión el comisario o el comandante habrían arremetido contra el congreso, haciendo ostentación de armas, desde el estrado, y trayendo a cuento sus méritos! “¡Cómo! -gritaría-. Ustedes, un simple conglomerado de obreros, ¿tienen el tupé de pedir cuentas a un comisario, a un jefe benemérito, con hazañas, heridas y menciones honrosas en su hoja de servicios, aun jefe felicitado y condecorado? ¡No tenéis ningún derecho a hacerlo! Yo sólo soy responsable ante mis superiores. A ellos debéis dirigirlos, si tenéis algo que reprocharme.”

Obreros: ¡obedeced a vuestros jefes!... ¡Stalin siempre tiene razón!...

¿Se inclinaría Klein a algo semejante? ¿Estaría, por el contrario, sincera, profundamente penetrado por otra situación, por bien distinta psicología?

Bien ceñido en su uniforme y armado, Klein subió al estrado. Parecía algo sorprendido y molesto.

-Camarada Klein: ¿usted es el comandante de nuestra unidad? -empezó el interpelante.

-Sí.

-¿Es usted quien redactó e hizo fijar el aviso contra el abuso de las bebidas alcohólicas y la embriaguez en público?

-Sí, camarada. Soy yo.

-Díganos, camarada Klein: como ciudadano y aun como comandante militar de nuestra ciudad, ¿se cree moralmente obligado a obedecer su propia recomendación, o se cree al margen y por encima de ella?

Visiblemente molesto y confundido, Klein dio algunos pasos hacia el borde del estrado y dijo muy sinceramente, con voz insegura:

-Camaradas delegados: tengo culpa, lo sé. He cometido una falta embriagándome días pasados. Pero compréndanme... Yo soy un combatiente, un hombre del frente, un soldado, y no un burócrata. Yo no sé por qué se me ha hecho comandante de la ciudad, no obstante mi protesta. Como tal, no tengo nada que hacer, sino estarme el día ante una mesa y firmar papeles. No es para mí eso. Yo necesito la acción a pleno aire, el frente, los compañeros. Aquí me aburro mortalmente, camaradas. He ahí por qué me embriagué la otra noche. Yo bien quisiera poder enmendar mi falta, camaradas. Para ello, no tenéis más que pedir que me manden al frente, donde podría prestar verdaderos servicios, mientras que aquí, en este maldito puesto de comandante, yo nada prometo. No puedo hacerme a él. Eso es más fuerte que yo. Que se ponga a otro hombre en mi lugar, un hombre capaz para ese menester. Perdónenme, camaradas, y que se me envíe al frente.

Los delegados le pidieron que se retirara unos instantes, y él lo hizo en la actitud que sus palabras habían revelado. Se deliberó sobre el caso. Era evidente que su conducta no respondía a una mentalidad de jefe pagado de su jerarquía. Que era, precisamente, cuanto se quería saber. Se comprendió su sinceridad y sus razones, y se le llamó para decirle que el Congreso, habida cuenta de sus explicaciones, no sancionaría su falta, accediendo a gestionar el solicitado envió al frente. El agradeció a los delegados, y partió como había venido, muy sencillamente.

Estos episodios parecerán, a algunos lectores, tal vez insignificantes para ocupar tanto espacio. Me permito expresarle que, desde el punto de vista revolucionario, los considero infinitamente más importantes, más sugestivos y útiles, en los menores detalles, que todos los discursos de Lenin, Trotski y Stalin, pronunciados antes, durante y después de la Revolución.

El incidente Klein fue el último. Minutos después, el Congreso terminó sus labores.

Relataré aún otro pequeño episodio, personal.

A la salida encontré a Lubim, sonriente, radiante.

-No se puede imaginar -me dijo-toda mi alegría. Usted, ciertamente, me ha visto muy ocupado en el curso del Congreso. ¿Sabe en qué? Soy experto en la formación de grupos de exploración y destacamentos especiales, materia que integraba el orden del día. Durante dos días trabajé con la comisión encargada de estudiar el punto y hallar una solución eficaz. Le di una buena mano, y me han felicitado. Siento la satisfacción de haber hecho algo bueno y necesario, que ha de servir a la causa. Estoy muy contento...

-Lubim -le respondí-; dígame sinceramente: durante ese trabajo bueno y útil, ¿ha pensado usted un solo instante en su papel político? ¿Ha recordado ser miembro de un partido político y responsable ante él? Su trabajo útil, ¿no fue, justamente, apolítico, concreto, preciso, trabajo de cooperación, y no de cabeza, de dirección que se impone, de acción gubernamental?

Lubim me miró, reflexivo.

-En todo caso, el Congreso ha sido magnífico, bien logrado, lo confieso...

-Eso es, Lubim. Reflexione sobre ello. Usted ha cumplido cabalmente su parte, realizando buen trabajo, desde el momento mismo que dejó de llenar su papel político, y prestado la colaboración como camarada conocedor del asunto. Ahí está, créalo, todo el secreto del éxito del Congreso. He ahí, también, todo el secreto del logro de una revolución. Es así como deberían obrar todos los revolucionarios, por doquiera, en el plano local y en escala más vasta. Cuando los revolucionarios y las masas lo hayan comprendido, la verdadera victoria de la Revolución estará asegurada.

No he vuelto a ver a Lubim, ni sé qué ha sido de él. Si vive aún, no sé qué piensa hoy. Bien quisiera yo, en tal caso, que leyese estas líneas y recordase...

La última victoria de los majnovistas sobre los denikistas. La toma de Yekaterinoslav:

Días después de finalizado el Congreso de Alexandrovsk, los majnovistas se posesionaron definitivamente de Yekaterinoslav. Pero nada positivo pudieron organizar en ello, ni emprenderlo. Las tropas de Denikin, rechazadas de la ciudad, pudieron atrincherarse en sus proximidades, en la orilla izquierda del Dnieper, de donde los majnovistas no lograron desalojarlas. Diariamente, durante todo un mes, los denikistas bombardearon la ciudad, sometida al fuego de las baterías de sus numerosos trenes blindados. Cada vez que la Comisión de cultura del ejército insurreccional conseguía convocar una conferencia de los obreros de la ciudad, los denikistas, perfectamente informados, intensificaban el fuego, concentrándolo en el lugar de reunión. No era posible ningún trabajo serio, ninguna organización metódica. Apenas si pudieron realizarse algunos mítines en la ciudad y la periferia.

Uno de los argumentos favoritos de los bolcheviques contra los majnovistas es el de no haber hecho nada, mientras estuvieron en posesión de Yekaterinoslav, por dotar de una organización constructiva la vida de la ciudad. Para poder sostener eso, los bolcheviques ocultan dos circunstancias de capital importancia. Primero: que los majnovistas jamás han sido representantes de un partido político ni de autoridad alguna.

En Yekaterinoslav, su función era la de un destacamento revolucionario militar, montando guardia por la defensa de la ciudad. No le correspondía, pues, emprender y realizar un programa constructor de la Revolución, tarea de incumbencia de las masas laboriosas mismas, a las que el ejército majnovista podría, a lo más, ayudar con su opinión, sus consejos, su aliento y su experiencia organizadora, lo que hizo, por lo demás, cuanto le fue posible. Segundo: la situación excepcional de la ciudad, enteramente sitiada y continuamente bombardeada, situación que impidió a los obreros - no al ejército majnovista-ponerse a la obra de organizar la vida ciudadana conforme a los principios de la acción libre.

En cuanto a la versión de que los majnovistas declararon a los ferroviarios, deseosos de restablecer los servicios si se les ayudaba, que con la estepa y su buena caballería les bastaba, es una grosera invención lanzada por la prensa denikista en octubre de 1919. ¡Y en semejante fuente la recogieron los bolcheviques para hacerla servir a sus fines! (P. Arshinov, ob. cit., cap. VII).

Con falsedades de tal género y calumnias de toda especie los bolcheviques nutrieron su campaña de desprestigio contra el movimiento majnovista.

La epidemia. Abandono de Yekaterinoslav. Retorno de los bolcheviques a Ucrania. Su nuevo conflicto con los majnovistas:

A partir de noviembre, una terrible epidemia de tifus exantemático, que invadió toda Rusia, hizo estragos en el ejército insurreccional. La mitad de los hombres estaban enfermos y la mortandad era muy elevada. Principalmente por esta causa los majnovistas se vieron obligados a dejar Yekaterinoslav cuando la atacó a fines de noviembre el grueso de las fuerzas de Denikin, en retirada hacia Crimea, seguidas de cerca por los bolcheviques.

Las tropas majnovistas se reagruparon entre las ciudades de Melitopol, Nicopol y Alexandrovsk. En esta última se produjo, a fines de diciembre de 1919, el encuentro entre el estado mayor majnovista y el alto mando de las varias divisiones del Ejército Rojo que venían en seguimiento de Denikin, encuentro esperado, desde hacía tiempo, por los majnovistas, y que ellos estimaban habría de ser, por las nuevas condiciones creadas, fraternal por lo que no adoptaron precaución alguna.

El encuentro fue en todo semejante a varios anteriores: amistoso y hasta cordial, en apariencia. Sin embargo, habría de reservar, como algunos sospechaban, sorpresas y borrascas. Sin duda, los bolcheviques recordaban con amargura y rencor el golpe sufrido por el retiro de los regimientos majnovistas y de los propios regimientos rojos,



que aquéllos arrastraron. Sin la menor duda, tampoco tolerarían largamente a su lado la presencia de un ejército libre ni la vecindad de un movimiento independiente, de toda una región que no reconocía su autoridad. Más o menos pronto, los conflictos serían inevitables. Y en la primera ocasión los bolcheviques no vacilarían en atacar. Aunque los majnovistas, advertidos más o menos de esta situación, estuviesen dispuestos a arreglar, pacífica y fraternalmente, todas las diferencias eventuales, no podían desprenderse de un sentimiento de desconfianza.

Las relaciones entre los soldados de ambos ejércitos fueron, desde el primer momento, amistosas y fraternales. En un mitin común, en el que unos y otros confraternizaron entusiastas, estrecharon sus manos en el propósito de luchar de consuno contra el enemigo común: el capitalismo y la contrarrevolución. Y algunas unidades del Ejército Rojo hasta expresaron su intención de pasar a las filas majnovistas.

Ocho días más tarde estalló la tempestad. El comandante del ejército insurreccional -Majno- recibió orden del Consejo Revolucionario Militar del XIV Cuerpo del Ejército Rojo de dirigirse, con su ejército insurreccional, al frente polaco. Se trataba, tal fue la general comprensión, del primer paso hacia un nuevo ataque contra los majnovistas. Esa orden era, por múltiples razones, un contrasentido. Ante todo, el ejército insurreccional no estaba subordinado al XIV Cuerpo ni a ninguna otra unidad militar roja. El mando rojo carecía de facultades para dar órdenes al ejército insurreccional, que había soportado solo todo el peso de la lucha contra la reacción en Ucrania. Luego, aunque tal desplazamiento hubiese sido fraternalmente encarado, era materialmente imposible realizarlo, por estar enfermos la mitad de sus combatientes, casi todos los comandantes, los integrantes del estado mayor y Majno mismo. Y, finalmente, la combatividad y la eficacia revolucionaria del ejército majnovista serían por mucho mayores en Ucrania que en el frente polaco, donde se hallaría en un ambiente extraño, luchando por fines no conocidos por él.

En tal sentido respondieron los majnovistas a la orden del mando rojo, rehusándose a ejecutarla. Para unos y otros, tanto la proposición como la respuesta eran pura diplomacia, y sabían a qué atenerse en realidad. Enviar al ejército insurreccional al frente polaco significaba cortar limpiamente el nervio principal del movimiento revolucionario en la región, justamente lo que los bolcheviques procuraban para ser amos absolutos también en ella. Si el ejército insurreccional se sometía, se lograba el

fin. En caso contrario, prepararían la respuesta para llegar al mismo resultado. Los majnovistas lo sabían y se disponían a parar el golpe. Lo demás no era sino literatura.

La respuesta a la negativa no se hizo esperar. Pero los majnovistas se adelantaron previsoramente, evitando así hechos sangrientos inmediatos. Al mismo tiempo que la respuesta al mando rojo, los majnovistas dirigieron un llamamiento a los soldados del Ejército Rojo, poniéndoles sobre aviso para que evitaran ser engañados por las maniobras provocadoras de sus jefes. Hecho lo cual, levantaron campamento y se pusieron en marcha hacia Guliai-Polie, que acababa de ser evacuada por los blancos, llegando a ella sin dificultades ni encuentro. El Ejército Rojo no se opuso a esa marcha, de momento, aunque algunos destacamentos de poca monta y algunos personajes aislados que se retrasaron en la retaguardia del grueso de las tropas fueron hechos prisioneros por los bolcheviques.

Quince días más tarde, hacia mediados de enero de 1920, los bolcheviques declararon a Majno y a los combatientes de su ejército guerrillero fuera de la ley por no haber cumplido la orden de marchar al frente polaco.

El segundo ataque bolchevique contra los majnovistas:

Comienza en este punto el tercer acto del drama, prolongado durante nueve meses y caracterizado por la encarnizada lucha entre los majnovistas y las autoridades bolcheviques. No nos ocuparemos de las múltiples peripecias de esta lucha sin cuartel. Para evitar una posible confraternización de los soldados del Ejército Rojo con los majnovistas se lanzaron contra éstos la división de fusileros letones y destacamentos chinos, cuyos integrantes no advertían la verdadera esencia de la Revolución rusa y se limitaban a obedecer ciegamente las órdenes de sus jefes.

Los bolcheviques condujeron la lucha con picardía y salvajismo inauditos.

Aunque las tropas rojas decuplicasen en número a las majnovistas, éstas maniobraban tan hábilmente, ayudadas eficazmente por la población, que se mantenían constantemente fuera de alcance. Por lo demás, el alto mando bolchevique evitaba deliberadamente la lucha franca y abierta contra Majno y su ejército, prefiriendo otro género de guerra.

El Ejército Rojo señalaba metódicamente, mediante numerosos reconocimientos y exploraciones, las aldeas y poblaciones con escasas fuerzas majnovistas o enteramente desguarnecidas, y caía sobre ellas, ocupándolas casi sin combate. Así lograron establecerse sólidamente en varios lugares y paralizar el libre desenvolvimiento de la región, esbozado en 1919. Y donde se instalaban desencadenaban la guerra no contra el

ejército insurreccional, sino contra la población campesina en general. Los arrestos y las ejecuciones en masa comenzaban al punto. La represión denikista fue superada, en extensión y horror, por la de los bolcheviques.

La prensa comunista de la época solía, al ocuparse de la lucha contra los insurgentes, citar cifras de los majnovistas vencidos, de los prisioneros y los fusilados. Pero omitía aclarar que se trataba casi siempre no de combatientes del ejército, sino de aldeanos convictos o solamente sospechados de simpatía por los majnovistas.

La llegada de las tropas rojas a una aldea significaba el inmediato arresto de numerosos campesinos, muchos de ellos fusilados, como insurgentes o como rehenes sacrificados. Guliai-Polie cambió muchas veces de mano. Y, naturalmente, hubo de sufrir mucho más, por las reiteradas incursiones bolcheviques. Cada sobreviviente podría relatar casos espantosos de la represión bolchevique. En las primeras incursiones, Majno, que se hallaba enfermo al extremo de no tener conocimiento, estuvo muchas veces a punto de caer en poder del enemigo, que lo buscaba afanosamente. Y pudo salvarse, y curarse, gracias a la sublime abnegación de los campesinos, que en ocasiones se sacrificaban voluntariamente para ganar tiempo y permitir que el enfermo fuera trasladado a lugar más seguro.

Según cálculos moderados, en esa época más de 200.000 campesinos y obreros fueron fusilados o gravemente mutilados por los bolcheviques en Ucrania. Y otros tantos fueron encarcelados o deportados al desierto siberiano y otros lugares no menos penosos.

Naturalmente, los majnovistas no podían a menos de reaccionar contra tan monstruosa deformación de la Revolución. Al terror de los bolcheviques respondieron con golpes no menos duros, aplicando contra ellos todos los medios y métodos de las guerrillas, que habían practicado antes, en la lucha contra el hetman Skoropadsky.

Cuando los majnovistas, a raíz de una batalla o por acción de sorpresa, hacían numerosos prisioneros rojos, desarmaban a los soldados y los ponían en libertad, aun sabiendo que se les obligaría a volver a la línea de fuego; los que deseaban unirse a los majnovistas eran recibidos fraternalmente. Los jefes, los comisarios políticos y los representantes en misión del Partido Comunista eran pasados a filo de espada, salvo caso de pedir su gracia los soldados por razones plausibles. No se olvide que todos los majnovistas, quienquiera fuesen, caídos en poder de los bolcheviques eran invariablemente fusilados en el acto.

Las autoridades bolcheviques y sus agentes pintaban muchas veces a los majnovistas como vulgares asesinos implacables, como bandidos sin fe ni ley; publicaban largas listas de nombres de soldados rojos y de miembros del Partido Comunista muertos por esos criminales. Mas siempre callaban un punto esencial: que esas víctimas caían en combates emprendidos o provocados por los comunistas mismos.

En realidad, no se podía sino admirar los sentimientos de tacto, delicadeza, espontánea disciplina y honor revolucionario de que dieron prueba los majnovistas con respecto a los soldados del Ejército Rojo. Pero los jefes de éste y la aristocracia del Partido Comunista eran considerados por los majnovistas como los únicos y verdaderos responsables de todos los males y todos los horrores con que el poder bolchevique abrumaba al país. Ellos eran quienes, deliberadamente, habían aniquilado la libertad de los trabajadores y hecho de la región una llaga sangrante, por la que el pueblo se desangraba. Para ellos, pues, no había miramientos ni piedad: eran habitualmente ejecutados apenas identificados.

Uno de los mayores motivos de preocupación para el gobierno bolchevique era saber aún vivo a Majno y no poder echarle mano. Daba por seguro que la supresión de Majno significarla la liquidación del movimiento. Por ello, en el verano de 1920 montaron múltiples atentados contra él, ninguno de los cuales resultó. Existe, al respecto, concluyente documentación. Pero no nos detendremos en estos aspectos en cierto modo personales.

Durante todo el año 1920, y más tarde, las autoridades bolcheviques sostuvieron la lucha contra los majnovistas, pretextando combatir al bandolerismo. Hicieron intensa agitación para convencer de ello al país, orientando en tal sentido su prensa y demás medios de propaganda, para sostener a toda costa, interior y exteriormente, tamaña calumnia. Y, al par de esta campaña, lanzaron numerosas divisiones de fusileros y de caballería contra los insurgentes, a fin de destruir el movimiento y de impulsarlo así efectivamente hacia la sima del bandolerismo. Los prisioneros majnovistas eran implacablemente ejecutados; sus familias -padres, esposas, hijos-, torturadas o muertas; sus bienes, pillados o confiscados; sus hogares, devastados. Y todo ello practicado en vasta escala.

Había que contar con excelsa voluntad y desplegar heroicos esfuerzos para que la vasta masa de los insurgentes, ante los diarios horrores perpetrados por las autoridades, conservase intacta su posición rigurosamente revolucionaria, sin precipitarse, por exasperación, en el abismo del bandolerismo. Pues bien: esa masa no

perdió el valor un solo día, ni jamás abatió su pabellón revolucionario. Hasta el fin permaneció fiel a su tarea. Para quienes tuvieron ocasión de observarla en este periodo tan duro, tan penoso, ello fue algo rayano en lo milagroso, revelador de cuán profunda era la fe de las masas laboriosas en la Revolución y cuán firme su abnegación por la causa que los transportaba (P. Arshinov, ob. cit., cap. VIII).

A partir del verano de 1920, los majnovistas hubieron de sostener la lucha no sólo contra las unidades del Ejército Rojo, sino contra el sistema bolchevique entero, contra todas las fuerzas estatales bolcheviques en Rusia y en Ucrania, lucha que se ampliaba e intensificaba día tras día. En tales condiciones, las tropas insurreccionales se veían obligadas a menudo, para evitar el encuentro con fuerzas muy superiores, a alejarse de su base y realizar marchas forzadas de más de mil kilómetros, replegándose ya hacia la cuenca del Donetz, ya hacia la gobernación de Jarkov, ya hacia la de Poltava.

Estas involuntarias peregrinaciones fueron ampliamente aprovechadas por los insurgentes para la propaganda: cada aldea en que acampaban las tropas un día o dos se convertía en un vasto auditorio majnovista.

La situación excepcionalmente difícil del ejército insurreccional no le impidió velar por el perfeccionamiento de su organización. Después de la derrota de Denikin y el regreso de los insurgentes a su región, se constituyó un Consejo de los Insurgentes Revolucionarios, integrado por delegados de todas las unidades del ejército. Funcionaba bastante regularmente, ocupándose de cuestiones no concernientes a las operaciones militares propiamente dichas.

Pero en el verano de 1920 las condiciones particularmente inestables y penosas en que se hallaba el ejército dificultaron la acción eficaz de ese Consejo, por lo que fue remplazado por otro, reducido a siete miembros, elegidos y ratificados por el conjunto de los insurgentes. El nuevo Consejo se dividía en tres secciones para otros tantos órdenes de asuntos: militares, de organización y control general, de propaganda y cultura.

## **TERCERA Y ÚLTIMA GUERRA DE LOS BOLCHEVIQUES CONTRA LOS MAJNOVISTAS Y ANARQUISTAS. APLASTAMIENTO DEL EJÉRCITO INSURGENTE**

Así se inició la guerra final de los bolcheviques contra los majnovistas, los anarquistas y las masas laboriosas de Ucrania, la que terminó, al cabo de nueve meses de implacable lucha desigual, con el aplastamiento militar del movimiento libre.

Una vez más, la fuerza brutal, asistida además por el engaño y la impostura, obtuvo la victoria. Aportaremos algunos detalles y puntualizaciones para que se puedan enjuiciar debidamente los hechos.

El gobierno bolchevique, naturalmente, no se retardó en dar explicaciones de su golpe traidor, pretendiendo que majnovistas y anarquistas estaban en tren de preparar un complot y una vasta insurrección contra el gobierno de los soviets. Acusó a Majno de haberse negado a marchar hacia el frente caucásico y de haber realizado una leva de tropas entre los campesinos para la formación de un ejército contra las autoridades soviéticas, y afirmó que, en lugar de combatir a Wrangel en Crimea, los majnovistas se habían dedicado a una acción de guerrillas contra las retaguardias del Ejército Rojo, etc.

¡Explicaciones todas de su actitud, a cuál más mentirosa! Pero, a fuerza de repetirlas, ante el forzado silencio de majnovistas y anarquistas, los bolcheviques lograron hacerlas admitir por muchísimos, en Rusia y en el extranjero.

Varios hechos nos permiten restablecer la verdad:

1.º El 23 de noviembre de 1920, los majnovistas detuvieron en Pologui y Guliai-Polie a nueve espías bolcheviques pertenecientes a la XLII División de fusileros del Ejército Rojo, quienes confesaron haber sido enviados a Guliai-Polie por el jefe del servicio de contraespionaje para averiguar los domicilios de Majno, de los miembros del estado mayor, de los comandantes de las tropas insurreccionales y de los integrantes del Consejo, después de lo cual deberían permanecer discretamente en la ciudad a la espera de la llegada del Ejército Rojo, para suministrarle las indicaciones del caso. Y por si las personas señaladas cambiaran de residencia para ocultarse ante la imprevista llegada del Ejército Rojo, esos espías deberían seguirlas sin perderlas de vista. Agregaron los espías que el ataque contra Guliai-Polie debía esperarse entre el 24 y el 25 de noviembre.

El Consejo de los Insurgentes Revolucionarios y el comandante del ejército enviaron a Rakovsky, entonces presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania, y asimismo al Consejo Revolucionario Militar de Jarkov, una puntualizada

comunicación sobre el caso, exigiendo: a) el inmediato arresto y el sometimiento a Consejo de Guerra del jefe de la XLII División y demás participantes del complot; b) la prohibición a los destacamentos rojos de cruzar Guliai-Polie, Pologui, Malaia-Tokmachka y Turkenovka, en prevención de incidentes desagradables.

La respuesta del gobierno de Jarkov, transmitida por hilo directo el 25 de noviembre, fue la siguiente: «El pretendido complot no puede ser sino un malentendido. Sin embargo, las autoridades soviéticas, deseosas de aclarar el asunto, lo han confiado a una comisión especial y proponen al estado mayor del Ejército majnovista el envío de dos delegados para participar en los trabajos de dicha comisión.»

A la mañana siguiente, P. Rybin, secretario del Consejo de los Insurgentes Revolucionarios, volvió a tratar con Jarkov sobre esa cuestión y todos los puntos en litigio, por hilo directo. Las autoridades bolcheviques de Jarkov le confirmaron que el asunto de la XLII División sería ciertamente arreglado a entera satisfacción de los majnovistas, y agregaron que la cuarta cláusula de la parte política del acuerdo estaba por ser resuelta amigablemente, de modo feliz.

Esta conversación se realizó en la mañana del 26 de noviembre. Pues bien: seis horas antes, avanzada la noche, los representantes majnovistas en Jarkov habían sido apresados, lo mismo que todos los anarquistas de Jarkov y alrededores. Y exactamente dos horas después de la conversación, Guliai-Polie fue atacada de todos lados por las tropas rojas y sometida a intenso bombardeo.

El mismo día y a la misma hora fue atacado el ejército majnovista de Crimea, donde los bolcheviques lograron, con un golpe de astucia, apoderarse de todos los miembros del estado mayor y de su comandante, Simón Karetnik, ejecutándolos a todos, sin excepción.

2.º Yo me hallaba en Jarkov, con representantes del ejército majnovista, ignorante de lo que se tramaba contra nosotros. El 25 de noviembre se me encargó visitar a Rakovsky, para saber por él, exactamente, en qué punto se estaba respecto a la cuestionada cláusula cuarta. Rakovsky me recibió muy cordialmente y me invitó a tomar asiento en su oficina. Sentado en cómodo sillón y jugando displicentemente con un cortapapel, me afirmó sonriente que las conversaciones con Moscú respecto a la cuarta cláusula estaban a punto de culminar y que era de esperar una solución feliz en pocos días. Pues bien: mientras me decía eso, en un cajón del escritorio que teníamos delante estaba la orden de desatar el golpe contra anarquistas y majnovistas.

Esa misma noche pronuncié una conferencia sobre el anarquismo en el Instituto Agrícola de Jarkov. La sala estaba repleta; el acto terminó una hora después de medianoche. De regreso a mi domicilio trabajé hasta las dos y media en terminar un artículo para nuestro periódico y me acosté. Apenas adormecido, me despertó un alboroto característico: estampidos, ruido de armas y de botas en la escalera, y puñetazos en las puertas, gritos e injurias. Comprendí. Pude vestirme, a tiempo que golpeaban furiosamente en la puerta de mi habitación: « ¡Abre o echamos abajo la puerta!» Corrido el cerrojo, abrieron y se lanzaron brutalmente sobre mí, me arrastraron y arrojaron a un sótano, donde encontré algunas decenas de los nuestros. La cláusula cuarta encontraba así una solución feliz.

3.º Al día siguiente del ataque contra Guliai-Polie, el 27 de noviembre, los majnovistas encontraron, en poder de prisioneros hechos al Ejército Rojo, proclamas tituladas: «¡Adelante contra Majno!» y «¡Muerte a la Majnovschina!», publicadas por la Sección Política del IV Ejército, sin fecha. Los prisioneros dijeron haberlas recibido el 16 de ese mes. Se trataba de llamamientos a la lucha contra Majno, a quien se acusaba de haber infringido las cláusulas del acuerdo político y militar, de haberse rehusado a marchar al frente del Caúcaso, de haber provocado un levantamiento contra el Poder soviético, etc. Eso prueba que tales acusaciones habían sido fraguadas e impresas con anticipación, cuando el Ejército Insurgente estaba por abrirse camino hacia Crimea y ocupar Simferopol y cuando los representantes majnovistas trabajaban tranquilamente, con las autoridades soviéticas, en Jarkov y otros puntos.

4.º En los meses de octubre y noviembre de 1920, precisamente mientras se negociaba y se concluía el acuerdo político y militar entre majnovistas y bolcheviques, éstos tramaron dos tentativas para asesinar a Majno, mediante mercenarios, que fueron frustradas por los insurgentes.

Resulta evidente que tan vasta operación hubo de ser cuidadosamente preparada y que su elaboración exigió, por lo menos, una quincena. En esta empresa -que los bolcheviques querían decisiva-, no se trataba solamente de un simple ataque a traición contra los majnovistas, sino de una maquinación elaborada minuciosamente, sin descuidar detalle. Y hasta se procuró distraer la vigilancia de los majnovistas, induciéndolos a error mediante falsas garantías de seguridad, mentirosas promesas, etcétera. Preparativos que requirieron, innegablemente, bastante tiempo.



Tales elementos de juicio permiten establecer la verdad sobre la ruptura del pacto entre los majnovistas y el Poder bolchevique. Esta verdad es confirmada, de añadidura, por documentos de origen soviético.

Transcribimos, al efecto, la orden de Frunze, entonces comandante del Frente Sur, documento que basta para demostrar la traición de los bolcheviques y anular todas sus mentiras y subterfugios:

ORDEN AL CAMARADA MAJNO, COMANDANTE DEL EJÉRCITO INSURGENTE. COPIA A LOS COMANDANTES DE LOS EJÉRCITOS DEL FRENTE SUR. NÚMERO 00149.

Dada en el Estado Mayor, Melitopol, 23 de noviembre de 1920.

A causa de la cesación de las hostilidades con Wrangel y de su completa derrota, el Consejo Revolucionario Militar del Frente Sur estima que la misión del ejército de guerrilleros ha terminado. Propone, pues, al Consejo Revolucionario Militar del ejército insurreccional que se ponga de inmediato en acción para transformar los destacamentos insurreccionales de guerrilleros en unidades militares regulares integrantes del Ejército Rojo.

No hay ya razón para que el ejército insurreccional siga existiendo como tal. Al contrario, la existencia al lado del Ejército Rojo de estos destacamentos de una organización particular, que persigue fines especiales, produce efectos absolutamente inadmisibles. Es por ello que el Consejo Revolucionario Militar del Frente Sur prescribe al Consejo Revolucionario Militar del ejército insurreccional lo siguiente:

1.º Todas las unidades del ex Ejército Insurgente actualmente en Crimea deberán ser inmediatamente incorporadas al IV Ejército soviético, cuyo Consejo Revolucionario Militar se encargará de su transformación.

2.º La Sección de Formaciones Militares de Guliai-Polie deberá ser liquidada. Los combatientes serán distribuidos entre los destacamentos de reserva, según las indicaciones del comandante de esta parte del ejército.

3.º El Consejo Revolucionario Militar del Ejército Insurgente deberá tomar todas las medidas necesarias para explicar a los combatientes la necesidad de estas transformaciones. Firmado: M. Frunze, comandante en jefe del Frente Sur; Smilga, miembro del Consejo Revolucionario Militar; Karatyguin, jefe del Estado Mayor.

Recuérdese la historia del acuerdo entre el gobierno soviético y los majnovistas. La firma del pacto fue precedida de tratados entre los delegados majnovistas y una delegación bolchevique presidida por el comunista Ivanov, que arribó especialmente para ello al campamento majnovista en Yetarobelks, trabajaron durante tres semanas para llevar a buen término el pacto, cada una de cuyas cláusulas fue cuidadosamente

examinada y debatida. Y la redacción definitiva de este acuerdo fue aprobada por ambas partes: el gobierno de los soviets y la región de los insurgentes revolucionarios, personificada por el Consejo de los Insurgentes Revolucionarios de Ucrania. Y así fue sellada y firmada por ambas representaciones.

Ninguno de los artículos del pacto, según el intrínseco sentido del acuerdo, podría ser suspendido ni modificado sin previo entendimiento de las partes contratantes. Pues bien: la orden de Frunze suprimía, no sólo el artículo primero de la parte militar del acuerdo, sino lisa y llanamente el acuerdo total. Esa orden prueba que el acuerdo no fue concertado ni seria ni lealmente por los bolcheviques, que representaron.

Frunze cita varios casos de soldados rojos que fueron desarmados y aun muertos por los majnovistas. Ahora bien: todos los casos citados fueron examinados por él mismo, Rakovsky y los representantes de los majnovistas, en Jarkov, estableciéndose de modo indiscutible: 1.º que el ejército majnovista no estaba por nada implicado en esos hechos; 2.º que, si se habían cometido actos hostiles al Ejército Rojo, lo fueron por ciertos destacamentos militares que no formaban parte del ejército majnovista, a causa sobre todo de que las autoridades bolcheviques habían descuidado de publicar, oportunamente y de modo inteligible, su acuerdo con los insurgentes. En efecto, se sabía de numerosos destacamentos militares no incorporados al ejército majnovista (volveremos sobre ello más adelante en otro orden de ideas), operantes en diversos puntos de Ucrania. La mayor parte de esos destacamentos aun operando a su voluntad, prestaban oído, sin embargo, a la opinión y la actitud del Ejército Insurreccional. Y habrían por cierto cesado toda hostilidad contra las autoridades y el ejército soviéticos de haber conocido el acuerdo con los majnovistas.

Frunze trata de justificar su orden al modo de los jesuitas, con argumentos en apariencia plausibles, pero falsos en realidad. Pues él no puede aportar sino un argumento verdadero: el deseo de los bolcheviques de desembarazarse definitivamente del ejército y del movimiento majnovistas, toda vez que el Poder bolchevique no tenía ya necesidad del Ejército Insurreccional. Si lo confesara se explicaría su actitud. Pero pondría en evidencia las mentiras del gobierno y su verdadera actitud respecto a las masas laboriosas. Esta necesidad de ocultar al pueblo la verdadera razón de la ruptura es la mejor confesión. la mejor prueba del espíritu antipopular, antisocial y contrarrevolucionario de toda la política bolchevique. Si esa actitud y esa política eran leales y justas, ¿por qué habría de procurar engañar?

Infame comedia, utilizando el acuerdo como un gran engaño, una maniobra traicionera, una celada para que los majnovistas, consagrados a fondo en el empeño de vencer a Wrangel, se expusieran, confiados y debilitados, al alevoso ataque bolchevique.

Pero lo notable es que, bajo su aparente franqueza, o ingenuidad, algo brutal, la orden de Frunze estaba destinada, también, a servir de maniobra. En efecto:

1.º Junto con la orden número 00149, el IV Ejército de Crimea recibió la orden de reaccionar contra los majnovistas con todos los medios disponibles y emplear todas sus fuerzas militares en caso de desobediencia de los insurgentes.

2.º Ni el estado mayor del ejército insurreccional, con sede en Guliai-Polie, ni la delegación majnovista en Jarkov recibieron comunicación de esa orden. Los majnovistas no se enteraron de ella sino tres o cuatro semanas después del ataque, y eso por algunos diarios caídos fortuitamente en sus manos. El hecho se explica fácilmente. Los bolcheviques, que preparaban secretamente su brusco ataque contra los majnovistas, no podían ponerlos en guardia con el envío oportuno de esa orden, lo que hubiese frustrado su plan. Sobre aviso los majnovistas, el premeditado ataque bolchevique habría sido infaliblemente rechazado. Sabedoras de ello, las autoridades bolcheviques guardaron secreto hasta último momento.

3.º Pero era preciso, por otra parte, ante cualquier posible evento, poder ofrecer una justificación del ataque. He ahí por qué la orden de Frunze no fue publicada en los diarios sino después de la agresión y la ruptura. Apareció por primera vez, el 15 de diciembre de 1920, en el diario de Jarkov El Comunista, cuyo número fue antefechado.

Todas esas maquinaciones tenían por finalidad sorprender a los majnovistas para poder aplastarlos y explicar posteriormente la agresión, documentos en mano, como perfectamente legítima.

El ataque contra los majnovistas fue acompañado, ya lo dijimos, de arrestos en masa de anarquistas en toda Ucrania, con la mira, no sólo de aplastar, una vez más, toda propaganda y toda actividad anarquistas, sino también sofocar toda veleidad de protesta, de matar en germen toda tentativa de explicar al pueblo el verdadero sentido de los acontecimientos. Y no sólo fueron apresados los anarquistas como tales, sino también quienes se contaban entre sus amigos y relaciones o se interesaban por su literatura.

En Yelizabetgrad fueron metidos en la cárcel quince muchachos de quince a dieciocho años. Cierto es que las autoridades superiores de Nicolayev, cabecera de departamento, se mostraron poco satisfechas de tal captura, pues querían «verdaderos

anarquistas», y no niños; pero no es menos cierto que ninguno de ellos fue puesto en libertad en el acto.

En Jarkov, las persecuciones contra los anarquistas asumieron proporciones hasta entonces desconocidas. Se tendieron asechanzas y emboscadas contra todos los militantes de la ciudad. Una de ellas fue montada en la librería «La Libre Fraternidad», y todo el que entraba a adquirir un libro era apresado y enviado a la Cheka. Y hasta se encarceló a personas que se detenían a leer Nabat, aparecido legalmente antes de la ruptura, pegado como de costumbre en el frente de la librería.

Uno de los anarquistas de Jarkov, Grigory Tsernik, pudo eludir el arresto y por ello los bolcheviques arrestaron a su esposa, extraña en absoluto a toda actividad política. Ella declaró la huelga de hambre, exigiendo libertad inmediata, y las autoridades le expresaron que se la darían a condición de presentarse su esposo a la Cheka. Y Tsernik, aunque seriamente enfermo, se presentó y quedó encarcelado.

Hemos adelantado igualmente que el estado mayor y el comandante del ejército majnovista en Crimea, Simón Karetnik, fueron traicioneramente apresados y fusilados en el acto. Pero Marchenko, comandante de la caballería, aunque cercado y furiosamente atacado por numerosos destacamentos del IV Ejército Rojo, logró zafarse y abrirse un paso a través de los obstáculos naturales y las barreras del istmo fortificado de Perekop. Con lo que le quedaba de sus hombres, en marchas forzadas de día y de noche, consiguió reunirse a Majno (quien, como lo veremos enseguida, consiguió escapar de nuevo de los bolcheviques), en la pequeña aldea de Kermenchik, donde ya se tenía barruntos de la heroica escapada del ejército majnovista de Crimea y se esperaba con impaciencia su llegada. Al fin, el 7 de diciembre, llegó un jinete a gran galope para prevenir que las tropas de Marchenko llegarían en pocas horas. Y los majnovistas presentes en Kermenchik salieron emocionados al encuentro de los héroes. La emoción se trocó en angustia cuando pudieron percibir a lo lejos el pequeño grupo de jinetes que se aproximaba lentamente. En lugar del poderoso cuerpo de 1.500 plazas, sólo volvía de la hoguera un puñado de 250 hombres, encabezados por Marchenko y Taranovsky, otro valeroso comandante del Ejército Insurgente.

**\* Texto elaborado con los capítulos 2, 3, 4 y 6 de la “Segunda Parte” [Ucrania (1918-1921)] del libro *La Revolución Desconocida*. Edición y selección: Pablo Mizraji, ITHA. 2017.**